La

Corte de Buen Retiro.

Patricio de la Escosura

1

SEGUNDA PARTE

DE LA CORTE DEL BUEN RETIRO,

ó

TAMBIEN LOS MUERTOS SE VENGAN.

Á LA GLORIOSA MEMORIA

DEL

MALOGRADO TENIENTE GENERAL

DON LUIS FERNANDEZ DE CÓRDOBA;

EL VENCEDOR EN MENDIGORRÍA Y ARLABAN,

EL NUNCA VENCIDO, EL SIEMPRE LEAL,

EL QUE MURIÓ CALUMNIADO Y PROSCRITO

EN PAIS EXTRANGERO:

DEDICA ESTE DRAMA, EL INMUTABLE AFECTO DEL

QUE FUE

SU AYUDANTE DE CAMPO

Y MORIRÁ SU AMIGO,

Patricio de la Escosura.

ACTO PRIMERO.

MALCONTENTOS Y POETAS.

El teatro representa la sala de estrado de la Duquesa, suntuosamente adornada. Puerta rasgada al foro con vista y paso á una galería, y lontananza de jardin: puertas practicables á derecha é izquierda. Delante de los entrepaños del telon de foro dos mesas: sobre una de ellas el busto de Felipe IV, y sobre la otra el de la Reina Doña Isabel, su esposa: en los mismos entrepaños, colgados dos cuadros, uno de los cuales ha de representar la escena de Diana y Acteon (pintada por Velazquez en la primera parte, sirviéndole de modelos la Reina y Villamediana). Mesa en el centro con libros, papeles y recado de escribir; sillones en derredor.

Es de noche, la escena está iluminada por candelabros, etc.

Nota. Los actores se colocarán en la escena, partiendo de la izquierda del espectador, como lo denotan los números que acompañan á sus nombres.

ESCENA I.

ORGAZ y QUEVEDO.—*Quevedo aparece sentado hojeando un libro: Orgaz entra al levantarse el telon.*

Orgaz. ¡Don Francisco de Quevedo!
Quevedo. Salud al Conde de Orgaz.
Orgaz. ¿Solo aun?
Quevedo. Y há largo rato.

ORGAZ. Eso es mucho madrugar.
QUEVEDO. ¿Qué quereis? De la Duquesa
esclava es mi voluntad.
ORGAZ. ¿De la noble italiana,
Quevedo amante será?
Un Duque de Montalbano
hareis discreto y galan.
QUEVEDO. Viruelas á la vejez
fuera en Quevedo el amar.
ORGAZ. Yo sé que en Nápoles fuísteis
muy su amigo.
QUEVEDO. Sí en verdad;
visitábala el Virey.....
ORGAZ. Y el Secretario ademas.
QUEVEDO. No lo niego: pero, Conde,
con las canas que mirais
del amor las ilusiones
se avienen siempre harto mal.
Muy hermosa es la Duquesa,
mucho puede su beldad;
pero el hielo de los años
puede, amigo, mueho mas.
Su discrecion me embelesa,
no me alcanza á cautivar.
Amiga fue del de Osuna
allá en la prosperidad;
y en Madrid, adonde vino
cierta herencia á litigar,
la halló el Duque, aunque en desgracia,
tan amiga como allá;
de poetas y agraviados
es la madre universal;
del Conde-Duque, en su casa
no es peeado murmurar;
¿qué mas cebo necesita,
Conde, mi musa mordaz?
Quiérola bien, no por bella,
que eso no me importa ya,
sino porque es ave Fénix
en el mundo la lealtad,
y ella la tiene. Esto es cierto:
soy su amigo y nada mas;

y á mis años y desdichas
aun es mucho la amistad.

ORGAZ. Cuerdo obrais.

QUEVEDO. En tales juegos
lo mas seguro es pasar.

ORGAZ. Sobre todo si el contrario
es poderoso rival;
que Osuna, segun parece,
tiene en mucho su beldad.

QUEVEDO. Los secretos de mi dueño
no me toca escudriñar:
mas, si la sirve, hace bien,
aunque ella le pague mal;
que desdenes de una hermosa
mejor á un noble le están,
que desaires de la corte
en premio de.....

ORGAZ. ¿No acabais?

QUEVEDO. ¿Para qué? Ni á qué conduce
la queja mas que á empeorar?

ORGAZ. Razon teneis, Don Francisco;
razon teneis, pesia á tal,
que hoy en la corte es delito
ver, oir, saber y hablar.
Delito es saber que Osuna,
político y capitan,
Virey de Nápoles supo
respeto y amor ganar
de aquel pueblo; y es delito
ver perderse á Portugal,
y á franceses hugonotes
nuestra Flandes conquistar;
y tres años há rebelde,
sin castigo, al catalan;
y al Rey en vanos placeres
perdiendo su mocedad;
y que el oro de las Indias
tragándose aleves van
logreros y cortesanos,
raza insaciable, voraz.
¡Ay del que clame atrevido
por remedio á tanto mal!

que prisiones y suplicios
sus voces ahogarán.
Tal vemos y tal sufrimos
en mengua de la lealtad
castellana, que en el orbe
fuera un tiempo proverbial.
¡Nobleza de nuestros padres!
¿qué te has hecho? ¿dónde estás?

QUEVEDO. Alhaja de tanto precio
un genovés la tendrá.

ORGAZ. Don Francisco, para burlas
no es asunto tan formal.

QUEVEDO. Señor Conde, tengo miedo.

ORGAZ. ¡Miedo vos! ¿De cuándo acá?

QUEVEDO. De estos dias que por cárcel
la torre de Juan Abad
me dieron; que aunque es mi casa,
está mala de habitar.
Por un cierto romancillo,
un tanto cuanto mordaz,
he pasado algunos dias
(no sé cómo lo olvidais)
«en un callejon noruega
»aprendiendo á gavilan»
conseguí á ruego de buenos
y del Rey por la piedad,
volver á pisar la corte.
Escamado el gato está,
y el agua fria le quema.

ORGAZ. Muy prudente, amigo, estais.

QUEVEDO. ¿Quereis hablar en la corte
sin temor de naufragar?
Pues del noble Conde-Duque
las glorias enumerad.
Decid como el gran valido
la piedra filosofal
halló del dificil arte
que llaman de gobernar,
y yo presumo, que es arte
de vivir y hacer caudal.
Ponderadnos la belleza
de ese mismo Don Gaspar

á quien rindió sus encantos
la genovesa beldad;
regalándole un chiquillo
de linage universal,
con mas padres que la Iglesia
tuvo en su seno jamás.
Ni olvideis la franca mano
con que generoso da,
lo del Rey, que no lo suyo,
á cualquiera que es Guzman,
aunque sea un alcornoque
de sacramento incapaz.
Decidnos como el tal Conde,
que condenado será,
(por sus culpas y las nuestras
que sufrimos tal maldad)
se hizo duque y se hizo grande,
y se hizo rico, ainda-mais;
que abrumado de coronas
mirando á su Magestad,
le va aliviando del peso
de Flandes, de Portugal,
de Cataluña, y ¿quién sabe
si de mas le aliviará?
mientras tenga tal ministro
vive el Rey sin grande afan;
pues por quitarle cuidados,
no le deja ni pensar.
En fiestas y galanteos
le entretiene: llorará
Felipe, cuando sea tarde,
perdido el poder Real:
sin vasallos ni dineros
un dia amanecerá:
pero entre tanto la noche
de fiesta ha sido y solaz.

ORGAZ. ¿Y alguna noche de sangre,
Quevedo, no es de contar?

QUEVEDO. Dejemos esos recuerdos,
si os place, Conde de Orgaz.

ORGAZ. ¡Dejarlos! ¡ay! no es posible,
que grabados aquí están (*La mano al corazon.*)

con caracteres de fuego;
ni me dejan sosegar,
pidiendo siempre venganza,
el honor y la amistad.
¡Ay triste Villamediana!
Discreto á par que galan,
noble, altivo, generoso,
tan amante como audaz,
¡y te mató un asesino
con alevoso puñal!

QUEVEDO. Locura fué, desacato,
y hasta delito en verdad,
poner los ojos audaces
en la Reina. Recatar
pudiera al menos el Conde
su delirio sin igual.

ORGAZ. ¿Y cuándo crímen de muerte,
en España fue el amar?
No se mata á un caballero
como á la res el gañan.
¿No encontrara el Rey un hombre
que por él riñera?

QUEVEDO. ¡Bah!
El tiempo de Sancho Ortiz
años há que pasó asaz.
Y no culpeis á Felipe,
que su ofensa era mortal,
y Olivares supo diestro
el fuego ardiente atizar.
Sí; murió villanamente
el amigo que llorais,
mas murió por culpa grave,
que ofendió á la magestad:
pero á la Reina, inocente
del amor de su galan,
¿por qué lánguida la vemos
en la aurora de su edad,
como á la rosa temprana
que deshoja el vendabal?
Preguntádselo al valido
que entreteniendo sagaz
en el alma del Monarca,

que sometida le está,
la ponzoña de los celos,
hizo el lazo conyugal
convertirse en dura amarra
donde al fin vendrá á espirar
lo que ese mármol retrata,
régia, infelice beldad.

ORGAZ. Si las canas del privado
no fueran su antemural,
tiempo hace ya que mi espada.....

QUEVEDO. ¡La espada con él! Callad.

ORGAZ. Y por débil queda impune.

QUEVEDO. Quedará, si le dejais.

ORGAZ. ¿Y qué he de hacer con un hombre
que el hierro no ha de empuñar?

QUEVEDO. Herir por los mismos filos:
lo que él hace.

ORGAZ. ¿Qué?

QUEVEDO. Intrigad.

ORGAZ. ¡Yo intrigar! ¿No fuera mengua?

QUEVEDO. Lo que gustáreis será:
pero en la corte, es sabido:
hablar bien y obrar muy mal;
se hace la guerra galana.

ORGAZ. ¿Con cañas?

QUEVEDO. No—por San Juan!
Con calumnias, con enredos
y con semblante falaz.
Pasos siento; gente viene:
Conde, dejémoslo estar.

ESCENA II.

La DUQUESA *dando la mano al* DUQUE DE OSUNA. DOÑA INES *dándosela á* D. LUIS DE HARO. CALDERON, MORETO *y* GONGORA: ORGAZ *y* QUEVEDO *que se adelantan á recibirlos. Los cuatro primeros versos se dicen en la galería.*

DUQUESA. Hermoso estaba el jardin.

INES. La noche apacible y bella.

OSUNA. Y vos divina, mi estrella. (*Aparte á la Duquesa.*)

HARO. Y vos hecha un serafin. (*Aparte á Doña Ines.*)

(*Entran: Quevedo y Orgaz saludan y recíprocamente. Colócanse en el proscenio como sigue:* (1) *Góngora*, (2) *Orgaz*, (3) *Quevedo*, (4) *Osuna*, (5) *Duquesa*, (6) *Inés*, (7) *Haro*, (8) *Calderon*, (9) *Moreto.*

DUQUESA. No mereceis el cuidado (*A Orgaz y Quevedo.*)
que nos costó vuestra ausencia.
ORGAZ. Bien haya tanta inclemencia,
si es cierto que habeis penado.
QUEVEDO. Poco á poco: ¿voy yo á medias
en vuestro amargo favor,
mi señora?
MORETO. ¡Hay tal valor!
QUEVEDO. Tú Moreto, á tus comedias.
OSUNA. Estais, Quevedo, terrible.
QUEVEDO. Callaré si habla el Virey.
INES. ¿Qué, pone freno su ley
á vuestra lengua invencible?
GÓNGORA. Mas lo hiciera Doña Inés.
CALDERON. ¡Ved si Góngora es galan!
OSUNA. ¿Señores, nos dejarán
que decir algo á los tres? (*A Orgaz y Haro.*)
HARO. Yo temo que los encantos
de la dulce poesía.....
ORGAZ. Eso es, Haro, cobardía;
riñamos tantos á tantos.
QUEVEDO. Norabuena. Yo no cuento.
DUQUESA. ¿Cómo así?
QUEVEDO. Ni en chanza riño.
INES. ¡Qué pacífico es el niño!
DUQUESA. Ea, tomemos asiento,

(*Siéntanse á la mesa, conservando sus posiciones relativas.*)

y pues tenemos asunto,
que la academia comience.
OSUNA. Ya presumo yo quién vence.
CALDERON. Cuál es, sepamos, el punto.
DUQUESA. Dudan estos caballeros
qué place mas á una dama,
si ver poeta al que la ama
ó en corte de los primeros.

Sobre esto es bien se diserte:
Ines y yo juzgaremos,
y un casto favor haremos
al que tenga mejor suerte.
¿Vos, Don Pedro Calderon,
qué opinion sustentareis?

CALDERON. Que soy poeta sabeis
y de las musas campeon.

INES. Moreto, sepamos cuál.

MORETO. Por vos dejo de la mano
la lira: soy cortesano.

OSUNA. ¿Vos, Quevedo?

QUEVEDO. Yo neutral.

HARO. ¿Góngora?

GÓNGORA. Siempre poeta.

ORGAZ. Me voy con vuestra bandera.

OSUNA. Yo con la mia primera.

HARO. Yo os sigo.

QUEVEDO. Toca trompeta,
y comience la batalla.

DUQUESA. Armas corteses no mas.

INES. Muy piadosa, prima, estás.
¡Arma! ¿Quién salta la valla?

OSUNA. ¡Arma, pues! Salto el primero.

QUEVEDO. Como siempre, gran señor.

OSUNA. (*Afectuoso.*) Calle el vate adulador.

DUQUESA. Y diga el Duque severo.

OSUNA. Digo que, á mi parecer,
las galas del cortesano
son anzuelo soberano
para pescar la muger.
¿Quién mejor puede entender
el femenil artificio
que quien salva un precipicio
en cada paso que da?
En esto, señora, está
fundado mi pobre juicio.

CALDERON. ¿Si es un ángel la muger
en la tierra desterrado,
quién, como el vate, su agrado
puede nunca merecer?
Sentir, mas bien que saber,

en amor es conveniente;
el poeta es quien mas siente
y mejor pinta su fuego;
luego le debe el dios ciego
alto lugar preferente.

OSUNA. ¿Qué decís? (*Aparte á la Duquesa.*)
DUQUESA. (*Aparte á Osuna.*) Callo y escucho.
INES. Duque, tremendo fue el bote.
HARO. Cada cual sacó su escote.
DUQUESA. Callen, por Dios, que hablan mucho.

(*Invita con un ademan á Moreto para que hable.*)

MORETO. Cual en rico vaso de oro
de la azucena gentil
mas bien el terso marfil
luce, que en barro insonoro;
tal presumo que el decoro
de soberana belleza
requiere mas bien la alteza
de dorados artesones,
que soñadas ilusiones,
consuelos de la pobreza.

GÓNGORA. No, por Dios: que en el profundo
seno avaro de la tierra
tesoro alguno se encierra
como el del vate fecundo.
Todo cansa en este mundo
en llegándolo á gozar;
mas el poeta inventar
puede un mundo cada dia.
Decid: ¿con la poesía
podrá la corte luchar?

ORGAZ. De Góngora es la corona.
INES. Lauro eterno á los poetas.
QUEVEDO. Lauro sí, mas no pesetas.

(*Entra el Gentilhombre de la Duquesa.*)

GENTILHOMBRE. ¡El Conde de Barcelona!

(*Sorpresa general: levántanse; la Duquesa y Doña Ines al foro: los demas en dos grupos al proscenio:* (1) *Quevedo,* (2) *Osuna,* (3) *Orgaz,* (4) *Calderon,* (5) *Haro,* (6) *Moreto,* (7) *Góngora.*)

OSUNA. ¡El Rey aquí de improviso! (*Aparte á Quevedo.*)
QUEVEDO. Visita amenazadora. (*Id. á Osuna.*)
DUQUESA. ¿Su Magestad? (*A su Gentilhombre.*)
GENTILHOMBRE. Sí señora. (*Vase.*)
INES. ¡Tal merced!
QUEVEDO. (*Concluyendo un aparte con Osuna.*) Sirva de aviso.

(*Desde que éntre el Gentilhombre hasta el fin de la escena los actores hablan entre sí, dando muestras de asombro. La Duquesa y Doña Ines curiosas é inquietas miran contínuamente á la galería.*)

ESCENA III.

Precedido del Gentilhombre de la Duquesa y de dos pages con hachas de cera encendidas en las manos, entra el Rey vestido sencillamente de negro y sin condecoracion alguna.—Las dos damas le saludan con respeto y él corresponde con galantería, descubriéndose. Los demas actores saludan y permanecen á derecha é izquierda, mientras que el Rey y las damas se adelantan al proscenio. El Gentilhombre y los pages se retiran. (1) QUEVEDO. (2) ORGAZ. (3) CALDERON. (4) OSUNA. (5) DUQUESA. (6) EL REY. (7) DOÑA INES. (8) HARO. (9) MORETO. (10) GONGORA.

REY. Si al par de la nobleza y la hermosura,
Duquesa, y del ingenio que atesora
segun la fama vuestra altiva frente,
teneis el alma blanda y amorosa,
perdonareis, acaso, mi osadía;
quizá su mismo arrojo ya la abona:
que pisar un estrado sin licencia
accion de un caballero es harto impropia;
mas no la há menester quien á las aras,
humilde llega, de deidad que adora.
La luz de vuestro ingenio peregrino
me atrajo, como á incauta mariposa:

*

2. Criado f.o Ig. [illegible] [illegible]
la Juanita, y á su tiempo sacan

mio el delito fué, vuestra la culpa;
discreta sois: juzgadme, mi señora.

DUQUESA. Si tuviera, Señor, todo el ingenio
que la fama decís de mí pregona,
á responder apenas me bastara
á tanta discrecion, tanta lisonja.
¡Vos disculpa, Señor! ¿Por qué buscarla?
Dueño nacisteis de esta pobre choza,
átomo imperceptible en los dos mundos
que gobernais con mano poderosa;
y el dueño es á su casa bien venido,
cuando gusta, Señor, y á cualquier hora:
permita pues mi Rey que yo su mano.....

(*Va á arrodillarse, y el Rey se lo impide.*)

REY. Perdonad: Conde soy de Barcelona.
El Monarca de España es un esclavo
con cetro de oro y recamada ropa;
vive como en desierto en su palacio,
salir no puede sin mólesta pompa;
ve poco á sus amigos, si los tiene,
y cortesanos pérfidos le agobian;
dicen que es Soberano de ambos mundos,
y dueño no es jamás de su persona;
la alta razon de Estado le domina,
y hasta en su corazon penetrar osa;
todos le miran y él no ve á ninguno;
ni puede amar, ni aborrecer, señora,
sino cuando un ministro se lo ordena;
él no es hombre en resúmen, sino cosa.
Yo, como veis, de libertad disfruto,
las letras amo, adoro á las hermosas;
no soy por tanto el Rey como pensásteis,
sino el Conde, no mas, de Barcelona.

DUQUESA. Conde ó Rey, siempre dueño de esta casa.

REY. (*Aparte y rendido á la Duquesa.*)
Pero no de la alhaja que atesora.

DUQUESA. (*Desentendiéndose y señalando á los circunstantes.*)
No sé, Señor, si presentaros debo.....

REY. Persona no hay aquí á quien no conozca.

(*El Rey se dirige á Quevedo y sucesivamente á los demas, que le saludan cuando se acerca y retira; la Duquesa entre tanto va y viene y da órdenes á sus criados que preparan el refresco.*)

¿Qué murmurais?....
QUEVEDO. Muy poco, y en voz baja.
REY. ¡Cuenta con el alcázar de Segovia!
QUEVEDO. Para alabar al noble Conde-Duque
resuelvo solamente abrir la boca.
REY. Retirado vivís. (*A Orgaz con gravedad.*)
ORGAZ. (*Respetuoso, pero con entereza.*) Estuve ausente.
REY. Fuísteis á Flandes á buscar la gloria.
ORGAZ. Y á servir á mi Rey.
REY. Deuda es de noble.
ORGAZ. Pagan algunos con palabras solas.
REY. Muy áspero venís.
ORGAZ. Como soldado.
REY. ¿Eso os quedó no mas?
ORGAZ. Tambien la honra.

(*Vuelve la espalda con enfado á Orgaz, y se dirige afectuosamente á Calderon.*)

REY. Enojado, Don Pedro, al Rey de España
me han dicho que teneis.
CALDERON. La causa ignora,
Señor, mi lealtad.
REY. Le abandonásteis.
CALDERON. Tantos afanes al Monarca acosan.....
REY. Mala disculpa imaginásteis: vedle
que el veros, Calderon, le desenoja.

(*A Osuna como á Orgaz.*)

Tampoco, primo, á vos podrán deciros
que en el alcázar régio estais de sobra.
OSUNA. (*Con viveza, sin faltar al respeto.*)
Si el Rey á su servicio me llamara
no hiciera yo á su voz la oreja sorda:
mas tiene al Conde-Duque, y es bastante
para llenar la corte su persona.

REY. ¿Tan grande es el de Osuna que á su lado
no quepan otras gentes?

OSUNA. Caben todas,
Señor, menos el Duque de Olivares.

REY. (*Alterado.*) A mucho vuestra audacia ya se arroja.

OSUNA. En qué no sé.

REY. ¿Con quién estais hablando?

OSUNA. Con el Conde, Señor, de Barcelona.

REY. (*Moderándose y mordiéndose los labios.*)
¡Vive Dios que es verdad!
(*Con galantería.*) Ines divina!

INES. ¡Válgame Dios, Señor! ¿cuántas las diosas
somos del corazon del gentil Conde?

REY. ¡Ah! ¡Si yo viera las cadenas rotas
que os unen á un amante harto dichoso....!

INES. ¿Me amárais en verdad?

REY. ¡Pues no!

INES. ¿Dos horas?
Las que servimos en palacio, Conde,
sabemos vuestras mañas de memoria.

REY. (*Amenaza festivamente á Doña Ines, y habla con Haro.*)
Como teneis por vuestro tal tesoro
muy poco de Olivares se os importa.

HARO. (*Humilde é insinuante.*)
Es mi tio, Señor, y es el privado
de mi Rey ademas: su enojo ahora
me aparta de la corte, mas en breve
espero que mi afecto reconozca.

REY. ¿Le amais de veras?

HARO. Sí, que es mi pariente
y Atlante que sustenta la corona,
segun él dice.

REY. (*Con calor.*) ¿Sí? Pues ha mentido
que esta frente el laurel sostiene sola.

HARO. (*Con hipocresía.*) ¡Señor! (No tiene quite la estocada.)

REY. (*Aparte.*) ¡Tal dice, vive Dios! ¡De mí se mofa!

QUEVEDO. (*Aparte á Orgaz.*) Aprended cómo lidian palaciegos.

REY. (*Serenándose.*) Bien hallado, Moreto; ¿qué famosa
comedia hicísteis hoy?

MORETO. Del Rey valiente
Don Pedro el justiciero escribo ahora.

REY. Le llaman el cruel.

MORETO. Sus enemigos
le escribieron, Señor, la horrenda historia.
REY. Veremos si consiguen vuestros versos
lavarle las afrentas de la prosa.
(*A Góngora.*) ¿Que me decis, señor del encumbrado,
altisonante estilo?
GÓNGORA. Asoladora
la corriente del siglo me arrebata;
la novedad mis hierros eslabona;
y oscuro soy porque lo claro es viejo.
REY. Tal vez decís verdad.
GÓNGORA. Verdad de sobra.

(*Entran criados, retiran el velador, colocan una silla en frente al proscenio, se retiran y vuelven con dos salvillas de plata cargadas, la una de dulces y la otra de bebidas.*)

(*El Rey al proscenio con la Duquesa y Doña Ines, aquella á su derecha, esta á su izquierda.*)

REY. Ya veis que para un Conde forastero
conozco lo bastante á las personas.
DUQUESA. ¿Creeis que el Rey Felipe á estos señores,
cual vos los conoceis, tambien conozca?
REY. Pienso que sí.
DUQUESA. Lo dudo.
REY. ¿Por qué causa?
DUQUESA. ¿Por qué causa, Señor? Es larga historia.
Una silla tomad, ya que á mi casa
de pisarla esta noche haceis la honra,

(*Acercando la silla y mirando con intencion á Osuna y Orgaz.*)

y un dulce, ilustre Conde, que lo amargo
de alguna indiscrecion quite á la boca.
REY. Asiento tomaré, tambien el dulce,
mas no sin que os senteis, nobles señoras.

(*A una seña del Rey Osuna y Haro acercan sillas á las damas; siéntanse el Rey, la Duquesa y Doña Ines.*)

OSUNA. ¿Un dulce, gran Señor?

(*Toma la salvilla de manos del criado y se acerca al Rey.*)

REY. ¡Dulces, Osuna!
OSUNA. ¿Por qué no? ¿Qué hay en ello que os asombra?
REY. Teneis vos mucha hiel.

(*Sirve á las damas, y luego toma para sí.*)

OSUNA. Ninguna tengo
para el Conde, Señor, de Barcelona.

(*Retírase y deja la salvilla.*)

REY. Duquesa, confesadlo, esta visita
os tiene un tanto cuanto de curiosa.
DUQUESA. Sorprendida, Señor.
REY. Y no lo estraño.
Yo lo siento en verdad: mas tiene nota
vuestra casa en palacio no muy santa:
dícenle al Rey, no sé, veinte mil cosas,
que se murmura aquí, que se conjura.....
INES. (*Riéndose.*) Moreto y Calderon, Quevedo y Góngora!!!
QUEVEDO. (*Aparte.*) ¿Seremos los paganos los poetas!
REY. De otra parte, Duquesa, en las cien trompas
resuena de la fama vuestro nombre;
á la par que discreta os hace hermosa;
¿quereis mas?—Quiso el Rey que os conociera,
y sabrá que la fama anduvo corta.
DUQUESA. Llevadle, pues, al Rey dos desengaños:
decidle que habeis visto en vulgar prosa
á esa muger que lenguas de poetas
le pintaron sin duda encantadora.
Una á su lado tiene que es perfecta,
y debe de su amor ser dueña sola.
Por lo demas, decidle que en mi casa,
como á imágen de Dios, todos le adoran;
que en ella se moteje al Conde-Duque
no es de estrañar; se le moteja en todas.
Aquí, Señor, las pláticas honestas,
los dulces versos y discretas trovas
nos hacen olvidar corte y ministro,
y nos abrevian las nocturnas horas;
si en esto al Rey se ofende.....
REY. No se ofende.
¡Ay! ¡Quién le diera vida tan sabrosa!

INES. ¿No bebeis?

(*Orgaz toma la salvilla de manos del criado y se acerca al Rey.*)

REY. Beberé. Noble copero.
ORGAZ. Siempre vuestro.
REY. No siempre.

(*Sirve el Rey á las damas, y luego toma para sí.*)

ORGAZ. Se lo estorban.

ESCENA IV.

Entra azorado el GENTILHOMBRE; *óyense voces y pasos dentro; el* REY *y las damas se levantan;* ORGAZ *entrega la salvilla al criado, y vuelve al lugar que ocupaba.*

GENTILHOMBRE. Invadido está el palacio,
señora: el Duque ministro.....
QUEVEDO. ¡Lindamente! ¡Buen registro! (*Aparte.*)
REY. ¿Qué decís? hablad á espacio.
GENTILHOMBRE. Su excelencia el Conde-Duque
con soldados de la guarda.....
QUEVEDO. Eso: arcabuz y alabarda; (*Aparte.*)
quiere decir flor y truque.
REY. ¡Y bien! ¿Qué quiere?
GENTILHOMBRE. Lo ignoro:
la casa estan rodeando.....
DUQUESA. Ya veis, Señor: aun estando
vos aquí!
OSUNA. (*Al Rey con indignacion. El Rey se cruza de brazos como si la cólera le impidiese el uso de la palabra.*)
Vuestro decoro
me contiene solamente:
de otro modo, ¡vive el Cielo!
INES. ¡Fria estátua soy de hielo! (*Aparte.*)
ORGAZ. ¡Hay hombre mas insolente! (*Aparte.*)
CALDERON. ¡Lance inaudito! (*Aparte á Moreto.*)
MORETO. ¡Famoso!
GÓNGORA. ¿Quién vió tal?

HARO. (*Aparte con satisfaccion.*) ¡Oh mi buen tio!
Muchas de estas y eres mio.
QUEVEDO. (*Aparte mirando al Rey.*)
No acierta á hablar de furioso.

ESCENA V.

Precedido por los pages, y seguido de soldados que se quedan en la galería, entra el Conde-Duque. El Rey, inmóvil en el proscenio, le mira indignado; y él, saludando humildemente, se queda en medio del teatro; los demas personages forman dos grupos en segundo término.—(1) QUEVEDO. (2) ORGAZ. (3) OSUNA. (4) DUQUESA. (5) DOÑA INES. (6) HARO. (7) CALDERON. (8) MORETO. (9) GÓNGORA. *En el proscenio el* REY; *en medio* OLIVARES. GENTILHOMBRE, *pages y soldados al foro.*

REY. Gaspar, ¿qué buscais aquí?
¿quién lo que haceis os mandó?
¿se trata, viviendo yo,
á mis vasallos así?
¿Contra quién de mis soldados
se ha de esgrimir el acero?
¿Es este algun semillero
de hereges ó sublevados?
OLIVARES. Perdonad, Señor: mi celo
temió por vuestra persona.
OSUNA. (*Se adelanta colérico.*) ¿Qué, es rebelde Barcelona
esta casa, vive el cielo?
ORGAZ. (*Lo mismo que Osuna.*)
No hay aquí mas que un traidor
con capa de lisonjero.
HARO. (*Con dulzura á Olivares.*) ¡Juzgais, tio, muy severo!
DUQUESA. (*Con indignacion.*) Tan grande afrenta, Señor....!
REY. (*Aparte.*) Mal la cólera reprimo.

(*A Olivares que obedece, mirando con insolente altanería á los demas actores.*)

Los soldados retirad.

(*A los poetas, caballeros y damas, que se retiran por una de las puertas laterales.*)

Vos, señores, despejad.

(*A la Duquesa.*)

Yo os probaré que os estimo.

ESCENA VI.

El REY. OLIVARES.—*El Rey se pasea; Olivares observa atentamente sus movimientos.*

REY. ¡Qué, en fin, yo estoy en tutela!
Soy esclavo en grillos de oro.
Mancillando mi decoro,
este hombre mis pasos cela;
no soy mas que su tesoro.
OLIVARES. Si me permitiese hablar
mi Rey, mi Señor y dueño,
me pudiera disculpar.
REY. ¿Quereis ¡temerario empeño!
lo que estoy viendo negar?
¿De la grandeza de España
aquí los antiguos fueros
no atropelló vuestra saña?
OLIVARES. Vuestra bondad os engaña,
y puede, Señor, perderos.
REY. Sois, Conde-Duque, implacable.
OLIVARES. Y mi Rey harto indulgente.
REY. ¿Si la Duquesa es amable,
por qué ha de huirla esa gente?
OLIVARES. ¿Permitisme, en fin, que hable?
REY. Hablad en mal hora, Conde:

(*Siéntase á la mesa, hojea los libros y escucha distraido.*)

hablad; pero breve y claro.
OLIVARES. ¿Sabeis, Señor, que estais donde
se murmura con descaro

y la traicion no se esconde!
Pensais vos que la hermosura
y tal vez la poesía
los reunen—¡qué locura!
Aquí hay una trama impía
y contra vos se conjura.

(*El Rey se encoge de hombros en señal de incredulidad.*)

¿Cuándo Osuna fue poeta?
¿Hace versos mi sobrino?
De aquel la ambicion inquieta
le pide un trono al destino;

(*Suelta el Rey los libros, y atiende.*)

del otro yo soy la meta.
Orgaz de Villamediana

(*Se levanta el Rey y escucha con grande atencion.*)

fue confidente y amigo.....
callara de buena gana
la mitad de lo que digo.
REY. ¡Eh! Proseguid. (*Impaciente.*)
OLIVARES. (*Con hipocresía.*) Pues prosigo.
¿La pintura que está allí,

(*Señalando el cuadro de Velazquez.*)

habeis mirado, Señor?

(*Acércase el Rey á ver el cuadro.*)

¿Conocéisla?
REY. (*Indignado.*) Conde, sí:
Acteon es el traidor
Villamediana. ¡Ay de mí!
OLIVARES. ¿Y Diana?
REY. (*Con ira concentrada.*) ¡Es Isabel!!!
OLIVARES. De Orgaz ha sido regalo.
REY. Viven los cielos que á él
le haré pintar en el palo,
mas que me llamen cruel.
OLIVARES. Solo, entre tantos traidores
supe que estaba mi Rey.....
REY. ¡Osuna!

OLIVARES. De los mayores.
REY. ¡Quevedo!
OLIVARES. Sin Dios ni ley.
REY. ¡Haro y Orgaz!
OLIVARES. Los peores.
REY. Mas los poetas....
OLIVARES. Son gente
que gusta de agitaciones.
REY. Las damas....
OLIVARES. Tened presente
que tienen sus ambiciones;
y en fin, si fuí delincuente,
la ley.....
REY. No, mi fiel vasallo,
mi prudente consejero:
sobre esos viles su fallo
haz tú que caiga severo.
OLIVARES. Yo, Señor, justo lo hallo.
REY. Pues yo sabré hacer justicia.
OLIVARES. Grande sois, Felipe cuarto:
tiemble ante vos su malicia.
REY. Conde-Duque, tienen harto
con tu celo y tu pericia.

(*Vanse el Rey y Olivares por el foro.*)

ESCENA VII.

HARO. OSUNA. ORGAZ.—*Entran por una puerta lateral.*

ORGAZ. ¡Hay víbora mas dañina!
OSUNA. Nos minó, ¡viven los cielos!
HARO. Probemos la contramina.
La Duquesa.... ¿Tendreis celos? (*A Osuna.*)
OSUNA. No.
HARO. Pues segura es su ruina. (*Vanse por el foro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

MEMORIA DEL CORAZON.

El teatro representa la cámara de la Reina en el palacio del Buen Retiro.—Puertas al foro y laterales.

ESCENA I.

Aparecen: la Reina sentada al proscenio, derecha del espectador, al lado de una mesa, con un libro de horas abierto en la mano, pero en éxtasis melancólico; la Camarera, é Ines en segundo término, izquierda tambien del espectador, bordando una tapicería. El asiento de la Reina será un sillon; habrá otro vuelto de espaldas al foro; algunos taburetes, ademas de los que ocupan Doña Ines y la Camarera mayor.—(1) CAMARERA. (2) DOÑA INES. (3) *La* REINA.

INES. (*Aparte á la Camarera, y en voz baja.*)
¡Qué triste y qué bella!
¡Fatal parasismo!
CAMARERA. ¡Pues siempre es lo mismo! (*Aparte mas alto.*)
INES. ¡Cuitada!
CAMARERA. Lo es.
INES. Mal haya su estrella.
CAMARERA. Mal haya el menguado
que tal la ha parado
decid, Doña Ines.
INES. ¡A un ángel tan puro!
¡Perverso Olivares!

(*La Reina vuelve en sí y fija la atencion en lo que dicen.*)

CAMARERA. Tal vez en altares
le habreis de adorar.

INES. No está tan seguro
que ya no vacile.
CAMARERA. ¿Qué es eso? (*Asombrada.*)
INES. Que víle,
no há mucho, temblar.
REINA. Ines, te engañaste. (*Deja el libro.*)
INES. ¡Ay Dios! Nos oía..... (*Aparte.*)
REINA. Cuál nunca este dia
se afirma; ¡ay de mí!

(*Levántanse Doña Ines y la Camarera; aquella se coloca á la derecha de la Reina y al lado de su silla; la última á la izquierda de la mesa.* (1) *Doña Ines*, (2) *Reina*, (3) *Camarera.*)

CAMARERA. ¡Mal rayo!
REINA. ¿Juraste?
CAMARERA. Perdone, Señora.
INES. ¿Del Rey está ahora
en la gracia?
REINA. Sí.
¿Lo dudas?
INES. Lo dudo.
CAMARERA. Es loca esta niña.
REINA. Por Dios no la riña:
¿qué sabes?
INES. Diré;
pues tengo del nudo,
Señora, gordiano
un cabo en la mano.
CAMARERA. ¡Un cabo!
INES. Sí, á fé;
que anoche ví en casa
de la Montalbano.....
REINA. Te cansas en vano:
lo sé.
INES. Pero el fin....
REINA. ¿Sabes lo que pasa?
Osuna á su estado;
Haro desterrado,
cual torpe malsin;
Quevedo á su torre
de nuevo va preso;

y al de Orgaz proceso
le mandan formar.

CAMARERA. (*A Doña Ines con ironía.*)
El viento que corre
se llevó aquel cabo....

(*Doña Ines permanece serena.*)

¡La frescura alabo!

REINA. ¿La quiere dejar?

INES. Señora, fue cierto
cuanto me habeis dicho:
mas aun su capricho
no el Duque logró.
Piloto que experto,
conoce estos mares,
la presa á Olivares
sagaz le arrancó.

REINA. Ines, tú deliras.

CAMARERA. Nos cuenta algun sueño.

INES. Mi palabra empeño:
dije la verdad.

(*Acércase á las puertas del foro y laterales.*)

REINA. ¿Qué buscas? ¿qué miras?

INES. Si alguno escuchaba.

REINA. Explícate, acaba.

INES. Me explico, escuchad:
el Rey firmó anoche
las órdenes crudas.....

CAMARERA. Salimos de dudas. (*Con desden.*)

REINA. ¡Marquesa.!!!

CAMARERA. Callé.

INES. Mas hoy cuando en coche
al Pardo ha marchado,
las ha revocado.

REINA. ¿Y cómo? ¿por qué?
¿Quién dió tal noticia?

(*Ines da muestras de ruborizarse y no acertar á responder.*)

CAMARERA. Señora, el de Haro. (*Maliciosamente.*)

INES. ¡Marquesa!

CAMARERA. Está claro.

REINA. ¿Por qué ese rubor? (*Con cariño á Doña Ines.*)
Amarle es justicia,
pues le das tu mano.
Mas ¿cómo hizo vano
del Duque el furor?

INES. El cómo lo ignoro.

CAMARERA. Hoy, muy de mañana
desde mi ventana
que entraba le ví.

REINA. ¿Vió al Rey?

CAMARERA. Tiene de oro
la llave: bien pudo.

REINA. ¿Servir él de escudo
á tantos, y á sí!!
No sé qué te diga,
Ines; no es resorte
Don Luis en la corte
de tanto poder.

INES. ¿Quién sabe?

REINA. No, amiga:
el amor te engaña,
ni hay hombre en España
que tal pueda hacer.
¿Quién contra Olivares
se lanza á la lucha,
si el Rey solo escucha
de ese hombre la voz?
¿No veis de ambos mares
el rico dominio,
sembrando exterminio,
correr guerra atroz?
¿No oís los lamentos
del pueblo infelice,
su voz que maldice,
que pide morir?
Con torpes inventos
consigue el Valido
que nunca el oido
del Rey llegue á herir.
Ines, no á tu amante
Don Luis se le alcanza
parar la venganza

que el otro juró.

INES. Que hoy pudo es constante
vencer sus furores.

REINA. O el Rey tiene amores,

(Levántase y pasa al proscenio siguiéndola las dos damas.) (1) Ines, (2) Reina, (3) Camarera.

ó ese hombre murió.

INES. ¡Amores, Señora!

REINA. No es nuevo ese achaque.

CAMARERA. Dará el almanaque
mudanzas quizá.

REINA. ¿Sabeis quién ahora *(A la Camarera.)*
domina en su alma?

CAMARERA. Dícese que hay calma.

REINA. Muy corta será.

INES. Eterno suplicio
vuestra fantasía.....

REINA. ¡Suplicio, Ines mia!
Te engañas, por Dios.
Ya há tiempo que el juicio
mató esos desvelos;
murieron mis celos
al *número dos*;
del Rey las amigas
ya pasan de ciento,
sabe que las cuento
por curiosidad.
Muy duras las pruebas
fueron de tal vida,
sangrienta la herida
de mi vanidad:
mas ya endurecido
de bronce es mi pecho.
La mesa y el lecho
nos hizo partir
mañoso el Valido:
lo ves, no me quejo;
tranquilo le dejo,
y aguardo el morir.

(Vuelve á sentarse: con dolorosa resignacion el resto.)

*

CAMARERA. ¡Que siempre á la postre
de morir hablemos!
REINA. ¿Morir no tenemos?
INES. ¡Idea cruel!
REINA. Con miedo la arrostre
quien ame la vida.
INES. De muerte está herida: (*Aparte.*)
¡cuitada Isabel!
CAMARERA. (*A la Reina, procurando distraerla.*)
Y en fin, ¿no se sabe
qué fue la mudanza?
REINA. ¿Qué importa, si alcanza
el daño á evitar?
CAMARERA. Negocio tan grave,
Señora, merece,
si bien os parece,
su causa apurar.
REINA. Apura si quieres. (*Indiferente.*)
CAMARERA. Con vuestra licencia.
REINA. Marquesa, prudencia:
no digan que al fin,
cosas de mugeres.
INES. No averigüe el Conde....
CAMARERA. Dejad: yo sé dónde
me aprieta el chapin.
Callen, Reina mia,
las tristes memorias,
que dias de glorias
la suerte os dará.
REINA. Mi suerte es impía,
Marquesa; ni aun quiere
que otra cosa espere
que la tumba.
CAMARERA. ¡Bah!
Vereis muy en breve,
tal vez, lo contrario.
REINA. Lo dudo.
CAMARERA. Palmario
los hechos lo harán.
¡Mal año al aleve
ministro verdugo
que os impuso el yugo

de tan duro afan.
Parto á la pesquisa;
sabremos lo cierto,
que sacarle á un muerto
sus secretos sé.

(*A la Reina, quien con la cabeza hace una señal afirmativa.*)

No olvide la misa,
Señora; á las doce.
Su humor, que conoce (*Aparte á Doña Ines.*)
combata.

INES. Sí haré. (*Aparte á la Camarera.*)

(*La Camarera saludando á la Reina, se va por el foro.*)

ESCENA II.

Toma la REINA *el libro; mas despues del tiempo necesario para leer pocos renglones, deja caer las manos en el regazo, y se entrega á su melancolía.*—DOÑA INES *dice su primer parlamento, empezando al cesar la Reina de leer, y observándola con afectuoso interés.*

INES. Dolor terrible, bárbaro, profundo,
perturba de su alma,
bella como su rostro, paz y calma!
¡Terror causa el mirar tanta miseria
envuelta en paños de oro!
¿Qué importa en las Castillas
reinar, qué ser señora
de cuanto el sol desde los cielos dora,
si esquiva la fortuna
le niega aquel descanso
que alguna vez en curso fácil, manso,
torna la combatida
corriente al aluvion de nuestra vida?

REINA. ¡Ay mísera de mí! ¡cuán sin ventura!

INES. (*Poniéndose de rodillas á los pies de la Reina, y asiendo enternecida sus manos.*)
Perdon, Reina y Señora, si me atrevo....

REINA. (*Con ternura y acariciando á Doña Ines.*)
¿Qué tienes, simplecilla?
¿Por qué así baña el llanto tu mejilla?
¿Qué puedes ya sentir, tú que el inmundo
confin pisaste apenas
de este rincon á que llamamos mundo?
No llores.... ¿Tienes penas?
Nubes serán, Ines, cual de verano,
que truenan sí, medrosas,
mas pasan como en sueño
vano fantasma de arrugado ceño.
Dime, en fin, lo que quieres.

(*La Reina levanta á Doña Ines.*)

INES. Veros feliz, Señora, ó vuestras penas
llorar con vos, si mas hacer no puedo.
REINA. ¿Quieres verme feliz!—Inútil voto.
Sufrir es mi destino
hasta que el lazo roto
mire que con la tierra me encadena.
Entonces, sí, lo espero,
el alma irá serena
donde á las tempestades viva agena.
INES. ¡Y sufrir hasta entonces sin consuelo!!
REINA. Sufrir, siempre sufrir, sufrir callando.
Así lo ordena el Cielo.
INES. Y siempre ha de durar tanto desvelo?
REINA. Mientras guarde la tumba
los muertos ¡ay! que para siempre encierra,
ó deje yo la tierra.
Ines, mi dulce amiga,
no mas mi llaga con la sonda irrites;
no quieras, no, que tu amistad maldiga.
Tengo en el corazon un dardo agudo,
de ponzoña mortal lleno le tengo.
Milagro es del Señor si me sostengo,
que hay horas en que dudo
si vivo ó peno en la region maldita.
Mi mal es sin remedio; y si lo tiene
será, ya te lo dije, con la muerte.
Hablemos, pues, de tí, de tu ventura.
¿Dueño le vas á dar á tu hermosura?

INES. Enlace es, gran Señora, de familia,
que el de Haro es mi pariente.

REINA. ¿Por eso, solamente,
le das, Ines, á Don Luis la mano?
No hagas tal, pobre niña:
no rindas sin amor, Ines, el cuello
á la eterna coyunda.

INES. Ni me parece bello,
ni mal tampoco el de Haro, mi Señora;
le quiero bien, y él dice que me adora.
Basta á mi exenta condicion que iguales
en caudal y en nobleza
nos hiciera á los dos naturaleza.
Ignoro yo de amor bienes y males:
ni me perturba el sueño
la imágen de Don Luis, ni me contrista
saber que de mi mano va á ser dueño.

REINA. ¿Y sabes tú si luego indiferente
será tambien tu corazon cual hora?
¡Ay de tí, pobre Ines, si, ya perdida
la libertad, sintieras
por flechas de otro amor el alma herida!
¿Sabes tú, que no amando así te enlazas,
que cuando menos creas
rendirás al amor el pecho esquivo,
y entonces, aunque firme y casta seas,
tu corazon cautivo,
rebelde á la virtud, será culpable,
y tú infeliz por siempre y miserable!!
No lo dudes, Ines: á indiferentes
es bárbaro suplicio
la eterna union, Edén de los amantes.
Para amar la muger nació, á mi juicio:
las que no amaron antes
de esclavizarse en lazo indisoluble,
mas tarde algun destello
sentirán de la llama que profunda
late en su seno; y ¡míseras entonces!!!
No rindas sin amor, Ines, el cuello
á la eterna coyunda:
mira que no son bronces
á los tiros de amor, nó, nuestras almas,

y caras, si vencemos, son las palmas.

INES. Amar no es eleccion del albedrío;
quisiérale yo amar, mas no lo alcanzo:
de nieve el pecho mio
fue siempre; cortesanos galanteos
debo á Don Luis; y basta á mis deseos.

REINA. Y así, tal vez, un dia y otro dia
guardarás tu dichosa indiferencia:
mas, si la suerte impía
te depara un esposo, en su inclemencia,
que, sin freno ninguno,
dé suelta al huracan de sus pasiones;
que olvide ó no comprenda
que son los femeniles corazones
plantas que tan sensibles hizo el cielo
que el sol las quema y las abrasa el hielo;
si te desprecia, en fin, si te abandona, (*Levántase.*)
corriendo en pós de alguna vil manceba;
y á tus rejas, en tanto, dia y noche,
acumulando ardiente prueba á prueba,
de su incansable amor, vieras á un hombre,
noble, galan, discreto y valeroso,
sufrir desprecios y adorar rigores,
atropellar respetos soberanos,
provocar del potente los enojos,
poner vida y honor, todo, en tus manos,
solo porque tus ojos
sin ira alguna vez le contemplaran;
yo sé que tanto fuego no apagaran
las nieves que en los Andes
los siglos acumulan.
Si el Cielo otorga grandes
fuerzas á tu virtud, tal vez la llama
no salga de tu pecho;
en él teniendo el corazon deshecho,
ingrata, en la apariencia, al que te ama
serás y desdeñosa;
y la suerte de entrambos horrorosa!!!
Pues bien; cuando padezcas tal martirio,
la vista sobre tí, tu esposo y dueño
fijará por acaso;
del desdeñado amante algun delirio

revelará imprudente
la infelice pasion; y al inclemente
furor de aquel marido,
que infiel te fué sin freno, sin rebozo,
verás de muerte herido
caer al que te amó, casi á tus plantas;
oirás, acaso, su postrer gemido;
y obligaciones santas
vedarán á tu labio
proferir ni una queja, ni un suspiro!!!
Y, vengado el agravio
ya de su vanidad, el asesino
volverá á sus placeres;
y tú, si es que no mueres
á manos del dolor, á tu destino:
sin esperanza amando,
sufrir, siempre sufrir, sufrir callando!!!

INES. ¡Cuadro terrible el que pintais, Señora!
Perdonad si cargado lo contemplo.

REINA. ¡Ah! tú ignoras, Ines, que vivo ejemplo!!!...
¿Mas qué digo insensata? (*Aparte.*)
¡Ya apenas el decoro se recata!
Y con la queja nada se remedia.
Muy tarde debe ser: mira la hora. (*A Doña Ines.*)

INES. La de misa, Señora: (*Mirando el reloj.*)
son ya las once y media.

REINA. Vamos á orar, Ines: ante el Eterno
se aplaca mi dolor; y tú le ruega
que á tí te dé la paz que á mí me niega.

(*Vanse por la puerta de la derecha; por el foro entra la Camarera.*)

ESCENA III.

Entra apresuradamente por el foro la CAMARERA; *despues el* PORTERO.

CAMARERA. ¡Pues! Se me va á la capilla:
hízome falta un minuto.
¡No me acusa la conciencia
de haber perdido ninguno!

¡Uf qué calor! He corrido
algo mas de medio mundo:
mas tambien á la alta empresa
he dado famoso impulso.
¡Ah! ¿Y el de Haro que me espera?
Sutil es, por Dios, y astuto.
Llamémosle, no le vean
y tengamos un disgusto.
(*Al foro.*) ¡Ola! (*Sale el portero, y no pasa de la puerta.*)
Llamad al de Haro,
y cuenta con que entre alguno.
Si el Conde-Duque pregunta,
no responda.

PORTERO. Seré mudo.

CAMARERA. Cuando acabe la capilla
que me avisen. (*Vase el Portero.*)
Es apuro
atender á tantas cosas
que todas importan mucho.

ESCENA IV.

(1) D. LUIS DE HARO. (2) *La* CAMARERA.

HARO. ¡Marquesa!

CAMARERA. ¡Don Luis amigo!
Sacadme vos del oscuro
laberinto en que me tienen
sucesos que miro y dudo.
Nada aciertan á explicarme
las gentes á quien pregunto;
todos estan en Palacio
como en el Limbo los justos.
¿Qué es esto? ¿Quién de Olivares
quebrantar la fuerza pudo?
¿Quién hoy ablandó al Monarca
que estaba anoche tan duro?

HARO. Antes que á tanto responda

conviene aclarar un punto,
Marquesa, y si permitís.....
CAMARERA. Decid, decid, que os escucho.
HARO. Vine por vuestro mandado;
para qué, ya lo presumo:
pero, ¿sois vos quien me llama?
CAMARERA. ¿Qué os parece?
HARO. Lo pregunto.
CAMARERA. Siendo vos tan cortesano
aclaraciones excuso.
HARO. Perdonadme: yo las pido.
CAMARERA. ¿Tan ciego estais?
HARO. Soy muy rudo.
CAMARERA. El hombre es impenetrable. (*Aparte.*)
HARO. El negocio quiere pulso. (*Aparte.*)
¿No me respondeis, señora? (*A la Camarera.*)
CAMARERA. No comprenda que me turbo. (*Aparte.*)
Es tan óbvia la respuesta, (*A D. Luis.*)
que darla parece insulto.
HARO. Yo á pareceros discreto
de buena gana renuncio;
y que me digais suplico
lo que mi corto discurso
no me alcanza á descifrar.
CAMARERA. Pues, Don Luis, á vuestro gusto:
os llamó la Camarera,
(veamos si le deslumbro) (*Aparte.*)
no la Marquesa. ¿Está claro? (*A D. Luis.*)
HARO. Todavía está algo oscuro.
CAMARERA. ¿Pues que caiga el de Olivares
me importa?
HARO. Sí tal; y mucho.
CAMARERA. ¿La causa?
HARO. Por Dios, Marquesa:
si la sabe todo el mundo!
En resúmen ¿quién me llama?
CAMARERA. No me pone en mal apuro: (*Aparte.*)
si mia ha sido la accion, (*A D. Luis.*)
soberano fue el impulso.
HARO. Luego á la voz de la Reina
obedezco, cuando acudo
á vuestra cita: ¿no es eso?

CAMARERA. Confia, como en ninguno,
la Reina en vos.
HARO. ¡Qué favor!
Marquesa, yo me confundo.
CAMARERA. Y su Magestad espera,
¡qué digo! juzga seguro
recoger de sus bondades
en vos, sazonado fruto.
HARO. Hace justicia la Reina
á mi celo.
CAMARERA. (*Aparte.*) Al cabo triunfo:
y en prueba vais á explicarme (*A D. Luis.*)
los enredos de aquel nudo
que antes dijimos. ¿No es cierto?
HARO. Señora, á veces el humo
aunque denso, no es indicio
de fuego ardiente y profundo.
CAMARERA. La metáfora no entiendo,
por mas que hacerlo procuro.
HARO. Dígolo porque os engaña,
tal vez, el deseo iluso;
y me juzgais con poder
que yo ni tengo, ni busco.
Mas, en fin, lo que valiere
mi persona, poco ó mucho,
en servicio de la Reina
emplearlo todo os juro;
decidle á su Magestad,
si gustais, que, como á suyo
puede mandarme; que á nada
que ella ordene me rehuso:
pero que oir de sus labios
su voluntad creo justo;
que hasta el agua algun sabor
adquiere de sus conductos.
Y os dejo ya, conociendo
que de vuestro tiempo abuso.
Hasta las dos en el parque
estaré. Humilde os saludo.

(*Vase por el foro. La Camarera permanece absorta.*)

ESCENA V.

La CAMARERA, *luego el* PORTERO.

CAMARERA. Me ha dejado hecha una estatua:
redomado es sin segundo.
La Reina no ha de querer
tomar parte en el asunto;
ni el de Haro da un solo paso
sin tenerla por escudo.
PORTERO. (*Al foro.*) La capilla ha terminado.
CAMARERA. Está bien. (*Vase el Portero.*)
De bronce un muro
en medio de la carrera
mal mi grado me detuvo.
¿Cuál es su plan?.... Doile en vano
vueltas y vueltas al huso:
ó enmarañado está el copo,
ó soy torpe en grado sumo.

ESCENA VI.

(1) CAMARERA. (2) DOÑA INES, *por la puerta lateral de la derecha.*

INES. Guárdeos el cielo, Marquesa.
CAMARERA. Y á vos, niña.
INES. ¿Del asunto
sabemos algo, Señora?
CAMARERA. Explicadme qué conjuros
para rendir al de Haro
empleásteis.
INES. No mas de uno.
CAMARERA. Sepamos.
INES. Burlarme de él.
CAMARERA. De mí os burlais.
INES. No me burlo.
¿Ya olvidásteis que los hombres,
aunque tengan muchos humos,

besan siempre nuestros pies,
si no cede nuestro orgullo?
CAMARERA. No es capaz de amor tal hombre.
INES. ¿Sois mi rival? (*Riéndose.*)
CAMARERA. Es mas duro
que nunca el mármol lo ha sido;
mas helado que un estuco;
flexible como serpiente.....
INES. ¿Qué decís?
CAMARERA. Es mas confuso
que el Laberinto de Creta.
INES. ¡Airada estais!
CAMARERA. Mas que puño
de avaro, siempre cerrado;
y mas que un raposo astuto.
INES. Vamos: se negó á explicaros.....
CAMARERA. Reid, reid: largo estudio
para conocerle os mando.
INES. Si adivinando no suplo
la experiencia.
CAMARERA. ¿Y la Señora?
INES. Llorando.
CAMARERA. Me lo figuro.
A Osuna y á Orgaz espero,
ya impaciente por minutos;
de recibirlos, si vienen,
me hareis, Doña Ines, el gusto.
A buscar voy á la Reina,
en volver no tardo mucho;
haga el cielo que me escuche
y yo respondo del triunfo.

(*Vase por donde salió Doña Ines.*)

ESCENA VII.

DOÑA INES; *luego el* PORTERO.

INES. ¿Si llegaré con el tiempo
yo tambien á tomar gusto
á estas intrigas de corte

que hoy comprendo solo á bulto?
¿Si me dará por huir
las vanidades del mundo;
y en áspera penitencia,
hacer vida de Cartujo?
No sé cuál será el extremo;
mas ello ha ser alguno,
si es verdad que las pasiones
nos siguen hasta el sepulcro.

PORTERO. (*Al foro.*) El Señor Duque de Osuna.
INES. (*Aparte.*) Ya en Palacio es casi intruso.
¿Viene solo? (*Al Portero.*)
PORTERO. Le acompaña
el de Orgaz.
INES. Pues que entren juntos.

(*Vase el Portero.*)

La Marquesa ha convocado
Córtes, á lo que presumo;
cómo saldremos del lance,
sabe Dios que no lo auguro.

ESCENA VIII.

(1) *El* CONDE DE ORGAZ. (2) DOÑA INES. (3) *El* DUQUE DE OSUNA. (*Osuna y Orgaz por el foro.*)

OSUNA. ¡Ines!
ORGAZ. ¡Señora!
INES. ¡Señores!
OSUNA. ¡Cómo! ¿En vez del ceño adusto
de un conjurado, encontramos
el rostro apacible y puro.....
INES. Cuenta, Duque, con mi prima.....
OSUNA. ¿No sabeis que á los conjuros
del mágico prodigioso
que os prepara eterno yugo,
vuestra prima la Duquesa
despareciόse cual humo?

INES. Placentero estais por cierto.
OSUNA. Tiéneme alegre el indulto; (*Irónico.*)
en cambio el Conde de Orgaz
está mas triste que el Buho.
ORGAZ. Vuestro humor envidio, Duque:
yo en mi pena me consumo.
OSUNA. ¿Y qué diablos conseguís
con rumiar vuestro disgusto?
Imitadme.—¿Que me acusan
de ambicioso sin segundo?
Inocente estás, me dice
la conciencia que consulto.
«Aspira, añaden, á un trono,
es un traidor, un perjuro,»
porque un pueblo que regí,
dió en llamarme recto y justo:
sabiendo que no es verdad,
del que me acusa me burlo.
ORGAZ. Está bien; pero entre tanto
aquel pueblo arrastra lutos,
y le gobierna algun necio
que á la Corte agradar supo.
INES. Esa plática solemne
perdonadme si interrumpo:
quisiera saber.....

(*La Camarera por la derecha.*)

Ya es tarde.
No á la Reina traer pudo. (*Aparte.*)

ESCENA IX.

(1) CONDE DE ORGAZ. (2) DOÑA INES. (3) *La* CAMARERA. (4) *El* DUQUE. (*Salúdanse al entrar.*)

CAMARERA. Su Magestad indispuesta
se halla algun tanto, señores:
mucho el no veros le cuesta,
mas lo impiden sus dolores.
INES. (*Aparte.*) ¡Ay, se nos aguó la fiesta!
OSUNA. Entonces, Marquesa mia,

con gentil compás de pies
nos vamos.

(*Saludando á la Camarera.*)

Hasta otro dia.
¿Mandais algo, hermosa Ines?

(*Se encamina al foro.*)

ORGAZ. (*Aparte.*) Esto ya me lo temia.

(*Saluda y marcha al foro.*)

CAMARERA. Esperad, señor, si os place,
que algunas palabras diga.
OSUNA. Conde: y ahora ¿qué se hace? (*Aparte á Orgaz.*)
ORGAZ. A nada el oir obliga. (*Aparte á Osuna.*)
OSUNA. Esperamos, si os complace. (*A la Camarera.*)
CAMARERA. Cortés como siempre, Osuna;
como siempre, Orgaz, urbano;
tales vasallos fortuna
no da á todo Soberano.
ORGAZ. Adulacion importuna. (*Aparte.*)
CAMARERA. Ya olvidaba..... La Señora,
Ines, á su lado os llama.
INES. (*Aparte.*) Ya comprendo: estorbo ahora.
CAMARERA. Quiere la Reina á esta dama
con extremo.
OSUNA. Es seductora.
INES. A Dios, Orgaz; Duque, á Dios.
CAMARERA. No tardeis, que ya os espera.
ORGAZ. Soy vuestro.
OSUNA. Vuestros los dos.
INES. De Orgaz, tal vez, lo creyera:
pero no, Duque, de vos. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA X.

(1) ORGAZ. (2) *La* CAMARERA. (3) *El* DUQUE.

OSUNA. Somos, Marquesa, llamados.....
¡Ea! empezad el sermon.
CAMARERA. Fuísteis ayer desterrados.....

ORGAZ. Contra ley; sin ocasion.
OSUNA. Y hoy hemos sido indultados.
CAMARERA. Decidme: ¿sabeis qué pudo
aplacar del Rey la saña?
ORGAZ. Lo ignoramos.
CAMARERA. ¡Cosa extraña!
OSUNA. Que tal os parezca dudo:
¿no vivimos en España?
Las cosas pasan aquí
porque pasan.
ORGAZ. Bueno es eso.
OSUNA. Bueno ó malo, ello es así.
CAMARERA. Señores, yo pierdo el seso.
ORGAZ. Y á mí me pasma.
OSUNA. No á mí.
CAMARERA. ¿Al de Haro no le habeis visto?
ORGAZ. No, Marquesa, desde anoche.
CAMARERA. ¿De veras?
OSUNA. Nó, vive Cristo.
CAMARERA. Pues lo asegurais, no insisto.
Esperando el Rey su coche
para marcharse de caza,
entró D. Luis en Palacio;
para verle tuvo traza;
habló con él poco espacio;
salió.....
OSUNA. ¿Cual perro con maza?
CAMARERA. Triunfante, pero modesto.
Luego el Rey á un secretario
llamó, y de lo que ha dispuesto
que os hable no es necesario,
púes lo sabeis.—Fuera de esto
que grande misterio encierra,
hay públicas novedades:
malas nuevas de la guerra,
quejas de muchas ciudades,
y lamentos de la tierra;
el Rey comienza á tener
voluntad, segun parece;
la Reina el alto poder
de Olivares aborrece;
podeis, Duque, si esto crece,

heredarle.

Osuna. Lo agradezco:
mandé una vez, y es bastante.
Marquesa, mi ayuda ofrezco,
pero gratis.—Adelante.

Camarera. ¿Vos? (*A Orgaz.*)

Orgaz. Su enemigo constante.

Camarera. Grandes sois de buena ley.

Orgaz. Sí: del privado enemigos,
pero fieles siempre al Rey.

Osuna. Cansados de ser testigos
de las iras de ese Dey.

Camarera. El que derribarle alcance
hará á la Reina servicio.

Orgaz. Yo quiero vengar un lance
que en riesgo puso mi juicio.

Camarera. Yo de la Reina el suplicio.

Osuna. Yo á España libertar quiero

(*Aparecen en la puerta el portero y Olivares; aquel quiere detener á este, pero el Duque le ase del brazo, le impone silencio, y le obliga á retirarse.*)

del hombre que la devora;
al Rey de un mal caballero;
de un verdugo á la Señora;
y al mundo de un embustero.

(*Olivares hace seña al paño, y entra en escena cubierto. Asombro general.*)

ESCENA XI.

(1) ORGAZ. (2) OSUNA. (3) CAMARERA. (4) OLIVARES.—*Soldados al foro, luego.*

Olivares. Muy bien del Rey la clemencia
se agradece aquí, señores.
Moderar tales furores (*A Osuna.*)
bien pudiera vuecelencia.
¡Así respetan Palacio!

Orgaz. A no ser por tal respeto, (*Iracundo.*)

Conde-Duque, yo os prometo.....

OSUNA. Dejadle decir á espacio: (*Con amarga ironía.*)
me divierte el hombrecillo.

OLIVARES. Señor Duque: insulta al trono
quien me insulta.

OSUNA. (*Irónico.*) ¡Lindo tono!
Buen sombrero, y buen cintillo!

(*Quitándole el sombrero.*)

Osuna está descubierto, (*Con altanería.*)
bien podeis estarlo vos.

(*Arroja al suelo el sombrero de Olivares.*)

OLIVARES. ¡Duque! ¡Duque! ¡Vive Dios! (*Furioso.*)

OSUNA. Orgaz, que toquen á muerto. (*Con escarnio.*)

CAMARERA. (*Recobrándose.*) Conde-Duque: Orgaz: Osuna:
¿este es campo de batalla?

OLIVARES. Vos nos abrísteis la valla,
no os sienta queja ninguna.
Y los que con torpe lengua
y mano audaz afrentaron
al Ministro; los que osaron
hablar de mi honor en mengua;
tambien aquí á sus excesos
han de encontrar el castigo.

(*Recoge el sombrero y se cubre.*)

(*Al foro.*) ¡Ah de la guarda!—¡Ola, digo!

(*Vase la Camarera apresuradamente por la derecha; entran los soldados de la guarda por el foro.*)

Capitan, llevadlos presos.

(*Cúbrense Orgaz y Osuna.*)

ORGAZ. Por la punta doy mi espada. (*Desenvaina.*)

OSUNA. Tomad la mia, Valido. (*Desenvaina.*)

OLIVARES. Hablar es tiempo perdido. (*Altanero.*)
Prendedlos, no escucheis nada. (*A los soldados.*)

(*Al ir los soldados á prender á Orgaz y á Osuna, y al ponerse estos en guardia, sale la Reina por la derecha con la Camarera y Doña Ines: detiénense los soldados, bajan

los acometidos las espadas; Olivares se retira un tanto; y durante un momento todos permanecen suspensos.—Se descubren todos, menos los soldados.)

ESCENA XII.

(1) ORGAZ. (2) OSUNA, *proscenio izquierda del espectador.* (3) OLIVARES, *centro.* (4) REINA, *proscenio derecha.* (5) CAMARERA, (6) DOÑA INES, *detras de la Reina.—Soldados al foro.*

REINA. ¿A tal punto se lleva el desacato?
¡Aquí, en mi propia estancia,
soldados, y armas y combates veo!
¡Apenas si lo creo!
Un sueño de mi mente me parece.
OLIVARES. Tanto, Señora, crece
de algunos descontentos la osadía,
con altas protecciones,
que sobran á castigos ocasiones.
REINA. Mandad como gusteis la monarquía,
pues el Rey mi señor así lo quiere;
en mi cámara nó, no lo consiento;
no ha de ser en los dias que viviere.
No será largo el plazo
que este rincon de vuestro cetro exima;
dejad que, mientras llega,
sola y en paz la Reina al menos gima.

(*A Osuna y Orgaz adelantándose.*)

Y vosotros tambien, oh caballeros.....

(*Osuna y Orgaz se arrodillan á los pies de la Reina.*)

OSUNA. Nosotros á esas plantas, gran Señora,
rendimos los aceros.
ORGAZ. Nuestra fe reverente en vos adora.
OLIVARES. Y al Rey niega obediencia.

(*Levántanse coléricos Orgaz y Osuna.*)

REINA. (*Interponiéndose.*) Replicar os prohibo á su insolencia:
id en paz, no temais poder alguno;

que el Rey, al fin, escuchará á su esposa.
(*A los soldados.*) La Reina os manda darles paso franco.

(*Saluda el Capitan en señal de obediencia, y se retira con los soldados.*)

¿Conde-Duque, lo oís?

(*Inclina el Conde-Duque la cabeza.*)

OSUNA. Pregunta ociosa.
Vos lo mandais, Señora; y eso basta.
En paz, en paz saldremos.
ORGAZ. (*A Olivares.*) Y la espada, ademas, pronta tenemos.

(*Vanse Orgaz y Osuna saludando á la Reina y provocando con sus miradas á Olivares.*)

OLIVARES. Si así de los rebeldes á la saña
le dais alas, Señora,
predigo desde ahora.....
REINA. Salid de aquí, Olivares: en España
todo es vuestro; este cuarto
me pertenece á mi.—¿No teneis harto?

(*Asiéndole del brazo y en voz baja.*)

¿Quereis sangre otra vez? ¿La que aun salpica
mis regias vestiduras no es bastante?
Salid: no mas os vea, (*Apartándole de sí.*)
si una vez no quereis que de mi enojo
tal el exceso sea
que acalle la piedad; y alto castigo
imponga á mi verdugo, á mi enemigo!!!

(*Olivares se retira confuso; la Reina con las damas se va por la derecha.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

FATIDICO ANIVERSARIO.

El teatro representa el jardin de la Duquesa; al foro el palacio de la misma, edificio de la época del renacimiento, compuesto de un solo cuerpo, con vestíbulo y atrio exterior, y un gran vestíbulo interior, en cuyo fondo se vea la puerta de los salones que estarán adornados como para un festin. El piso de estos, del vestíbulo y atrio tendrá una vara de elevacion sobre el del teatro, al cual se bajará por una escalinata doble con su correspondiente antepecho. Delante del palacio y en el centro del jardin una fuente con estátua; dos cuadros de flores delante de esta, dejando una calle en medio, y otra á cada lado, cubren el piso, á excepcion de la parte necesaria en el proscenio para el juego de escena; asientos á derecha é izquierda: es de noche, y la luna ilumina la escena.

ESCENA I.

Música de baile dentro del palacio, en cuyos salones se ve, al trasluz de las vidrieras, circular la muchedumbre de damas y caballeros, unos de gala y enmascarados otros. Aparece D. LUIS *en lo alto de la escalinata: baja y se sienta á la izquierda del espectador, en primer término.*

HARO. Molido estoy, ¡vive Dios!
El dia ha sido terrible.
Danzad, danzad sin descanso, (*Mirando al palacio.*)
miserables arlequines.
En requiebros y piruetas
(*Apartando la vista del palacio.*)
pasan los dias que viven;

y se asombran de que medre
quien trabaja, piensa y sirve.
¿Y afanarse por mandarlos
no es tambien locura insigne?
¿Vale esa turba las penas
que le causa al que la rige?
Galan habrá en el festin
que no tenga veinte abriles;
ni mas letras que romances
de Gomeles y Zegríes;
ni mas armas que una espada,
respetable por lo vírgen,
y de gobierno y batallas
raje, decida y critique!
Y el pueblo, como él levante
hasta los cielos el tiple,
le aplaude; que siempre es justo
que al que manda se le silbe!!!
Sí: pero, en cambio, la historia.....
¡La historia! ¡Y cómo la escriben?
Cada cual como conviene
á su propósito y fines.
Dichoso aquel que en pañales
nació honrados, aunque humildes,
y con el pan cotidiano
cuanto ambiciona consigue!!!

(Breve pausa: meditacion.)

(Volviendo en sí.) ¡Vive Dios!—No hay misionero
que tan buen sermon predique:
y si los fieles me oyesen,
exclamáran, *benedicite!*
Don Luis, Don Luis: no el desprecio
vuestra ambicion paralice;
que los hombres valen poco,
pero se cuentan á miles.

(La Duquesa de baile, y Quevedo dándole la mano, salen del salon al vestíbulo.)

Si nó por su calidad
por la cantidad se estimen;

y, entre cordero y pastor,
¿quién el cayado no elige?

(*La Duquesa y Quevedo salen del vestíbulo y entran en el atrio. D. Luis medita.*)

ESCENA II.

Dicho, la DUQUESA *y* QUEVEDO.

QUEVEDO. Rabie de celos, Duquesa, (*Bajando la escalera.*)
toda la galante estirpe,
viendo á Quevedo dichoso
mas que en años juveniles.

(*En el tablado y siempre andando.*)

Pero, ¿qué es eso, señora?
Paréceme que estais triste.

DUQUESA. De Osuna el lance postrero

(*En el proscenio, derecha: Haro los ve y se levanta.*)

os confieso que me aflige.

HARO. Yo os daré nuevas, Duquesa,

(1) *Haro.* (2) *Duquesa.* (3) *Quevedo.*

que vuestra pena disipen.

QUEVEDO. ¿Teniéndolas, se nos viene,
con tal flema á los jardines?

HARO. Sí, Quevedo, que aunque son
los hilos harto sutiles
de la trama que aquí urdimos,
en la corte hay muchos linces;
la Duquesa en su festin
tambien máscaras recibe;
y los blancos de los negros
no así los ojos distinguen.

DUQUESA. Pero, en fin, ¿qué nuevas hay?

HARO. Buenas son, como lo dije.

QUEVEDO. Déles suelta á las palabras
de vuestra reserva el dique.

HARO. Pues, cuando en palacio Osuna
y el de Orgaz, como aprendices
del oficio cortesano,
hicieron lo que supísteis,
paseándome en el parque
estaba yo á ciertos fines.
Hallélos muy satisfechos
de su necedad insigne:
el oirlos, perdonad,
era cosa de reirse.
Daban por muerto á Olivares
y pensaban estar libres
de su venganza.—Si allí
no me encuentran..... ¡Infelices!
Los de la Guarda amarilla
en pos de mis paladines,
dándole vuelta al estanque
que á navales luchas sirve
en las fiestas é invenciones
que Calderon traza y finge,
venian con gentil paso
arcabuz y lanza en ristre.
Sin grave dificultad
el intento conocíles;
pero algo mas me costó
aplacar á los dos Cides,
que intentaban defenderse,
cometiendo nuevo crímen.
Mas, en fin, como Dios quiso,
á empellones, con ardides,
en San Gerónimo á entrambos
entrar, Duquesa, les hice,
donde ni corren peligro
ni estorban mis altos fines.

DUQUESA. ¿Y allí del fatal Ministro
y sus iras estan libres?

QUEVEDO. Es sagrado: allí no entran
ni demonios ni alguaciles.

DUQUESA. Pero, en fin, eternamente
en sagrado no se vive!
¡El Duque en tanto peligro,
yo en saraos y en festines!!!

Pésame de haber seguido
vuestro consejo.

HARO. ¿Consiguen
lágrimas y soledad
derribar ídolos viles?
Quien desmaya en los reveses,
Duquesa, que no conspire.
La fiesta estaba anunciada,
noche de San Juan la exige;
y el Rey, desde esta mañana,
que vuele al tiempo le pide;
convidarle pudo mas
que retóricas y ardides;
vos misma.....

QUEVEDO. Doy testimonio:
ante mí se lo dijísteis.

DUQUESA. ¡Fué temerario ir al Soto!

HARO. Lleve el diablo los melindres. (*Aparte.*)
Si el Rey exigió, señora, (*A la Duquesa.*)
lo que en su nombre previne;
si dijo: «que ella me ruegue,
y os doy á todos por libres;"
¿debiérais negarle vos
favor que vale un ardite?
Fuísteis al Soto, es verdad,
con el Rey allí estuvísteis,
mas llevásteis compañía.

QUEVEDO. Columna fuí, apoyo firme
de vuestro honor; y al Monarca,
de enviarme á los confines
de Tartaria ó á las Indias,
cierta intencion conocíle.

DUQUESA. Y Osuna, que está ignorante
de estas máquinas sutiles,
si descubre alguna parte,
será fuerza que malicie.....

HARO. No anticipeis contratiempos.

(*Osuna y Orgaz con máscara entran en el vestíbulo por la derecha, y se encaminan al atrio.*)

Cuidaré de prevenirle.
Vamos al festin, que aquí

la soledad os aflige.

(*Osuna y Orgaz bajan al tablado, y amparados por la fuente oyen los versos siguientes:*)

QUEVEDO. ¿Si habrá acaso el Rey llegado?
HARO. ¿Habeis dicho que os avisen?
DUQUESA. Sí, todo está prevenido.

(*Quevedo, la Duquesa y Haro se encaminan al foro de vuelta encontrada con Osuna y Orgaz, de manera que estos llegan por un lado al proscenio, cuando aquellos por el otro á la escalinata.*)

QUEVEDO. Los enigmas de la Esfinge
descifrará quien las tramas
en que andamos adivine.

(*Suben la escalinata y entran en los salones.—Osuna y Orgaz los observan con los brazos cruzados.*)

ESCENA III.

(1) ORGAZ. (2) OSUNA.—*Quítanse las máscaras.*

OSUNA. (*Amarga ironía en todo el diálogo.*)
Orgaz, me vuelvo al convento,
los hábitos me encapillo,
me hago abrir ancho cerquillo,
y en el coro tomo asiento.
ORGAZ. ¡Vive Dios, Duque de Osuna,
que con vos me meto fraile!
OSUNA. ¡Todos ellos en el baile
y nosotros á la Luna!!
ORGAZ. Olivares nos proscribe.
OSUNA. La Reina nos abandona.
ORGAZ. Del martirio la corona
para entrambos se apercibe.
OSUNA. La pérfida italiana
me vende: yo fuí Virey,
me deja, mas por un Rey:
algo en el cambio se gana.

ORGAZ. Haro, á fuer de cortesano
de exquisitas invenciones,
en esto de las traiciones
muestra ingenio soberano.

OSUNA. (*Melancólicamente.*) Quevedo, mi secretario,
mi amigo, mi confidente,
fue doméstica serpiente:
hoy se vuelve mi contrario.

ORGAZ. (*Colérico.*) El fuego cayó del cielo
en Sodoma sin razon,
si no abrasa esta mansion.

OSUNA. (*Con calor.*) ¿Qué ha de abrasar, si es de hielo?
¿No se hiela aquí el honor,
la amistad, el juramento,
y hasta el mismo sentimiento
inefable del amor?
Todo el fuego que en su seno
guarda el Etna, no encendiera
aquí una chispa siquiera:
esto de nieve está lleno.

ORGAZ. Verdad decís, ¡ay de mí!
No hay damas, no hay caballeros;
mugeres viles, logreros,
y malvados hay aquí.

OSUNA. ¿Y qué ha de hacer quien nació
noble, honrado y mal sufrido?

ORGAZ. Luchar es tiempo perdido.

(*Un criado, en el vestíbulo, sale por la derecha, pasa á los salones, vuelve á poco con Doña Ines de baile, y entra con ella por la derecha.*)

OSUNA. ¡Luchar decís! Eso no.

(*Otra vez con amarga ironía.*)

Lo repito; á mi convento:
los hábitos me encapillo,
me hago abrir ancho cerquillo

(*La Reina y la Camarera con mantos y máscaras, guiadas por Doña Ines, atraviesan el vestíbulo y se encaminan al atrio.*)

y en el coro tomo asiento.

ORGAZ. Tambien yo repito, Osuna,
que con vos me meto fraile,

(*Las damas en el atrio.*)

pues prefiero el claustro al baile
que nos arma la fortuna.

(*Suena la verja al pasar las damas á la escalinata.*)

OSUNA. Cubríos, que viene gente. (*Cúbrese.*)
ORGAZ. Vámonos por no estorbar. (*Cúbrese.*)
OSUNA. Sí: no le hagamos pagar
por el malo al inocente.

(*Vanse por la izquierda, bastidores; las damas en el tablado.*)

ESCENA IV.

(1) DOÑA INES. (2) *La* REINA. (3) CAMARERA.

INES. (*Aparte, mirando á la izquierda.*)
¡Aquella voz!.... No es posible.
REINA. ¿Despierta estoy, ó lo sueño?
Cedí, Marquesa, á tu empeño.
CAMARERA. No hay duda: ¡lance terrible (*Ironía.*)
venir, Señora, á un festin!
REINA. Mal, amiga, me aseguro. (*A Doña Ines.*)
INES. No temais.
CAMARERA. Con ser oscuro
nos favorece el jardin.
REINA. ¡Qué calor, Inés! Me abraso.
INES. Descubríos.
REINA. Pero temo.....
CAMARERA. (*Se descubre y hace ver á la Reina como puede taparse con el manto.*)
Ved, Señora: en todo extremo
no es el manto tan escaso.
REINA. No mas el calor resisto. (*Descúbrese.*)
Sorprendida estás, Ines:
yo soy, yo soy la que ves.

¿Nunca tapada me has visto?
Todavía eras muy niña (*Melancólica.*)
cuando al Soto.....

CAMARERA. ¡Antigua historia!

REINA. No la olvida mi memoria.

CAMARERA. Quereis luego que no riña,
y siempre dais en lo mismo.

REINA. ¡Ah si pudiera olvidar!

INES. ¡Señora, hay mas de empezar!

REINA. No se ciega el hondo abismo.

CAMARERA. Esta noche es necesario
conservar libre el sentido.

REINA. ¡Esta noche!—¡Aborrecido,
fatídico aniversario!

CAMARERA. Será esta noche, Señora,
la noche de la venganza.

REINA. No mitiga esa esperanza
el dolor que me devora,

CAMARERA. La gloria se canta al fin.

INES. ¿Yo qué he hacer?

CAMARERA. Dar aviso.

REINA. No nos cojan de improviso:
vuélvete, Ines, al festin.

INES. Aquí, en torno de esta fuente,
os buscará mi obediencia.

REINA. Sí, amiga; y lleva en paciencia
que esta noche te atormente.

INES. Serviros es mi placer,
que os amo con vida y alma.
Viviérais en dulce calma
si estuviera en mi poder.

REINA. Angel eres, Ines mia;
á par que hermosa eres buena.
Vete en paz.

INES. (*Besando la mano á la Reina.*) ¿Vida serena
cuándo tendreis?

REINA. (*Señalando al cielo.*) Allí, un dia.

(*Vase Doña Ines por el foro, y se la ve entrar en los salones del baile.—Luego Quevedo y la Duquesa, con manto, salen de los salones, y se van por la derecha, vestíbulo.*)

ESCENA V.

(1) *La* REINA, *siéntase junto al proscenio.* (2) *La* CAMARERA. *Esta va y viene, observando cuidadosamente las avenidas y escalinata.*

REINA. Marquesa, que á Orgaz y Osuna
no habeis olvidado, espero.
CAMARERA. Ya fué allá mi mensajero,
no tengais pena ninguna.
REINA. Tienen escasa fortuna
cuantos me intentan servir!
CAMARERA. ¿Y es poca gloria sufrir
por una Reina tan bella!
REINA. En veneno hará mi estrella
la triaca convertir!
CAMARERA. Desterrad esa tristeza,
que esta noche á vuestros pies
vereis al Rey.
REINA. Si al revés
no sucede.
CAMARERA. Mi cabeza
responde, si no hay torpeza.
REINA. Su asombro será muy grande.
CAMARERA. Acabaráse el que ande
siempre de fiesta y bureo.
REINA. No tengo mas que un deseo.
CAMARERA. Yo que Olivares no mande.
REINA. ¡Ah! si á los pies le sorprendo
de la que hoy piensa que adora.....
CAMARERA. Sorprenderéisle, Señora:
me figuro estarle viendo
atónito, no sabiendo
dónde está ni qué le pasa!
Entonces pedir sin tasa
podeis; y mandar, y recio:
rescátese, mas á precio
que le fijareis no escasa.
REINA. Mas ¿si el aviso no es cierto,
que anónimo es el escrito?

CAMARERA. No caigo así en el garlito
que ya soy soldado experto.
Cuando el billete hube abierto
y sin firma lo encontré,
lo primero imaginé
ser lo que dice probable,
pues la Duquesa es amable;
y el Rey muy blando.

REINA. Sí á fé.

CAMARERA. Pensé mas: «Haro ha venido,
»de la Duquesa es visita:
»¿apostemos que la cita
»su talisman habrá sido?»
Despues tambien he sabido
que hoy ella estuvo en el Soto.....
¿Notais esto?

REINA. Sí lo noto;
¿y adónde vas á parar?

CAMARERA. ¿El Rey no ha estado á cazar
tambien, Señora, en el coto?
Luego es claro..... (*Mirando á la izquierda.*)
Presto el manto.

(*Cúbrese con el manto.*)

REINA. ¿Vienen? (*Se levanta.*)

CAMARERA. Sí: tápese luego.

(*La Reina no acierta á cubrirse.*)

Déjeme hacer, se lo ruego, (*Cubriendo á la Reina.*)
que yo sé de esto algun tanto.

REINA. ¡Piedad de mí, cielo santo!

CAMARERA. No temais.—Dos hombres son.

REINA. ¿Si nos hablan....?

CAMARERA. A razon
los pondré sin gran trabajo.

REINA. Que se acercan: habla bajo,
no les demos ocasion.

(*Retíranse á la derecha, y se ocultan con la fuente.*)

ESCENA VI.

(1) *La* REINA. (2) *La* CAMARERA. (3) ORGAZ. (4) OSUNA. (*Con las caretas.*) *La* 1 *y la* 2, *derecha, ocultas con la fuente; el* 3 *y* 4 *izquierda, proscenio.*

ORGAZ. Quedémonos en buen hora;
ya nada arriesgar podemos.
OSUNA. Así al menos lo veremos.

(*Siguen hablando entre sí.*)

REINA. ¿Vienen aquí?
CAMARERA. No, Señora.

(*Siguen en observacion.*)

OSUNA. La rabia que me devora
puedo apenas comprender.
ORGAZ. Celos son.
OSUNA. Pudiera ser:
¿habéislos tenido?
ORGAZ. A veces.
OSUNA. ¿Y el cáliz hasta las heces
no os plugo siempre beber?

(*Hablan y gesticulan con calor; y siempre hablando y gesticulando, dan lentamente la vuelta á la fuente, de derecha á izquierda.*)

REINA. (*Aparte á la Camarera.*) Ocúltenos esta fuente.

(*Echan á andar dando la vuelta de izquierda á derecha.*)

CAMARERA. Si esos dos se fueran pronto.....

(*Siguen andando y hablando.*)

OSUNA. (*A Orgaz.*) Digo, Conde, que estoy tonto.....
REINA. (*Al llegar al pie de la escalinata repara en Osuna y Orgaz, que en el lado opuesto llegaron á la misma altura; y se detiene, ocultándose detras de la Camarera.*)
¿No los ves, Marquesa?—Vente.

(*Hablan un instante en secreto, y deshacen despues el camino hasta volver al proscenio.*)

ORGAZ. (*Repara en las damas y llama la atencion de Osuna.*)
¿Por qué nos huye esa gente?
OSUNA. En el talle y la apostura,
jurara..... Mas es locura.
ORGAZ. Tambien mia, vive Dios.

(*Asiendo de la mano á Osuna dá con él la vuelta de la fuente, encaminándose al proscenio por donde lo hicieron la Reina y la Camarera, que estan en él como indecisas entre marcharse y quedarse.*)

OSUNA. Vedlas.
CAMARERA. (*A la Reina.*) Ya vuelven los dos.
REINA. (*Echa á andar apresuradamente; atraviesa el proscenio; dá la vuelta por detras de la fuente, y á su tiempo se va por la izquierda.*)
Huyamos.
CAMARERA. (*Siguiendo á la Reina.*) ¡Qué desventura!
OSUNA. (*Contemplando á la Reina y deteniendo á Orgaz.*)
Orgaz, yo temo estar loco!
ORGAZ. ¡Cómo!
OSUNA. ¿Queréislo creer?
Sospecho que esa muger

(*Un criado en el vestíbulo, sale por la derecha y entra en los salones.*)

que nos anda haciendo el coco,
es la Duquesa.
ORGAZ. Tampoco

(*D. Luis de Haro y el criado salen al vestíbulo y se van por la derecha apresuradamente.*)

me parece desatino.
OSUNA. ¡Mal haya, amen, mi destino!

(*El Rey, cubierto el rostro, y Haro, salen al vestíbulo y se encaminan al atrio.*)

ORGAZ. ¿Seguimos?
OSUNA. Al fin del mundo.

(*Los versos siguientes andando detras de las damas.*)

Mi sola esperanza fundo

de consuelo en la venganza.

(*El Rey y Haro en la escalinata. La Reina y la Camarera se van por la izquierda.*)

ORGAZ. Vamos, segun se me alcanza,
de profundo á mas profundo.

(*Entranse por la izquierda. El Rey y Haro pasan por la derecha al proscenio.*)

ESCENA VII.

(1) *El* REY. (2) D. LUIS DE HARO.—*Entran en escena por la derecha.—El Rey se sienta y descubre el rostro, dando indicios de estar gravemente preocupado.*

REY. La pureza de este ambiente,
la frescura de la noche,
y el suave aroma que exhalan
los cálices de las flores,
dejad, antes de avisarla,
que tranquilo un rato goce.
Si he de deciros verdad,
vine porque no se enoje.
HARO. Vuestra voluntad es ley.
(*Aparte.*) ¿Qué será?—Mal viento corre!
REY. Haro, ¿creeis que hay mugeres
en estos tiempos traidores,
castas, fieles, sin mancilla,
que ámen de veras á un hombre?
HARO. (*Turbado.*) ¡Señor! (*Aparte.*) Extraña pregunta!
REY. Vuestra lengua no responde:
tengo muger y no osais.....
HARO. (*Recobrándose, pero observando el efecto que sus palabras producen.*)
En la esfera de los soles
son muy distintos, Señor,
así aciertos como errores,
de los que en nuestro planeta

podemos juzgar los pobres
humanos.

REY. ¿Y eso qué importa?

HARO. Que el respeto no me estorbe
la respuesta; pues si digo
que la fe jurada rompen
fácilmente las mugeres,
no alcanza á régias mansiones
esa regla.

REY. Os engañais:
las Princesas no son bronces. (*Suspira.*)

HARO. Que tan tristes pensamientos
la alegría así sofoquen
de la noche de San Juan....!

REY. ¡Para mí funesta noche!
No hay cosa que en ella emprenda,
Don Luis, que no se malogre;
y años hace.....

(*Breve pausa. Un pensamiento penoso agobia al Rey.—Levántase y habla á media voz, pero como si estuviera solo. D. Luis le observa con inquieta atencion.*)

¡Horrible imágen!
¿Que nunca, nunca se borre
de mi memoria?

HARO. (*Aparte.*) ¿Qué tiene?

(*Al Rey humildemente.*)

Vuestra Magestad perdone
si me atrevo.....

REY. (*Vuelve en sí bruscamente.*) ¿La Duquesa
vino ya? (*Aparte.*) Necios temores,
dejadme.—(*A D. Luis.*) ¿No la llamásteis?

HARO. (*Asombrado y aparte.*) Dios en cuenta me lo tome
de mis pecados. ¿Qué es esto?

REY. ¿Qué, plantado como un poste,
estais haciendo?

HARO. (*Turbado.*) Creia.....
gran Señor.....

REY. Frases acorte:
¿por qué no viene esa dama?

HARO. Vendrá.....

REY. ¿Quiere que la adore
mentalmente?

HARO. (*Resuelto y de prisa para no ser interrumpido.*)
Habeis mandado,
(Rompamos aunque alborote)
Señor, que no la llamara;
«Dejad—dijísteis, que goce
»del ambiente la frescura,
»y el aroma de las flores.»

REY. (*Recordando, aparte y con disgusto.*)
¡Es verdad!—¡Ay! me trastornan
esas funestas visiones!

HARO. (*Aparte.*) Diga ahora lo que quiere,
que lo ignoro y no soy torpe.
¿Voy, Señor? (*Al Rey.*)

REY. (*Distraido.*) Id: no me opongo.

HARO. (*Saludando.*) Voy pues.

(*Aparte, con admiracion y yéndose.*)

¡Con que no se opone!
La Duquesa fácilmente
pondrá freno á sus ardores.

(*Sube la escalinata, y vase por el vestíbulo á los salones.*)

ESCENA VIII.

El REY *solo, pensativo é inquieto.*

REY. ¿De qué me acusas, bárbara conciencia?
¿Por qué siempre clamar: ¡Villamediana!!!
¿No se atrevió del Conde la insolencia
á la que ciñe la diadema hispana?
Terrible fue, mas justa la sentencia;
la muerte que le dí pena liviana;
y, si mil veces retornara al dia,
mil veces mi furor le mataria.
Mas ¿fué su crímen execrable cierto?
¿Tan claro como el sol que nos alumbra?
¡Si tal vez inocente le habré muerto,

que la pasion á todos nos deslumbra!
Señor, abre mis ojos al acierto:
la clara luz reemplace á la penumbra
que cerca en torno mi angustiada mente:
¿Fué culpable, mi Dios, ó fué inocente?
¡Oh mi dolor! La púrpura te oculta
y mas su peso profundiza el dardo....!
¿La tierra á mi ofensor ya no sepulta?
¿por qué de celos en las iras ardo?
¿mi liviana inconstancia no la insulta....?
¿por qué á mi esposa receloso guardo?
¡Ah! ¡por lo mismo que el poder supremo
descuido, y que otro me lo usurpe temo!
¿Isabel dónde está?—¿Por qué su estancia
dejó sin yo saberlo? ¿Muerto el Conde,
quién me afrenta, gran Dios?.... ¿Huyóse á Francia?
¿Ofendida, tal vez, de mí se esconde?
¡Inútil el afan, vana es la instancia!
¡Ay! la Conciencia á mi gemir responde:
«No hay paz, no hay paz, Felipe, en esta vida
para el esposo infiel, Rey homicida!»

(*Siéntase abatido, y permanece algun tiempo entregado á su dolorosa postracion.*)

ESCENA IX.

(1) *La* REINA. (2) *El* REY.—*La Reina entra apresuradamente y volviendo atrás la cabeza como si alguno la persiguiera; pasa al proscenio y habla sin ver al Rey.*

REINA. Van en pos de la Marquesa.
Libre estoy. (*Ve al Rey.*)
¡Ah! nó! ¡me engaño!

(*Retrocede algunos pasos.*)

¡Desdichas, no tan apriesa!
Todo conjura en mi daño.
Si me voy, hallo á los dos;

si me quedo ¡apuro extraño!
me arriesgo aquí!

(*Tápase bien con el manto y permanece inmóvil.*)

REY. ¡Vive Dios,

(*Levántase impaciente.*)

que es ya mucha la tardanza!

(*Reparando en la Reina.*)

¡Cómo, Señora! ¿Aquí vos?

REINA. (*Aparte.*) ¡Felipe!—Albricias, ¡oh cielos!
llegó el plazo á mi venganza.

REY. Antes que amor dáisme celos,
Duquesa!

REINA. (*Desde aquí, durante toda la escena, y siempre que habla con el Rey lo hace á media voz y disfrazándola.*)
¿Y á qué ocasion?

REY. Sin piedad de mis desvelos,
insensible á mi pasion,
tarde venís: esto es algo;
y os tapais..... ¿Tengo razon?

REINA. Es tan poco lo que valgo,
Señor, que no perdeis nada.

REY. Si eso dijera un hidalgo,
le castigara mi espada.
Vuestra hermosura divina
no mancilleis.

REINA. (*Aparte.*) Extremada
su locura desatina.

REY. Mas, como á vos solamente
no la belleza me inclina,
pase que el manto, inclemente,
me oculte el claro arrebol
de esos ojos, de esa frente,
que envidia le dan al sol;
mas que calleis no tolero.

REINA. ¡Galante sois!

REY. Español
he nacido y caballero;
y ya sabeis, desde Italia,
que el español mas severo

rinde á la diosa de Idalia
siempre culto.
REINA. (*Aparte.*) Es un amante
de los que el cantor de Argalia
nos pinta.
REY. ¿Duro diamante
son las bellas del Vesubio?
¡Oh! ¡Prestárame un instante
la elocuencia á mí del rubio
délfico dios el destino!
REINA. (*Aparte.*) ¡Dios del cielo! Qué diluvio
de culto amor gongorino!
REY. Vuestra tenaz resistencia,
dueño del alma divino,
de mi afecto á la violencia
cediera y.....
REINA. ¡Cuanta vehemencia!
Pronto amor, presto se pasa.
REY. Constante el alma os adora.
REINA. Ya tiene dueño esa casa.
REY. ¿Quién?
REINA. La Reina mi Señora.
REY. Con la Reina parto el trono.
De ella no hablemos ahora.
REINA. ¿Condenáisla al abandono?
REY. Poco siente mi desvío.
REINA. ¿Teneis pruebas en abono
de ese dicho?
REY. (*Con amargura.*) Yo os lo fio.
REINA. ¿Pero claras?
REY. (*Con sequedad.*) Sí; muy claras.
REINA. Con ella no os mostrais pio.
(*Aparte.*) Has de pagarlas, y caras!
REY. ¿Mi corazon no quereis?
REINA. (*Aparte.*) ¡Ah! ¡si tú me le entregáras
al casarnos!—(*Al Rey.*) ¿Me dareis
prendas de ser mi cautivo?
REY. Cuantas vos imagineis!
REINA. (*Aparte.*) Perdido tiene un estribo;
que entrambos pierda conviene.
(*Al Rey.*) ¿Con la Reina os veré esquivo?
REY. Eso poco que hacer tiene.

REINA. ¿No la amais?
REY. Es mi muger.
REINA. ¿Y no os importa que pene?
REY. Si yo sé que no ha de ser.
REINA. Pero, en fin: ¿si ella se queja?
REY. Entonces..... ¿qué se ha de hacer?
REINA. No adivino.
REY. Se la deja.
REINA. (*Aparte.*) Buena estoy por vida mia!
¿Y si, en fin, de vos la aleja (*Al Rey.*)
tal desprecio, y quiere un dia
vengarse?
REY. Por Dios que basta:
dejémoslo.
REINA. ¿No seria
muy justo?
REY. La Reina es casta.
REINA. Frágil vidrio hemos nacido:
si en acero nos engasta
el amor de un buen marido,
no alcanza á rompernos fuerza;
pero hay riesgo conocido,
cuando el engaste se tuerza
de que se quiebre el cristal.
REY. Aunque á mi costa se ejerza,
vuestro ingenio es sin igual.
REINA. Con que ¿discreta os parezco?
REY. Parecéisme celestial.
REINA. ¿Y la Reina?
REY. Yo os ofrezco
que sereis mi Reina y diosa.
REINA. ¡Reina y diosa! ¡Mucho crezco!
REY. Mas mereceis por hermosa.
REINA. ¿Me habeis mirado?
REY. Muy bien.
REINA. Pienso que no.
REY. Sois donosa!
REINA. Piensan los ojos que ven,
y se engañan á menudo.
REY. ¿Y los oidos?
REINA. Tambien.
REY. De que á mí me engañen dudo.

REINA. Sobrada es la confianza.
REY. ¿Y qué engañarme aquí pudo?
REINA. El deseo y la esperanza,
que artífices son de engaños.
Mas me esperan en la danza..... (*Yéndose.*)
REY. ¡Iros así! No en mis años. (*Deteniéndola.*)
REINA. ¿Hemos de esperar la aurora
en el jardin?—Tengo extraños,
Señor, en mi casa ahora,
y dejarlos no es posible.
(*Yéndose: el Rey la detiene.*)
REY. Solo un momento, señora.

(*Siguen hablando en voz baja y lo mismo en la escena siguiente: el Rey como quien suplica; la Reina resistiendo.*)

ESCENA X.

(1) OSUNA. (2) ORGAZ, *foro izquierda, al paño.* (3) *La* CAMARERA, *á su tiempo por la izquierda, pero sin ver á Osuna ni Orgaz.* (4) HARO. (5) DOÑA INES, *á su tiempo: estos dos últimos en el vestíbulo.* (6) *La* REINA. (7) *El* REY *á la izquierda, sentados de modo que no puedan ver á los demas actores.*

OSUNA. Perdíla: es cosa terrible. (*Andando.*)
ORGAZ. (*Deteniéndole.*) ¿Dónde vais? Miradla allí.
(*Colócanse al paño.*)
REY. Si no sois tan insensible (*A la Reina.*)
como hermosa.....
OSUNA. ¡Ay! ay de mí!
ORGAZ. Por Dios, Duque, que obreis cuerdo.
REY. (*A la Reina.*) ¿Tanto cuesta el decir sí?
CAMARERA. (*Sale por la izquierda, y por detras de la fuente atraviesa la escena, entrándose por la derecha.*)
¡No la encuentro!
HARO. (*Sale de los salones, y se pasea en el vestíbulo con gran inquietud.*)
Yo me pierdo
sin recurso. ¡Maldecida!

REINA. (*Al Rey.*) Vos no estais en vuestro acuerdo.
REY. ¿Pues hay cosa que lo impida?
HARO. ¿Dónde está? ¿Qué se hizo de ella?
ORGAZ. (*A Osuna.*) ¿Quién pensara?
OSUNA. Fementida!!
REY. (*A la Reina.*) El amar es por estrella.
REINA. ¿Y el desamar?
REY. Por desgracia.

(*Doña Ines en el vestíbulo.*)

HARO. ¡Doña Ines!
INES. Mi prima bella
no parece.
HARO. ¡Vaya en gracia!
ORGAZ. (*A Osuna.*) Vámonos, Duque. (*Yéndose.*)
OSUNA. (*Deteniéndole.*) Eso no.

(*Doña Ines y Haro pasan al atrio.*)

CAMARERA. De dar vueltas estoy lacia,

(*Por la derecha se encamina al proscenio.*)

sin hallarla. (*Los ve, y se detiene.*)
REY. (*A la Reina.*) Mas que yo
mandareis, os lo aseguro.
CAMARERA. (*Aparte.*) ¡Es el Rey! ¿Si la encontró?

(*Doña Ines y Haro bajan la escalinata.*)

REINA. (*Al Rey.*) ¿Lo prometeis?
REY. Os lo juro.
HARO. (*Caminando al proscenio: ven al Rey y á la Reina; se detienen, y retirándose al foro permanecen detras de la fuente.*)
Vedla allí con el Monarca.
INES. ¿Con que estaba?
HARO. Del apuro
salió al fin mi pobre barca.
INES. (*Aparte.*) Recibe al Rey..... ¡pobre Osuna!
ORGAZ. (*Sosegando á Osuna.*)
Riesgos son del que se embarca
los naufragios.
OSUNA. ¡Ah fortuna,
cómo estiras mi paciencia!

(*La Duquesa, con manto, entra en el vestíbulo por la

derecha; pasa al atrio; repara que hay gente en el jardin, y baja.)

REINA. (*Al Rey.*) ¿Sin restriccion?
REY. Sin ninguna.
REINA. (*Aparte.*) Ancha tienes la conciencia.
Si yo siguiera tu ejemplo....!

(*Encuéntrase la Duquesa con Doña Ines y Haro; ase el brazo de este, y sin que lo pueda remediar, lo trae al proscenio por la izquierda. Doña Ines los sigue.*)

ESCENA XI.

Los dichos y la DUQUESA *descompuesta y azorada.*

DUQUESA. (*Descúbrese y habla en voz alta.*)
¡A tanto no hay resistencia!
No respeta altar ni templo
ese Ministro verdugo!!!

(*Asombrados al oir la voz de la Duquesa, Osuna quiere salir á la escena y Orgaz le detiene; el Rey se levanta y la Reina igualmente; Haro se cruza de brazos; Doña Ines está inmovil; la Camarera va á colocarse al lado de la Reina.*—(1) *Haro*, (2) *Doña Ines*, (3) *la Duquesa*, (4) *el Rey*, (5) *la Reina*, (6) *la Camarera; todos en el proscenio: al paño, foro izquierda, Orgaz y Osuna.*)

CAMARERA. (*Aparte.*) Ya vencido le contemplo!
REY. El juicio quitarme plugo
sin duda á Dios!
OSUNA. (*A Orgaz.*) ¡La Duquesa!!!
INES. ¡Mi prima!
ORGAZ. (*A Osuna.*) Sí: ¿quién es esa?
REY. ¡Duquesa de Montalbano!
DUQUESA. ¿Señor?

(*A un tiempo la Duquesa y la Reina.*)

REINA. ¿Señor?
HARO. (*Aparte.*) Con qué priesa
se le vienen á la mano.
REY. (*A la Reina y la Duquesa con vehemencia.*)
¿Pretendeis que salga loco

de esta casa el Soberano?

OSUNA. (*Aparte.*) Todos lo estamos un poco.

REY. (*A la Duquesa descubriéndole bien el rostro.*)
¿Vos sois la Duquesa?

DUQUESA. Cierto.

REY. (*A la Reina lo mismo; pero ella se retira y dice los versos que siguen con irónica gravedad.*)
¿Y vos?

OSUNA. (*A Orgaz.*) Veamos el coco.

REINA. Segun vos, un cielo abierto,
una diosa á quien habeis
rendido el alma; ¿no es cierto?
Soy aquella á quien quereis
dar el mundo.—Francamente,
como grande pretendeis:
mas otra vez, lo que siente
vuestro amante corazon
no digais incautamente,
ni hagais la ponderacion

(*Acercándosele, con seriedad y á él solo.*)

del fuego de vuestra llama
censurando á vuestra esposa
que os respeta, si no os ama.

REY. ¿Quién sois en fin?

REINA. (*Otra vez con ironía.*) Reina y diosa
del Rey Don Felipe el grande.
Si os parece poca cosa,
seré lo que el Rey me mande.

REY. Señora, andais muy osada.

REINA. Decidle al Rey que no ande
ligero, y seré pausada.

REY. ¿Quién sois para tanto osar?
¿Vuestro nombre?

REINA. Una tapada.

REY. (*Indignado.*) ¿Quién sois? ¿quién sois? sin tardar.

REINA. (*Asiéndole del brazo, y llevándole á la derecha.—Durante el diálogo que sigue entre el Rey y la Reina, escena muda entre los demas actores que no conocen á la Reina.*)
La primera, no la sola
á quien jurásteis amar.

Fuí francesa, hoy española;
dicen que tengo hermosura;
atóme á vos una estola;
labrásteis mi desventura;
quise hoy verla con mis ojos....
Lo demas de la aventura,
por no causaros enojos,
suprimo.

(*Enseñándole el rostro y volviéndose á cubrir. La actitud del Rey es la de un hombre vano mortificado en su amor propio.*)

Soy Isabel:
os fingieron los antojos
un ángel, y hora un Luzbel
mirais.—Confieso que es trance,
sin duda alguna, cruel!
No habeis echado buen lance.
Me retiro, adios quedad:
yo os perdono, que el percance
de esta noche es en verdad
muy bastante y buen castigo.

(*Saluda; hace seña á la Marquesa, y hace que se va.*)

REY. ¡Señora! (*Ofreciendo la mano á la Reina.*)
REINA. (*Rehusando la mano del Rey.*) ¡Tanta bondad!
No os canseis; viene conmigo
la Marquesa.
REY. Yo os lo ruego!
REINA. Me enojareis.
REY. Ya no os sigo.

(*Vanse la Reina y la Camarera; el Rey la acompaña hasta el pie de la escalinata; allí saluda, y vuelve al proscenio.*)

ESCENA XII.

Dichos, menos la REINA *y la* MARQUESA.

REY. (*Aparte.*) ¡Vive Dios que estuve ciego!
¡No conocí á mi muger!

¡Haro!—Mi coche.

HARO. Voy luego.

(*Vase por la escalinata.*)

REY. Señora, quiere el deber
que me retire, y me pesa.

DUQUESA. Una gracia merecer
quisiera.....

REY. Siento, Duquesa,
deciros que estoy de suerte.....
¡Trastornóme la francesa! (*Aparte.*)

DUQUESA. Señor, mi vida ó mi muerte
consiste en que oigais mi queja!

REY. ¿La discrecion no os advierte
que de su intento se aleja
quien no consulta el instante
propicio?—Cuando en la reja
me viéreis rendido amante,
pedid cuanto se os antoje;
por hoy, señora, bastante
lograr es que no me enoje.

DUQUESA. ¿Pues qué culpa cometí?

REY. No querais que me sonroje
al pensar que vine aquí

(*Haro y Quevedo entran en el vestíbulo y se encaminan al atrio.*)

por veros y no os hallé.

DUQUESA. Mas pesar me cuesta á mí
lo que en venir me tardé!

(*Haro y Quevedo en escena.*)

HARO. Ya el coche, Señor, espera. (*Hace que se va.*)

DUQUESA. ¿No me ois?

REY. (*Friamente.*) Lo pensaré.
No vengais. (*A D. Luis que le sigue.*)

HARO. ¿Ni á la escalera?

REY. Solo voy mucho mejor.
No me enojeis.

HARO. (*Saludando.*) No quisiera.

(*Vase el Rey; los demas permanecen preocupados; Osuna y Orgaz salen del bastidor y se quedan al foro.*)

ESCENA XIII.

(1) ORGAZ. (2) OSUNA. (3) HARO. (4) DUQUESA.
(5) DOÑA INES. (6) QUEVEDO.

HARO. (*Aparte.*) No va el Rey de buen humor.
QUEVEDO. Duquesa, nadie parece;
mas vueltas que un asador
dí sin fruto.
DUQUESA. Me estremece
considerar lo futuro!
INES. Prima, ¿qué extraño misterio
se encierra aquí?
HARO. (*Aparte.*) Mas seguro
que nunca tiene el imperio!
DUQUESA. ¡Triste de mí!
QUEVEDO. ¿Quién concierta
las cuerdas de este salterio?

(*Osuna y Orgaz, descubiertos, se adelantan al proscenio; sorpresa general.*)

OSUNA. No faltará mano experta,
Dios mediante.
HARO. ¡El Duque!
INES. ¡Osuna!
DUQUESA. Dime, Ines, ¿estoy despierta?
QUEVEDO. ¡Es el Duque! ¡hay tal fortuna!
ORGAZ. No toquemos la campana:
oid razones.
OSUNA. Ninguna.
ORGAZ. Pero Duque....
OSUNA. Hasta mañana
no ha de durar este enredo,
Conde amigo; es cosa llana.
La Duquesa, á quien concedo
ingenio claro y sutil,
me ha vendido; y yo no puedo
quejarme de lo que á mil
les sucede cada dia.
Halló el Rey otro mongil

en vez del que pretendia:
¡cómo ha de ser! ¿por qué tarde
llegásteis, señora mia?
Don Luis, que siempre hace alarde
de flexible cortesano,
no hay que espantarse que guarde
de su dueño y Soberano
las espaldas.—Al poeta,
con el calor del verano
que esta noche tanto aprieta,
la amistad se le olvidó.
Toquemos, Conde, retreta:
no servimos vos ni yo
para vivir en Madrid.

(*Echa á andar hácia la escalinata sin dar tiempo á que le detengan: Orgaz le sigue.*)

QUEVEDO. HARO. } ¡Duque!
DUQUESA. INES. } ¡Osuna!
OSUNA. Nada.—Nó.

(*Tapándose los oidos en lo alto de la escalinata.*)

¡Conde! (*En el vestíbulo.*)
ORGAZ. ¿Vamos?
OSUNA. (*En el vestíbulo.*) Sí, venid.
DUQUESA. ¡Yo muero!
INES. (*Acude á la Duquesa.*) ¡Prima!
QUEVEDO. (*Atónito.*) ¿Qué es esto?

(*Orgaz y Osuna se van por la derecha, vestíbulo.*)

ESCENA XIV.

(1) QUEVEDO. (2) DOÑA INES. (3) DUQUESA. (4) HARO.

DUQUESA. ¿Qué haré, cielos?....
HARO. ¿Qué? Dormid
esta noche.

QUEVEDO. (*Aparte.*) Alma de cesto (*Indignado.*)
tiene quien tal aconseja.
HARO. Con el dia manifiesto
veremos de esta madeja
el enredo.
QUEVEDO. (*Aparte.*) Este sicario
no siente mas que una vieja.
HARO. El tiempo, Duquesa, es vario:
mañana será otro dia. (*Saluda y vase.*)

(*Quevedo y Doña Ines ayudan á la Duquesa á levantarse, y la sostienen.*)

INES. ¡Fatídico aniversario!
¿verdad? la Reina decia.

(*Vanse por la escalinata.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

CUESTA ABAJO.

El teatro representa el gabinete de despacho del primer Ministro en el Palacio del Buen Retiro. Decoracion cerrada: dos grandes puertas en los costados, una frente á otra; la de la derecha, comunicacion con el Palacio; la de la izquierda con la parte exterior. Al foro dos balcones salientes y practicables con vidrieras, y cortinas por la parte interior; en el entrepaño un sofá; algunos sillones; mesa de despacho cargada de papeles; el actor sentado á ella, dará la izquierda al público. En las paredes mapas, estantes con libros y legajos &c. Al levantarse el telon entra el Secretario por la izquierda con una bolsa de damasco encarnado, llena de papeles: acércase al sofá, ve que el Conde-Duque está durmiendo, y se dirige á la mesa.—La luz del dia comienza á entrar por las vidrieras, mas en la mesa habrá candelabros con bugías ardiendo, que estarán acabándose al comenzar la escena.

ESCENA I.

OLIVARES *durmiendo.—El* SECRETARIO, *entra por la izquierda.*

SECRETARIO. Ya tengo pronto el despacho.....
¡Pobre Señor! se ha dormido!
Ya se ve, pasó velando
toda la noche.—¡Qué oficio!
Cuántos de lejos le envidian,
deslumbrados por su brillo,

que renegaran del cargo,
si llegaran á servirlo!

(*Pone la bolsa encima de la mesa.*)

Dejémosle que descanse
que apenas ha amanecido.
Tiempo nos queda despues,
y sobrado, de martirio.

(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA II.

OLIVARES, *soñando.*

Déjame, sombra enemiga,
que yo no soy tu asesino!
¡Ah!

(*Despierta sobresaltado.*)

No puedo sosegar
un instante..... ¡Qué suplicio!

(*Fija aterrado la vista delante de sí, y se tapa el rostro con ambas manos.*)

No quiero verte.—Le veo,
¡pese á mi vida! lo mismo.
Velando, como despierto,
siempre delante le miro.

(*Supónese que Olivares tiene delante la sombra de Villamediana: su manera de decir y sus ademanes son, por consiguiente, los naturales en quien padece un vértigo horroroso. Segun lo indican los versos, unas veces violento, otras abatido, &c., &c., pero constantemente bajo el dominio de la ilusion que le martiriza.*)

¿Qué quieres? ¿Por qué el descanso
abandonas del lucillo?
¿No respondes?.... No fuí yo,
mil veces ya te lo he dicho;

fué el Bufon quien al Monarca
le reveló tu delirio:
ya murió: no me castigues,
no, por ageno delito!
¿Te ries?.... ¡Risa feroz!
Aun de muerto eres altivo,
Villamediana, el sarcasmo,
la hiel guardas de tu instinto.
¡Ah!—Por no ver esos ojos
en mis ojos siempre fijos;
por apagar el volcan
que en mi pecho han encendido;
por no ver tu rostro cárdeno,
ni tu pecho en sangre tinto,
ni ese acero que me enseñas
con infernal regocijo,
yo haré que por tu reposo,
noche y dia, sacros himnos
se entonen; y en los altares
inciensos ardan y cirios;
yo viviré penitente;
daré cuanto tenga mio;
tu sepulcro será, Conde,
yo te lo juro, un prodigio!
Mas vuélvete á tu sepulcro,
déjame vivir tranquilo,
ó termina con matarme,
tu venganza y mi martirio.

(*Arrójase sobre el sofá ocultando el rostro. Breve pausa.—Levanta la cabeza, mira en derredor de sí; y no viendo la sombra, dice.*)

No está..... Por fin á mis ruegos
cediendo..... Mas yo deliro!
Solo en mi mente agitada
existió el fantasma esquivo.

(*De pie, ya recobrado.*)

Cosas tengo, con mis años,
con mi ciencia, y lo que he visto,
que son dignas ¡vive Dios!

de un ignorante ó de un niño!

(*Sentado á la mesa y examinando un manuscrito.*)

Veamos.—No hay contestar
á la fuerza de este escrito;
cuando llegue á publicarlo
¡pobres de mis enemigos!

(*Vuelve la cabeza á su izquierda; ve la sombra del Conde y, horripilado, deja caer el papel, y aparta la vista.*)

¡Otra vez Villamediana!
¡Oh! funesto parasismo,
que así emponzoña mi vida!

(*Con ficticio valor mira otra vez á la izquierda, y como fascinado clava la vista en donde cree ver la sombra.*)

¡Pero qué!—Yo me alucino.

(*Desde aquí enteramente esclavo de su ilusion.*)

¡Ah qué horror!!! Ya no hay dudarlo:
veo su rostro marchito,
el sudario ensangrentado,
y el ademan vengativo!
Veo el puñal en su herida
clavado siempre lo mismo;
y sus miradas de fuego;
y el reir del labio impío.

(*Como si la sombra se le aproximase amenazadora, se echa atras, aterrado, en el sillon; despues lucha como si la sombra le apretase la garganta y no le dejase respirar.*)

Suelta.—Suéltame.—Yo espiro!

(*Estos tres versos con voz apenas inteligible.*)

Villamediana!.... me ahogas!
Ah!.... tú!.... yo..... cielos..... maldito!
Socorro..... muero..... ¿qué quieres?
Así..... mas lejos..... Respiro.
No te acerques, no te acerques!
Para aplacar ese enojo,

pide, pide sacrificios!
¿Vas á hablar?::::

(Desde aquí la actitud de Olivares es la natural en quien escucha y responde aterrado á un juez sobrenatural, que le pide severa cuenta de su vida. Los puntos suspensivos dobles (::::) marcan los intervalos en que se supone que habla la sombra; la respuesta consiguiente dará al actor la justa medida de su duracion.)

¿Sí?:::: Ya te escucho.
::::Que confiese!:::: ¿Mi delito?::::
No fuí yo: el Bufon..... Felipe::::
No miento. ¡Cielos! ¡Yo espiro!::::
(Nada ignora.) Es cierto: sí.
Ya en confesar no vacilo:
¡perdon! ¡perdon! Aquel siervo
fué instrumento..... ¡Qué suplicio!::::
::::Sí; Felipe vacilaba;
yo le mando á mi albedrío;
tú aspirabas al poder::::
¿No quisiste ser Ministro?::::
¿No? Pues yo lo imaginaba::::
Culpa fué de tu destino;
por excusarme un contrario
de tus dias corté el hilo::::
¿La Reina?:::: Sí: se me opone
y por eso la persigo::::
¿Del Rey tambien! ¿Qué te importa?
¿No es al cabo tu asesino?::::
¿Le perdonaste?:::: ¿Y no á mí?::::
Es verdad: fué el ofendido!
¿Qué quieres por mi perdon?::::
No es cierto: á Satán no sirvo::::
¿No bastan las oraciones?
¿Pues qué basta?:::: ¿Arrepentido?
Sí, lo estoy..... ¡Ah! no es por miedo,
no, ¡cruel! estoy contrito!::::
¿Aun no basta? ¿Pues qué quieres?
::::¡El poder!:::: ¡Qué desatino!::::
¿Que descienda de mi altura
al polvo que nunca piso!!
¿No sabes tú que el poder

es el aire que respiro?
¿Que á cuantos placeres hay
renuncié por adquirirlo?
¿Que para mí no hay amores,
no hay deleites, no hay mas vicios,
que mirar cómo á mis plantas
estan los hombres rendidos?
¿Que sufro, sin dar con quejas
á los tormentos alivio,
mil pesares cada instante
por guardar mi poderío?
¡Y tú quieres que lo deje!
¡tú me aconsejas retiro!
¿á mí, que el poder de Dios,
al par que venero, envidio!!!
Los tesoros te los cedo,
sin que me cueste un suspiro;
penitencias nada importan,
que son ocultos martirios:
¡pero el poder!—No, Fantasma,
déjate de tal delirio::::
La maldicion del Señor,
me dices, si no lo abdico::::
¿No hay medio?:::: Pues ¡guerra á muerte!
¿Lo entiendes, Conde?—Maldito
podré bajar al sepulcro,
mas he de bajar *Ministro*!

(*Sale despavorido del sillon, y va huyendo por la derecha, hasta el sofá, donde cae desmayado al decir el último verso de esta redondilla.*)

¡Ola! ¡Alguno! ¡Venid pronto.
¡Socorro, socorro, amigos!
libertadme de este mónstruo,
que se opone á mi destino.

ESCENA III.

OLIVARES. *El* SECRETARIO *y porteros con las espadas desnudas. Entran por la izquierda.*

SECRETARIO. ¡Corramos!
(*Viendo á Olivares.*) ¡El Duque es muerto!
No se escape el asesino. (*A los porteros.*)
Guardad puertas y ventanas.

(*Lo hacen los porteros.—A un portero que se va por la izquierda.*)

Venga un doctor en su auxilio.
¿Cómo entró?—Yo no he faltado

(*Acércase al Duque y registra su cuerpo, buscándole la herida.*)

del aposento vecino;
y de ser por la ventana
se oyeran sonar los vidrios!
No tiene herida ninguna.
Mas no diera tales gritos
sin causa.

(*Olivares va volviendo en sí lentamente.*)

¡Vamos, respira!
Sale, al fin, de su deliquio.
OLIVARES. (*Con terror.*) ¿Se fué?
SECRETARIO. No he visto á ninguno.
OLIVARES. No le vísteis, Don Francisco?
SECRETARIO. No, señor.
OLIVARES. (*Colérico.*) Mentís.
SECRETARIO. (*Pesaroso.*) Mirad,
señor, que nunca he mentido.
OLIVARES. (*Aparte volviendo en su acuerdo.*)
¡Menguado! ¿Qué estoy diciendo?
¿Fantasmas qué necio finjo
yo en la mente, han de ver ellos?
¿Y esta gente? (*Al Secretario.*)
SECRETARIO. A vuestros gritos.....

OLIVARES. Bueno está: que se retiren.

(*El Secretario hace señal, y los porteros se van por la izquierda llevándose los candelabros. La luz del dia ilumina la escena.*)

SECRETARIO. ¿Vendrá el doctor?
OLIVARES. No es preciso.
SECRETARIO. ¿Algun cordial?
OLIVARES. Nada, nada.
Se terminó el parasismo. (*Levántase.*)
SECRETARIO. (*Aparte.*) Si hoy el Duque está en su acuerdo,
soy yo quien no tiene juicio.

(*A Olivares. Hace que se va.*)

Si no me manda otra cosa
vuecelencia, me retiro.
OLIVARES. (*Azorado.*) No os marcheis.
SECRETARIO. (*Aparte.*) Está azorado.
OLIVARES. ¿Há mucho que habeis venido?
SECRETARIO. (*Turbado.*) ¡Señor!
OLIVARES. (*Impaciente.*) Acabad.
SECRETARIO. (*Respetuoso.*) Anoche,
como vuecelencia quiso
velar, no me pareció
marcharme á dormir, bien visto.
OLIVARES. ¿Es decir que habeis velado?
SECRETARIO. Sí, señor.
OLIVARES. (*Complacido.*) Y no lo admiro,
que en los años que os conozco
siempre os ví del propio estilo.
Yo al alba, ya fatigado,
me tendí: poco he dormido,
y eso poco, pesadillas
me tuvieron intranquilo;
dí, soñando, algunas voces;
á lo menos lo colijo
de lo que ví al despertarme.
SECRETARIO. Tales dísteis, que creimos
hallar en el aposento,
oculto algun asesino.
OLIVARES. (*Conmovido.*) Soñaba que un mónstruo horrendo,
dentro un hondo precipicio,

me arrancaba el corazon.

SECRETARIO. ¡Terrible sueño!

OLIVARES. ¡Y prolijo!
Pero hablar de tales cosas,
amigo, es tiempo perdido:
no impidan las ilusiones
que ejerzamos nuestro oficio.

(Olivares se sienta á la mesa; el Secretario de pie á su derecha, le ayuda en el trabajo.)

¿Tenemos despachos hoy?

(El Secretario responde afirmativamente con la cabeza.)

¿Sí? Veamos.

(Suspira el Secretario, y de la bolsa de damasco va sacando los papeles que, á medida que el diálogo lo exige, pone en manos de Olivares.)

¡Ay, suspiros!
Anuncios de mal agüero.

SECRETARIO. Y son ciertos los indicios.

OLIVARES. Vamos por partes, que vos
soleis muy pronto afligiros.
De Portugal ¿qué tenemos?

SECRETARIO. *(Examinando un pliego.)*
Que han entrado de improviso
los rebeldes en Galicia;
Diego Melo es su caudillo.

OLIVARES. *(Tomando el papel.)*
¿Y el gran Prior de Navarra?

SECRETARIO. Observando al enemigo.

OLIVARES. ¡Fuego de Dios en el hombre
cómo excusa compromisos!
No se bate el General,
y lo pagará el Ministro.

SECRETARIO. *(Otro papel.)* Garay contra Antonio Gallo
en Olivenza ha vencido.

OLIVARES. *(Toma el papel.)* A estocada por cornada
en la frontera salimos.
¿Qué hay de Italia?

SECRETARIO. *(Otros papeles.)* Los franceses
han tomado á Cresentino.

OLIVARES. ¿De Flandes?
SECRETARIO. (*Otro papel.*) Ganóse á Lena.
OLIVARES. Muy poco ha durado el sitio.
De Cataluña ¿qué dicen?
SECRETARIO. (*Acongojado.*) Perpiñan.....
OLIVARES. (*Con calor.*) ¡Cielo divino!
¡Un desastre en Perpiñan!
Aquella plaza es un risco;
armas tiene, municiones.....
SECRETARIO. Por hambre nos la han rendido!
OLIVARES. (*Parece aterrado.—Breve pausa.—Aparte.*)
Fortuna mia, ¿qué es esto?
¡Me asestas mortales tiros!
Pues no han de hacerme cejar
ni los muertos ni los vivos!

(*Al Secretario.*)

¿Qué falta? ¿Hay mas pesadumbres?
SECRETARIO. Dice aquí: (*Leyendo.*) »Un fraile francisco
»en Lisboa residente,
»cuatro meses hace ó cinco,
»prisionero en la apariencia,
»mas en verdad favorito,
»es del Duque de Braganza
»en España agente activo.»
OLIVARES. Dejémoslo, que va largo,
y ese fraile no está á tiro.
SECRETARIO. (*Leyendo con intencion.*)
»Tiene Medina-Sidonia....
OLIVARES. ¿Habla del Duque mi primo
que gobierna Andalucía?
SECRETARIO. (*Responde afirmativamente con la cabeza y sigue leyendo.*)
»Pensamientos muy altivos;
»su pariente el de Ayamonte
»mucho valor, gran prestigio;
»y muchas ganas el fraile
»de ser de Cádiz obispo;
»Braganza busca aliados,
»y yo sé que ha prometido
»darles armas y dineros
»si se alzaren en su auxilio.»

OLIVARES. ¡Traidor el Duque!.... Seguid.
SECRETARIO. Como gustáreis: prosigo.
»El de Medina es cuñado
»de Don Juan.....
OLIVARES. ¡Oh qué prolijo!
SECRETARIO. »Rey será de Andalucía.....
OLIVARES. ¿Rey el Duque?
SECRETARIO. Así está escrito;
y dice que tiene pruebas.
OLIVARES. Todos pretenden lo mismo:
¿y quién firma?
SECRETARIO. Firma *Sancho.*
OLIVARES. Algun delator de oficio.
Si viniere, bien podeis
en mi nombre recibirlo;
y examinad esas pruebas
que de falsas tienen visos.
Dadle dineros, que coma,
y no haga daño á mi primo.
Ya nos sobran desazones,
no busquemos mas ruidos.
SECRETARIO. Yo callaré; pero temo
que el delator ande listo.....
OLIVARES. Recogedle vos las pruebas,
lo demas es cargo mio.
¿Dieron razon esta noche
mis espías?
SECRETARIO. (*Tomando un papel y dándoselo á Olivares.*)
Puesto en limpio
ya tengo aquí el resultado.
OLIVARES. (*Dándole cariñosamente una palmada en el hombro.*)
Sois, Secretario, prodigio.
¿Qué dicen los madrileños?
SECRETARIO. ¿Qué? Murmuran del Valido.
OLIVARES. Segun su añeja costumbre.
SECRETARIO. Hoy levantan mucho el grito.
OLIVARES. Yo les daré Pan y Toros,
callarán como novicios.
Los hombres que chillan mucho
se manejan como niños.
SECRETARIO. Mirad, señor, que se advierte

que se aumentan los corrillos;
que en el Prado, en San Felipe,
y donde quiera es lo mismo;
todos de vos se lamentan,
os llaman fatal Ministro;
dicen que todo es miseria,
y solo vos estais rico,
que sois del Rey Don Felipe
el tirano, y no el Valido.....

OLIVARES. Abusan de que las lenguas
dejarles libres me digno.

SECRETARIO. (*Con timidez y observando el efecto que producen sus palabras.*)
¿No pudiérais indagar
si del popular bullicio
son causa algunos desmanes,
gran señor, y corregirlos?

OLIVARES. ¿Desde la altura en que estoy,
porque zumban los mosquitos,
me aconsejais que averigüe
si encontraron agrio el vino?
Yo sé bien cuál es mi norte,
conozco el rumbo que sigo,
tengo el viento del favor,
y de lo demas me rio.

SECRETARIO. ¿Y si el favor os faltase?

OLIVARES. (*Impaciente.*) ¡Hareisme perder el tino!
¿La tempestad de anteayer,
mi influjo no la deshizo?

SECRETARIO. Sí; pero luego el Monarca.....

OLIVARES. Merced á mi buen sobrino:
quiérele el Rey por su humor
fácil, galante y festivo.
Antes de que amaneciera
á pedirle gracia vino;
tiene maña, habló á Felipe
de festines y amoríos;
fraguaron una aventura,
y trastornó mis designios
por el pronto.....

SECRETARIO. (*Incrédulo.*) ¿Por el pronto?

OLIVARES. Y nada mas, señor mio;

que el de Haro no tiene fuerzas
para medirse conmigo.
Mirad: la Reina conspira,
Orgaz y Osuna lo mismo,
la Duquesa italiana
que aquí en mal hora nos vino,
Doña Ines, la Camarera,
Quevedo, mis enemigos
son todos.....

SECRETARIO. Y no contais
con el Conde de Castrillo,
con Oñate, la Vireina....

OLIVARES. Esos andan divididos;
los otros son mas temibles,
los dirige mi sobrino:
mas á estas horas estan
orillas del precipicio.

SECRETARIO. ¿Cómo, señor?

OLIVARES. Fácilmente.
Dí á Osuna anónimo aviso
de que le era infiel su dama.....

SECRETARIO. ¿Vos se lo dísteis?

OLIVARES. Yo mismo.
Con Orgaz salió del templo
que daba á entrambos asilo.
Fueron donde yo esperaba,
y me han hecho gran servicio.

SECRETARIO. ¿Ya estan presos?

OLIVARES. Lo estarán,
ó son torpes mis esbirros.
Al festin de la Duquesa
(porque adora sus hechizos)
fué el Rey; súpolo la Reina
por otro anónimo aviso;
y como el Duque, en la red
dió de plano.—¡Dios bendito!
Echó á correr al festin
aun antes que su marido.
Salir ella de Palacio,
conforme lo habia previsto;
llevar yo al Rey á su cuarto
diciendo que necesito

aclarar en su presencia
lo que de Osuna le he dicho,
y hacerle ver que faltaba
la tortolilla del nido,
fué mas breve en suceder
que lo que tardo en decirlo.

SECRETARIO. De tales combinaciones,
me pierdo en el laberinto.

OLIVARES. Entre tanto á la Duquesa
un mensajero le envio,
diciéndole que el de Osuna
quiere verla en su retiro,
y cuando el Rey fué á buscarla
no la halló.—Mirad qué lindo
se habrá puesto.

SECRETARIO. Lo supongo;
mas no penetro el designio.....

OLIVARES. ¡Porque sois un infeliz!
Mas quiero daros el hilo.
¿Tirar la espada en Palacio
de traidores no es delito?
Pues ese, Osuna y Orgaz
no hay duda que han cometido.
¿Presos fuera de sagrado,
quién los libra del cuchillo?

SECRETARIO. Eso es claro.

OLIVARES. Y lo demas
habeis de verlo clarísimo.
¿Qué es Quevedo sin Osuna?
Un poeta atrevidillo.
De Don Luis en la Duquesa
estriban los artificios;
mientras no escuche á la Reina
es Felipe mi cautivo:
pues Quevedo ya está solo;
la vanidad ha ofendido
del Rey la hermosa extrangera
con faltarle; Osuna ha visto
que el Monarca era citado,
y Don Luis muy mal amigo;
Orgaz que todos le venden;
que le era infiel su marido

la Reina; y él que esta noche
ella huyó sin su permiso!
¿Quereis mas? ¿Quién ya los une?
¿Quién ataja el fuego activo
que celos, iras, discordias
encienden y que yo atizo?
Ya lo veis, mi Secretario,
para mandar he nacido.
Los dos Grandes muy en breve
me ha de encerrar un castillo;
el poeta irá á una cárcel
si no le mando á un presidio;
la Camarera á un convento;
Doña Ines hará ejercicios;
la italiana desterrada,
saldrá de nuestros dominios;
Don Luis de Haro, en Segovia,
tendrá alojamiento digno
de un político: profundo
le he de poner, se lo fio.
¡Piensan que ya de la silla
á su impulso me deslizo;
pues con el pie en sus gargantas
sentirán cómo me afirmo!
Recoged esos papeles (*El Secretario lo hace.*)
no venga el Rey de improviso,
como suele á las mañanas,
y lea algun desatino.
No dejeis á nadie entrar
si no tiene mi permiso.
(*Vase el Secretario por la izquierda.*)

ESCENA IV.

OLIVARES.—*Despues que sale el Secretario se pone á escribir; y dice los versos, interrumpiendo su tarea.*

Estos que llaman honrados,
porque en todo son mezquinos,
piensan que es arco de iglesia
desenredar un ovillo.
(*Vuelve á escribir. Breve pausa.*)

ESCENA V.

OLIVARES. *El* SECRETARIO *por la izquierda.*

SECRETARIO. Señor: pide una tapada,
noble, segun el vestido,
que vuecelencia se digne
escucharla, y ahora mismo.

(*Sin dejar de escribir.*)

OLIVARES. Decid que venga mas tarde.
SECRETARIO. Insiste, aunque se lo he dicho.
OLIVARES. Pues, yo tambien, Secretario,
en no recibirla insisto.
SECRETARIO. Dice que tiene secretos
que revelar.
OLIVARES. Ya ese estilo
conocemos.
SECRETARIO. Que si vos
no la escuchais, por escrito
los dirá al Rey.
OLIVARES. (*Tirando la pluma con enojo y levantándose.*)
Decid que entre.

(*Vase el Secretario por la izquierda.*)

Diabólico es el oficio.
No hay necio que no disponga
de mi tiempo y mis oidos.

ESCENA VI.

(1) OLIVARES. (2) *La* DUQUESA, *de negro, con manto y tapada.*

OLIVARES. (*Bruscamente.*) Diga pronto esos secretos
si es que los sabe ó los tiene;
y si no, engañada viene,
que ya vivimos muy quietos.
DUQUESA. ¿Si no sabe vuecelencia

con quién habla, por qué insulta?
Con muger, aunque esté oculta,
no es decente la insolencia.

OLIVARES. Humos tiene la tapada.
¿Qué pretende en conclusion?

DUQUESA. Enmienda á una sinrazon
que la tiene lastimada.

OLIVARES. ¿Para pedir desagravio
no bastaba un memorial?

DUQUESA. Nunca así de igual á igual
se satisface un agravio.

OLIVARES. Loca está, por vida mia!
¿Quiere plaza en el hospicio?

DUQUESA. Tengo yo mucho mas juicio
que vos teneis hidalguía.

OLIVARES. (*Enojado.*) Ea loca, salga, salga.

DUQUESA. Saldré, pero satisfecha.

(*Toma una silla y se sienta.*)

Canséme de estar derecha.

OLIVARES. (*Asombrado.*) ¡Sentóse!—¡Cristo me valga!

DUQUESA. (*Con flema.*) ¿De que me siente se pasma?
Siéntese: hablemos despacio.

OLIVARES. ¿Para perderme, á Palacio
vienes, muger ó fantasma?

DUQUESA. Para perderte ó salvarte,
segun mejor te convenga.

OLIVARES. (*Aparte meditando.*)
No algun lazo me prevenga
de mis contrarios el arte!
Perder no quiero mi calma.

(*A la Duquesa imperioso, pero sin grosería.*)

¿Qué quereis?—Con brevedad.

DUQUESA. Que me volvais la mitad,
Conde-Duque, de mi alma.

OLIVARES. ¿Me pedis á vuestro amante?

DUQUESA. Claro está.

OLIVARES. ¿Cuál es su nombre?

DUQUESA. Señor Ministro, es un hombre
á quien teneis por gigante.

OLIVARES. Si yo naciera adivino

fuera grande mi fortuna.
DUQUESA. (*Descubriéndose. Olivares asombrado tarda en reconocerla algunos instantes.*)
Os pido al Duque de Osuna
á quien persigue el destino.
OLIVARES. Apenas creo, Señora,
que pisais esta morada.
¿Vos rogando? ¿Vos tapada?
DUQUESA. ¿Por el hombre á quien adora
qué no emprende una muger?
¿Y concedeis, por supuesto.....
OLIVARES. Pedid otra cosa: en esto
serviros no puede ser.
DUQUESA. Todo lo puede un Valido.
OLIVARES. Soy esclavo de la ley.
DUQUESA. Mas perdonar.....
OLIVARES. Eso el Rey.
DUQUESA. Muy bien, Duque: está entendido.
Sois un Minos inflexible.
OLIVARES. Mi balanza no se inclina.
DUQUESA. Por el Duque de Medina
lo siento.
OLIVARES. (*Sorprendido.*) ¡Golpe terrible!
DUQUESA. Perdió el pobre su cabeza!
¿Sois su deudo?
OLIVARES. (*Mortificado.*) Soy su primo.
DUQUESA. Solo por eso le estimo
y me duele su torpeza.
Mas la justicia es primero,
como dijísteis muy bien.
OLIVARES. ¿Pero quién calumnia, quién
á tan noble caballero?
DUQUESA. El Duque, *de propia mano*,
al de Braganza le escribe,
que sus armas apercibe
y va á hacerse Soberano;
en Lisboa un prisionero
robó á un fraile los papeles;
guárdanlos manos *muy fieles*;
que lo sepais, Duque, quiero.
OLIVARES. (*Con hipocresía.*)
¡Oh! Si hay pruebas, nada digo:

dádmelas, y prontamente.....
DUQUESA. (*Con ironía.*) Sois un Ministro excelente.
Mas no las traigo conmigo.
OLIVARES. (*Disimulando su enojo.*)
Osuna las tiene acaso.
DUQUESA. No.
OLIVARES. ¿Pues quién?
DUQUESA. Es mi secreto.
OLIVARES. Decídmelo.
DUQUESA. Yo prometo
decirlo.
OLIVARES. ¿Cuándo?
(*Aparte impaciente.*) ¡Me abraso!
DUQUESA. Cuando querais.
OLIVARES. Al momento.
DUQUESA. ¿Libres son Orgaz y Osuna?
OLIVARES. No tengais duda ninguna.
DUQUESA. Dadme una órden.
OLIVARES. Consiento.

(*Siéntase á la mesa y escribe. Sale el Secretario por la izquierda.*)

SECRETARIO. El Secretario de Guerra.
OLIVARES. (*Sin dejar de escribir, con enojo.*)
No le puedo recibir;
que espere ó vuelva á venir.

(*Vase el Secretario.—Aparte mirando á la Duquesa.*)

No la tragara la tierra!

(*Acaba de escribir; se levanta y enseña el papel á la Duquesa.*)

De entrambos es el perdon.
DUQUESA. ¿Pues no era cosa del Rey?
OLIVARES. Duquesa, cede la ley
segun pide la ocasion.
Esas pruebas.....

(*Dos palmadas dentro á la derecha, y á alguna distancia.*)

¿Qué escuché?
El Rey que acá se nos entra!
¡Santo Dios! Si aquí os encuentra

lo que va á pensar no sé.
Poco en irse ha de tardar.

(*Levántase la Duquesa.*)

Ocultaos.
DUQUESA. ¿Pero dónde?
OLIVARES. En el balcon. (*Llevándola por la mano.*)
DUQUESA. Señor Conde.....

(*Repítense las palmadas mas cerca.*)

OLIVARES. Señora, no hay que dudar.

(*Olivares lleva á la Duquesa al balcon de la derecha, la mete en él, cierra y deja caer la cortina.*)

ESCENA VII.

(1) OLIVARES. (2) *El* REY. *La* DUQUESA *oculta en el balcon.—Apenas deja Olivares caer la cortina, un portero abre la puerta de la derecha; dá dos palmadas, y deja paso al Rey, retirándose y volviendo á cerrar. Olivares acerca al proscenio, derecha, un sillon que coloca con la espalda al balcon que ocupa la Duquesa; el Rey se sienta en él con negligencia; el Ministro dobla la rodilla, le besa la mano, y se levanta, procurando disimular su turbacion.*

REY. Gaspar, segun el semblante
teneis muy mala salud....!
¡Qué cuarto! Es un atahud....!
Alcoba es de agonizante.
OLIVARES. Esta noche, mi Señor,
velé por vuestro servicio.
REY. Y yo he velado, sin juicio,
para hacer del Trovador....!
Adivinadme con quién.
OLIVARES. ¿Con la bella Montalbano?
REY. Os engañásteis, hermano.
OLIVARES. ¿Con Ines?
REY. Error tambien.
¡Con la Reina!

OLIVARES. ¡Cielo santo!
¿Es posible?
REY. Ya lo he dicho;
y nunca ¡extraño capricho!
hallé en muger tal encanto.
¡Qué discreta! ¡qué ingeniosa!
¡qué sutil y qué galante!
Sospecho que soy amante,
desde anoche, de mi esposa.
OLIVARES. (*Aparte.*) Esto á mis penas faltaba.
¿Quereis, Señor, el despacho?
REY. ¡Papeles!—Me dan empacho.
OLIVARES. Como vinísteis, pensaba.....
REY. Dejadme, Gaspar, por Dios;
que no estoy para negocios.
OLIVARES. Que fomento vuestros ócios
dice la gente, y que vos.....
REY. Diga el vulgo lo que quiera,
yo sé que estoy bien servido.

(*Palmadas dentro, derecha, á distancia.*)

¿Palmadas? ¿No habeis oido?
OLIVARES. (*Abre la puerta de la derecha y mira adentro.*)
¡La Reina!
REY. ¡Si aquí viniera!
OLIVARES. Nunca tal honra me hizo:
pero viene.—(*Aparte.*) ¡Por bien sea!
REY. (*Aparte.*) ¿Qué quiere aquí? No me vea,
y lo sabré.
OLIVARES. (*Aparte y absorto.*) Algun hechizo
desde anoche me domina.
REY. (*A Olivares que no le oye.*)
Salid á su encuentro pronto.

(*Palmadas cerca.*)

Olivares, estais tonto!

(*Dándole en el hombro é indicándole con la mano que salga; Olivares confuso saluda y sale por la derecha.*)

Ocúlteme esta cortina.

(*El Rey al levantar la cortina ve (y los espectadores tambien) á la Duquesa tapada en el balcon; expresa su admiracion con un gesto; se echa á reir, y se esconde.*)

ESCENA VIII.

(1) OLIVARES. (2) *La* REINA. (3) *La* CAMARERA.— *Luego que el Rey se esconde entran en la escena en este órden:* 1. 2. 3.—*Olivares, en medio de su afectado rendimiento con la Reina, examina el aposento con la vista y deja conocer su inquietud, mirando continuamente al balcon de la derecha.*

OLIVARES. (*Aparte al entrar.*)
¿Dónde está el Rey?

(*Viendo vacío el balcon de la izquierda.*)

¡Soy perdido!

(*Ofreciendo á la Reina el sillon que ocupaba el Rey.*)

Ya que tengo tal ventura.....
REINA. (*Rechazando el asiento.*)
Es inútil, Conde-Duque;
no os quiero ser importuna.
OLIVARES. ¡Señora!
REINA. Sí: mi presencia
bien conozco que os perturba.
Poco tengo que deciros.
OLIVARES. (*Saluda profundamente.*)
Mi obediencia ya os escucha.
CAMARERA. (*Aparte á la Reina.*)
Muy humilde está, Señora.
REINA. (*Aparte á la Camarera.*)
La conciencia que le acusa.
OLIVARES. (*Aparte.*) Del lance me viene á hablar
de ayer con Orgaz y Osuna.
REINA. No os sorprenda, Conde-Duque,
que la Reina á vos acuda,
pues el Rey, merced á vos,
en negocios no se ocupa.....
OLIVARES. Vuestra Magestad se engaña.
REINA. Excusadme la disputa.
OLIVARES. Nunca atreverme pudiera.....
REINA. Bien está.
OLIVARES. (*Aparte.*) ¡Que tanto sufra!

CAMARERA. (*Aparte á la Reina.*)
Parece manso cordero:
me sorprende tal blandura.

REINA. La afrenta de una Princesa
me ha traido en vuestra busca:
vengo yo porque no quiero
ni dilaciones ni excusas.
Miserable, desterrada,
Conde-Duque, la viuda
Duquesa de Mántua, á quien
la sangre Real ilustra,
la que rigió á Portugal,
y conservara, sin duda,
aquel reino, á no estorbarlo
quien razones no oye nunca;
esa misma, mi parienta,
(En la garganta se anudan

(*La Camarera recorre la escena, Olivares la sigue con la vista, inquieto.*)

las voces al referir
tanto baldon, tanta injuria!)
tan pobre se ve en Ocaña

(*La Camarera en el balcon de la izquierda.*)

tan infeliz, que en su ayuda
parten las monjas con ella
los manjares con que ayunan.
Por la miseria acosada
vino á Madrid. No rehusa
mi afecto darle socorro.
Mas quien tiene rentas suyas

(*La Camarera al proscenio: Olivares se tranquiliza.*)

que viva de mis limosnas
no es, Don Gaspar, cosa justa,
mientras aquí cortesanos
nuestros tesoros usurpan.

(*La Camarera se dirige al balcon de la derecha.*)

OLIVARES. (*Agitado.*) ¿Buscábais algo, Marquesa?

CAMARERA. (*Dando frente al proscenio, á medio camino.*)
No busco cosa ninguna.
REINA. (*Con dignidad á Olivares.*)
Desatencion tan grosera
aun en vos, no tiene excusa.
OLIVARES. (*Humillado.*) Perdonadme..... yo confieso
que cometí grave culpa.....
REINA. (*Con desprecio.*) Son tantas ya las ofensas
que me hicísteis!

(*La Camarera se dirige al balcon de la derecha. Olivares la observa lleno de ansiedad.*)

OLIVARES. (*Aparte.*) ¡Qué tortura!
REINA. La Vireina está en Madrid;
su esperanza en mí se funda.
OLIVARES. (*Fuera de sí.*) ¿Pero qué buscais, Marquesa?
CAMARERA. (*Levantando la cortina y mirando al proscenio.*)
Que no estemos tan á oscuras.
REINA. (*Admirada á Olivares.*)
¿Estais loco?
CAMARERA. (*Viendo al Rey que está de espaldas, retrocede asustada.*)
¡Aquí hay un hombre!
OLIVARES. (*Aterrado.*) Mal haya, amen, mi fortuna!

ESCENA IX.

(1) OLIVARES. (2) *La* REINA. (3) *El* REY. (4) *La* CAMARERA. (5) *La* DUQUESA.—(1) *Foro izquierda.* (2) *y* (3) *Proscenio.* (4) *Foro derecha.—Sale el Rey de la cortina riéndose, se acerca á la Reina y la saluda con galantería.*

REY. No hay lance de Calderon
que se iguale á esta aventura!
(*Señalando á Olivares.*)
Tened lástima, Señora:
bástale al pobre su angustia;
lo pasado es lo de menos,
lo que le falta le apura.

REINA. (*Con dignidad.*) Habrán visto vuestros ojos
como á una Reina se insulta.
REY. Ved que estaba sin sentido.

(*La Camarera va á levantar la cortina que el Rey dejó caida, y ve por los cristales á la Duquesa.*)

REINA. ¿Y sois vos quien le disculpa?
CAMARERA. ¡Ay! ¿qué miro? Una tapada.
REY. (*Riéndose.*) ¡Gaspar! Gaspar! Hoy te abruman
las pesadumbres.

(*Abre el balcon y saca de la mano á la Duquesa, siempre tapada.*)

Salid
que os veamos, dama oculta.
REINA. (*Con disgusto.*) Perdonad, Señor, no quiero
que esa triste se descubra
en mi presencia.
REY. ¿Y por qué?
REINA. ¡Es muy graciosa la duda!
¿Mano á mano con la Reina
ha de estar tal criatura?

(*Se descubre y arrodilla á los pies de la Reina con dignidad respetuosa.*)

DUQUESA. Señora, ni aun encubierta
tal baldon es bien que sufra.
Grande he nacido.
REINA. (*Con desprecio volviéndole la espalda.*)
Pequeña
os hizo tanta locura.
REY. (*A la Duquesa aparte levantándola.*)
¿Qué? ¡Tambien el Conde-Duque?
¿No bastaba con Osuna?
DUQUESA. (*Con afliccion.*) Conde-Duque, defendedme;
sabeis qué injustos me acusan!
OLIVARES. (*Turbado.*) La Duquesa vino á verme.....
REY. (*Burlándose.*) ¿Quién diablos os lo pregunta?
REINA. (*Al Rey con intencion.*)
¿Temeis que diga....?
REY. (*Galante.*) ¿Son celos?
¡Tuviera yo tal ventura!

DUQUESA. (*Al Rey recobrando su presencia de espíritu.*)
Vine, Señor, á pedir
la gracia de Orgaz y Osuna.

(*A la Reina en alta voz.*)

Yo os probaré, mi Señora,
mi inocencia, estoy segura;

(*A la Reina aparte.*)

y os diré cómo es posible
que á Olivares se destruya.

REINA. (*Variando de tono.*) Seguidme: dareisme á solas,
Duquesa, vuestras disculpas:
y vos, Señor, pues tolero, (*Al Rey.*)
callando, tantas injurias,
al menos dentro de casa
no busqueis las aventuras.

(*Vase la Reina por la derecha con la Duquesa y la Camarera. Olivares permanece absorto, con los brazos cruzados y la cabeza caida sobre el pecho. El Rey acompaña á la Reina hasta el dintel de la puerta; allí se saludan, y él vuelve á la escena, donde contempla el estado de Olivares.*)

ESCENA X.

OLIVARES *y el* REY.

REY. (*Con severidad.*) Olivares, sin tardanza
socorred á la viuda
Princesa, porque es mi sangre,
porque es su demanda justa,
porque la Reina lo quiere,
y no he de sufrir excusas.
Y en adelante, si aun (*Entre severo y burlon.*)
pensais en tales locuras,
respetad este Palacio
que vuestra licencia insulta.
(*Grave.*) Amores en hombre jóven
los pocos años disculpan;
galanteos de un anciano

provocan desprecio y burla.
Pero en fin, tened cautela,
ya que el demonio os perturba.
No quiero que contra mí
vuestros excesos arguyan,
ni que aquí traigo mis damas,
la Reina otra vez presuma.
Buscad mas propio teatro
para tales aventuras.

(*Vase por la derecha sin aguardar respuesta.*)

ESCENA XI.

OLIVARES, *luego el* SECRETARIO.

OLIVARES. (*Saliendo de su enagenamiento.*)
Alas les pido á los cielos
con que á mí propio me huya.
Don Francisco!

(*En la puerta de la izquierda. El Secretario sale al momento.*)

Pronto el coche.
SECRETARIO. El de la Guerra pregunta.....
OLIVARES. (*Furioso.*) Venga el coche; no me hableis,
así el demonio os confunda.

(*El Secretario, asombrado, se va. Olivares toma el sombrero, y se cubre con rabia.*)

Las plagas de Faraon
sobre mí cayeron juntas.
¿Quién le ha dado esos papeles
á la Duquesa?—En la tumba
me arroja si los entrega
á la Reina.—¿Y quién lo duda?
Todas mis combinaciones
de nada valen, son nulas.
Mal haya, amen, mi destino!
¿Quién la Princesa viuda
trajo á Madrid? Fué mi estrella;

su claro esplendor se anubla!
De los muertos la venganza
mi breve descanso turba;
los vivos todos sin tregua
en mi destruccion conjuran;
y de necios galanteos
el Rey Felipe me acusa!
Bueno estoy, pese á mi vida,

(*El Secretario en la puerta de la izquierda.*)

para andar en aventuras!!

(*Ve al Secretario, y furioso se retira de la escena haciendo ademanes de desesperacion.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

VENGANZA Y EXPIACION.

El teatro representa un salon del Palacio del Buen Retiro; á los dos tercios de su longitud, partiendo de la embocadura, y dividiendo con igualdad el espacio de bastidor á bastidor, habrá dos columnas: por manera, que resultarán tres huecos, frente á cada uno de los cuales hay un balcon régio practicable, con cortinas que han de correrse á su tiempo. A toda la distancia de los balcones que el foro permita se colocará, dándoles frente, un teatro, en el cual, si posible fuere, vea el público á su tiempo á los actores que se supone representan en él la Zarzuela de D. Pedro Calderon de la Barca titulada *Fieras afemina amor*. A derecha é izquierda, en el espacio comprendido entre los balcones y el frontis del teatro supuesto, entre ramajes, guirnaldas y vistosas luminarias, palcos y galerías llenos de damas y caballeros de la Corte lujosamente vestidos.—Donde lo reducido del escenario ó lo grande de los gastos no permitan fingir el teatro, podrá suplirse con un forillo que lo represente en perspectiva.—El salon de la escena debe estar adornado é iluminado con el lujo, magnificencia y riqueza propios de la época, del lugar y de la ocasion.

ESCENA I.

En el balcon del centro, sentados de espalda al público el REY *y la* REINA, *de pié al lado de aquel y hablándole con frecuencia, el* CONDE-DUQUE: *en la misma situacion con respecto á la Reina, la* CAMARERA: *tambien de pié*

entre los respaldos de los asientos de los Reyes , DOÑA INES: *detrás, tambien de pié, un grupo de tres ó cuatro Grandes, entre los cuales* D. LUIS DE HARO *á la inmediacion de Doña Ines.—En el balcon de la derecha, todos de pié, la* DUQUESA*, y á su lado, muy obsequioso* OSUNA*: al otro, meditabundo,* ORGAZ*: detrás entre caballeros y damas* QUEVEDO.*—En el balcon de la izquierda, tambien de pié,* GONGORA, CALDERON, MORETO, *el* SECRETARIO, *caballeros y damas.—Todos vuelven la espalda al público, atendiendo á la Zarzuela; hablan entre sí, dan señales de aprobacion &c. Las vidrieras de los balcones abiertas de par en par de manera que el público vea sin dificultad el supuesto teatro. Este aparece con el telon corrido y la decoracion correspondiente á la última escena de la jornada segunda de la Zarzuela.--Supónese que en el primer término del verdadero teatro no puede oirse la declamacion de los actores del aparente, aunque sí la música que en él se toque y cante.*

Nota. Primer término, es el espacio que media de la embocadura á las columnas.

Segundo término, el comprendido entre la línea de las columnas y los balcones.

Teatro, el aparente.

(*Se levanta el telon, y antes que acabe la música baja Haro, dando señales de disgusto, al primer término, y representa simultáneamente con el canto.*)

Musica. (*En el teatro coro de Musas.*)

«Ruiseñor que volando vas,
»cantando finezas, cantando favores;
»¡oh cuánta pena y envidia me das!
»Pero nó, que si hoy cantas amores,

(*Haro empieza.*)

«tú tendrás celos, y tú llorarás.»

Haro. ¡Fieras afemina Amor!
Mal hayan arco y saeta.
Tiene razon el poeta,

(*Quevedo vuelve la cabeza, ve á D. Luis y baja á su encuentro.*)

todo lo vence el traidor.

Quevedo. ¡Qué! ¿No os gusta la comedia?

HARO. Sí: pero tengo pesares.
QUEVEDO. ¿Tan seguro está Olivares?
¿Tendremos al fin tragedia?
HARO. Problemático es el punto.
QUEVEDO. ¿No es el perdon general?
HARO. Sí.
QUEVEDO. ¿Pues no basta?
HARO. No tal.
QUEVEDO. ¿Por qué, Ministro presunto?
HARO. Porque aun nos dura el antiguo.
QUEVEDO. Mas no en firme.
HARO. ¡Qué sé yo!
QUEVEDO. Muchos dicen que cayó.
HARO. Yo lo contrario atestiguo:
Quevedo, el Rey á Olivares
tiene afecto, y muy sincero.
QUEVEDO. Que va á perdérsele espero.
HARO. ¿Entre fiestas y cantares?
QUEVEDO. ¿Qué temeis?
HARO. La reunion
sospecho que es algun lazo;
suspendido miro el brazo,
mas no resuelta la accion.
QUEVEDO. Pero, en fin, al Rey amante
vemos de la Reina bella.
HARO. A impulsos de una querella
vuela ese amor de un instante.
¡Ay, amigo, del que fia
de una pasion su destino!
QUEVEDO. Pirrónico estais supino!
HARO. Yo equivocarme querria.
QUEVEDO. ¿Y, en fin, qué pensais hacer?
HARO. Nada; no tengo instrumentos.
QUEVEDO. ¿Pero Osuna?

(*Señalándole en momento en que habla al oido á la Duquesa.*)

HARO. Si anda en cuentos
con su dama, hecho muger.
QUEVEDO. La Duquesa.....
HARO. (*Tambien señalándole.*) Se hace almíbar
y deja al Rey muy tranquilo.

QUEVEDO. Y la Reina.....
HARO. (*Lo mismo.*) El mismo estilo:
todo es miel, ya no hay acíbar.
QUEVEDO. La Marquesa.....
HARO. Lisonjera
aplaude la Real ternura.
QUEVEDO. Doña Inés.....
HARO. Que tal ventura
fuese la nuestra quisiera.
QUEVEDO. Orgaz.....
HARO. Piensa en los difuntos
y descuida á los vivientes:
Quevedo, con tales gentes
no adelantan los asuntos.
Amor mis proyectos mina:
paciencia.—¿Quién lo remedia,
si nos prueba la comedia
que las fieras afemina?
QUEVEDO. Pues mirad: que la Duquesa,
por no dar celos á Osuna,
con el Rey se muestre aviesa,
ya lo veo:
Mas que á Olivares en paz
deje gozar su fortuna,
si lo jura San Torcaz,
no lo creo.
Que el Duque rendido atiende
solo á servir la hermosura
que há largos años pretende,
ya lo veo;
Mas que olvide que el Ministro
que su ruina, audaz, procura,
puede hallar nuevo registro,
no lo creo;
Que el Rey á la Reina ahora
galantea; y ella creer
aparenta que la adora
ya lo veo;
Mas que él no busque otras damas,
ni que ella, siendo muger,
se entretenga por las ramas,
no lo creo.

Que no cuadra á vuestra prisa
de *Ministrar*, que al buen tio
dé esperanza una sonrisa,
ya lo veo;
Mas que intrigas uno y otro
dejeis nunca, señor mio,
si me ponen en el potro,
no lo creo.

HARO. Siempre festivo y jocoso!

QUEVEDO. Y perdurable proscrito
de ese Olivares maldito.

(*Olivares vuelve la cabeza, divisa á Haro, y baja á buscarle.*)

HARO. Aquí viene.

QUEVEDO. ¡Qué orgulloso!

HARO. A Osuna decidle, os ruego,
que he de hablarle, á Orgaz tambien.

QUEVEDO. Don Luis, ¿no dije yo bien?

HARO. Que viene.

QUEVEDO. Pues hasta luego.

(*Quevedo va á entrar por el hueco de en medio del intercolumnio al mismo tiempo que á salir Olivares. Ambos quieren cederse el paso. El diálogo siguiente, Quevedo en el primer término y Olivares en el segundo.*)

OLIVARES. Pase Usía.

QUEVEDO. Su Excelencia
primero.

OLIVARES. Habeis de pasar.

QUEVEDO. Señor, yo no puedo entrar
si no sale Vuecelencia.

(*Olivares sale saludando á Quevedo, este entra lo mismo; uno y otro se vuelven para mirarse despues, aquel con encono, este con maligna sonrisa; sorpréndense recíprocamente las miradas, y apresuradamente se dirigen el primero al encuentro de Haro, y el segundo al balcon de Osuna y Orgaz, con quienes habla.*)

ESCENA II.

(1) HARO. (2) OLIVARES. (*Primer término.*)

OLIVARES. Sobrino, entre hombres de Estado
no hay nunca eternos rencores.
HARO. Yo solo os debo favores.
OLIVARES. Olvidemos lo pasado.
Lo presente nos ocupe;
todos vamos á perder.
HARO. ¿Todos?
OLIVARES. Todos.
HARO. ¿Qué?
OLIVARES. El poder.
HARO. Yo hasta aquí ganar no supe
de ese juego en lance alguno.
OLIVARES. Yo sí, porque voy despacio;
mas pronto en este Palacio
no quedaremos ninguno.
HARO. No os entiendo.
OLIVARES. Ni es milagro;
mas si conmigo quereis
uniros.....
HARO. No lo dudeis.
OLIVARES. ¿Amigos? (*Tendiéndole la mano.*)
HARO. (*Dándosela.*) Desde hoy consagro
mi vida á vuestra amistad.
OLIVARES. (*Aparte.*) Mañana estás en Segovia.
HARO. (*Aparte.*) Te perdiste.
OLIVARES. A mí me agobia,
Don Luis, la prolija edad;
hé menester un apoyo,
vos lo sereis; y tranquilo
bajaré, si vos el hilo
seguis de mi objeto, al hoyo.
Mas conviene estar alerta,
que el Rey se nos emancipa.
HARO. ¡Qué decis?
OLIVARES. Que participa

la Reina ya es cosa cierta.....

(Concluye la jornada segunda de la Zarzuela, y córrese la cortina del teatro.—El Rey y la Reina se levantan y disponen á salir del balcon.)

HARO. Su Magestad se levanta.
OLIVARES. La jornada se concluye:
seguidme.

(Vanse por la derecha. Olivares habla hasta que salen de la escena.)

Quien nos destruye,
quien nos huella con su planta.....

(Salen Olivares y Haro de la escena. El Rey y la Reina de su balcon; antes que ellos lo hacen de los otros los que los ocupan. El Rey llama con la mano á Calderon, y todos se dirigen al primer término.)

ESCENA III.

El REY. *La* REINA. OSUNA. ORGAZ. *La* CAMARERA. *Doña* INES. QUEVEDO. CALDERON. GONGORA. MORETO. *Caballeros y Damas, en el segundo término, en la colocacion natural al salir todos de sus respectivos balcones, y segun su importancia relativa.*

REY. *(A Calderon.)* ¡Qué invencion, qué magestad!
REINA. *(Lo mismo.)* ¡Es la Zarzuela un encanto!
REY. En los versos y en el canto
qué riqueza y variedad.
CALDERON. Bondad vuestra, bondad solo,
que la fiesta poco vale.
REINA. Entre todos sobresale
vuestro ingenio.
REY. Es un Apolo.

Salen al primer término. (1) Moreto, (2) Góngora y (3) Calderon, que forman un grupo: (4) Camarera, (5) Doña Ines y (6) la Duquesa, que forman otro: (7) Osuna, (8) Orgaz, (9) Quevedo, lo mismo: todos en segunda línea. Los caballeros y damas en el segundo término. Delante, al proscenio, (1) la Reina, (2) el Rey.

REY. (*A la Reina.*) El sol de vuestra hermosura
que radiante y puro brilla
sin nubes (por maravilla
hoy de mi escasa ventura),
tal me ofusca, Isabel mia,
que os puedo apenas mirar.

REINA. Debeisme de equivocar
con la dama que os decia.

REY. Si Dios á los pecadores
arrepentidos perdona,
yo os juro por mi corona.....

REINA. Señor, obras son amores.

REY. ¿Mas obras quereis de mí?
Pedísteis gracias; ninguna
se os negó: mirad á Osuna,
á Orgaz y Quevedo allí.

REINA. Y qué diremos, Señor,
de tan grande y tardo fuego?

REY. Que abrió los ojos el ciego,
que á Dios llama el pecador.

REINA. ¿Sincero arrepentimiento?

REY. ¿Creeis que Felipe engaña?

REINA. Sola yo puedo en España
decir que sí, y bien lo siento.

REY. Isabel, lo que pasó
para siempre cubra un velo;
cada cual, sábelo el cielo,
si mal hizo lo pagó.
Agravios ví ó los soñé.
Noble y Monarca nací;
lo que soñé ó lo que ví,
Monarca y noble vengué.

REINA. ¡Ay de mí! No fueron ciertos.

REY. Y aun eso me está mejor,
pues honra tengo y amor;
y perdónenme los muertos.

REINA. Tambien los muertos se vengan:

(*Música instrumental en el teatro. Los actores del segundo término se asoman á los balcones; los del primero esperan á los Reyes.*)

la conciencia es su puñal.

REY. No hay cura para ese mal.
REINA. Otros males se prevengan.
Si es verdad que en vuestro pecho
arde de amor la centella.....
REY. Arde tanto, esposa bella,
que el corazon me ha deshecho.
REINA. Probádmelo.
REY. ¿Y cómo?
REINA. Haciendo,
ya que sois Felipe el grande,
que nadie, Felipe, mande.

(Córrese la cortina del teatro.—Calderon, que ha estado impaciente, yendo y viniendo á los balcones, llega apresuradamente á los Reyes.)

CALDERON. La cortina estan corriendo:
perdonadme la osadía.
REY. Fueros del ingenio son.
Vamos, Señora. *(Le da la mano.)*
CALDERON. Atencion
os pide la musa mia.

Los Reyes entran en su balcon; Osuna, Orgaz y Quevedo acompañan á las Damas, y vuelven al primer término.— Empieza desde aquí la tercera jornada de la Zarzuela. Los espectadores darán señales de aplauso en cuanto son compatibles con el lugar y la presencia de los Reyes.

ESCENA IV.

(2) OSUNA. (1) ORGAZ. (3) QUEVEDO. *En primer término.*

ORGAZ. La saña, amigos, me ahoga.
OSUNA. Enfrenarla aquí conviene.
QUEVEDO. ¿Orgaz amigo, á qué viene
al cuello echarnos la soga?
ORGAZ. ¡Qué! ¿no habeis visto al de Haro
marchárse con Olivares?
OSUNA. No os cause Don Luis pesares.
ORGAZ. Me ofende tanto descaro.
QUEVEDO. ¿Palaciego le quereis
con escrúpulos de monja?

ORGAZ. ¿Y la Reina!
QUEVEDO. Sin lisonja,
insensato pareceis.
OSUNA. Conde, el Rey es su marido.
ORGAZ. ¿Y no era el muerto su amante?
OSUNA. Este hombre está delirante.
QUEVEDO. La chaveta habeis perdido.
Quien da pan á perro ageno,
ya sabe lo que le espera.
ORGAZ. ¡Pobre amigo! ¡si él lo viera!
OSUNA. Tuvo en amor mal estreno.
QUEVEDO. Mas con razon ó sin ella,
que pudre en la tierra es cierto.
¿Quereis que desuna un muerto
Rey galante y Reina bella?
OSUNA. Razon le sobra á Quevedo;
Conde, olvidarlo es mejor.
ORGAZ. La fuerza de mi dolor
es tan grande que no puedo.
Ver estos regios salones
tan de gala y de festin,
recuerda el aciago fin
del que enciende mis pasiones.
¡Oh! si le viérais cual yo,
de amor y esperanza lleno,
aquí besando sereno
la mano que le mató!
Tal el pájaro inocente,
que la traicion no sospecha,
trina aun cuando la flecha
le asesina alevemente.
Y esa Reina, esa muger
que ahora vísteis cortesana,
yo la ví á Villamediana,
si no amar, compadecer.
¡Todos te olvidan, amigo!
¡Tanto puede el tiempo vario!
mas no quien de tu calvario
fue compañero y testigo!!!
OSUNA. (*Conmovido.*) Fénix sois de la amistad,
de caballeros modelo;
si alcanzo á daros consuelo,

conmigo, Conde, contad.

ORGAZ. ¡Consuelo!—No: la inconstancia
de Isabel abrió la herida.....

QUEVEDO. ¿Pues no era cosa sabida
siendo muger y de Francia?
Amar á un muerto es prolijo,
mas que rezar el trisagio;
y que él prefiere un sufragio
á cien requiebros es fijo.
Pronto cansa amor tan pulcro;
y Artemisa os lo dirá,
«medio arrepentida ya
»de haber labrado el sepulcro.»

OSUNA. Aun os queda una esperanza.

ORGAZ. ¿Nueva vida le he de dar?

OSUNA. No, mas podreisle probar
vuestra fe con la venganza.

ORGAZ. Al laurel no hiere el rayo.

OSUNA. ¿Tiene Olivares laurel?

QUEVEDO. Aplaudo: hagamos con él
que es alma vil, un ensayo.....

OSUNA. Con Haro vuelve: venid.

ORGAZ. Dejad que aquí le castigue.

QUEVEDO. Nada en Palacio consigue
la fuerza.

ORGAZ. ¿Pues qué?

QUEVEDO. El ardid.

(*Vanse á su balcon.*)

ESCENA V.

HARO *y* OLIVARES *en el primer término.* (*Entran por la derecha.*)

OLIVARES. Así todo se combina
como á los dos acomoda.

HARO. Temed al pan de la boda
que las fieras afemina!

OLIVARES. Vóime, que falto no extrañen,
aunque ya les dí pretexto....
¿Cuento con vos?

HARO. Por supuesto.

OLIVARES. (*Señalando al balcon de Osuna.*)
Y cuidado no os engañen.
HARO. Fiadlo, tio, de mí.
OLIVARES. Mucha cordura, sobrino;
mucho pulso y mucho tino;
imitadme.
HARO. Harélo así.

(*Olivares se va al balcon del Rey.*)

ESCENA VI.

HARO. (*Primer término.*)

Y el plan, vive Dios, no es malo:
si de nuevo se desliza
el Rey, la Reina es ceniza.....
¿Y si yo en ella resbalo?
Que si Olivares me busca
no le mueve la amistad,
sino la necesidad:
no me engaña aunque me ofusca.
El quiere que á la Duquesa
persuada vuelva á la carga:
no lo hará, si al Duque amarga,
que es honrada aunque traviesa;
quiere que Osuna en despique
se atreva al sólio español....!
¿Mas quien lucha con el sol
por mucho que se le pique?
Quiere que Orgaz el ejemplo
ose del Conde imitar....!
Imposible de lograr
cuanto propone contemplo.
Mas demos que se consiga
por uno ó por otro modo:
yo soy quien lo ha de hacer todo;
mi tio á nada se obliga:
él pone al Rey la coyunda
de nuevo, á todos derriba,
triunfa, mata, oprime, priva,

y mas que España se hunda.....
Partirá, dice, conmigo
su poder..... y lo creyera
si la historia no supiera
de Zúñiga nuestro amigo:
por él lográsteis subir:
promesas no le faltaron,
mas, arriba, se olvidaron
y fué dichoso en vivir.
No cabemos aquí juntos:
de dos uno, esto ha de ser:
llamaré, para vencer,
hasta los mismos difuntos.

(*Pasa al segundo término, donde dice la redondilla siguiente.*)

¡Orgaz! ¡Osuna! un momento;

(*Aparte á los personages que nombra.*)

que á todos nos interesa.
¿Puede venir la Duquesa?
¿No? Pues por Dios que lo siento.

(*Osuna, Orgaz y Quevedo hablan entre sí con calor, y por último este se queda y los otros pasan al primer término.*)

ESCENA VII.

(1) ORGAZ. (2) HARO. (3) OSUNA. (*Primer término.*)

OSUNA. ¿Qué manda el buen cortesano?
ORGAZ. ¿Qué quiere el buen caballero?
HARO. Confianza lo primero.
OSUNA. ¿No mas pedís? Pleito llano.
HARO. No os merezco mucha fé;
y la causa es, á mi juicio,
que arrojarme á un precipicio
á cada instante no sé.
Mas dejemos esto aparte:
quiere Olivares perderos.
ORGAZ. ¿Eso vino á proponeros,
y el hierro de parte á parte....?

HARO. ¡Matar á un viejo! ¡Qué horror!
OSUNA. Mas le habreis desengañado!
HARO. No tal.
ORGAZ. ¿Y qué?
HARO. Lo cantado:
« fingir halago traidor. »
ORGAZ. ¿Engañar, no es medio infame?
HARO. Tiene el que roba al ladron
treinta dias de perdon,
sin que al Papa los reclame.
OSUNA. Mas en fin, de que se trata?
HARO. De que Olivares sucumba.
ORGAZ. Riña él conmigo, y la tumba.....
HARO. En Palacio no se mata.....
OSUNA. Cara á cara en ley de duelo.
ORGAZ. Por la espalda alguna vez.
HARO. Esta ceda la altivez
á la razon, ¡vive el cielo!
¿Las cartas de Portugal?....
OSUNA. ¿Las que Sancho, aquel soldado
que antes fuera mi criado,
puso en mis manos?
HARO. Cabal.
¿Quién las tiene?
OSUNA. La Duquesa.
HARO. Que al Rey mismo se las dé.
ORGAZ. Si debe darlas no sé.
HARO. Sí que debe, y muy apriesa.
ORGAZ. Ved que fué la condicion
de perdonarnos, quemarlas.
HARO. Lo que el fuego en abrasarlas
tardará vuestra prision.
Contra quien noble pelea,
con la espada riño noble;
si él es falso, yo soy doble,
y es su culpa que lo sea.
OSUNA. Yo no sé qué replicar.
HARO. (*A Orgaz.*) El dió muerte á vuestro amigo.
ORGAZ. ¡Ah! sí! Y en justo castigo
caiga.
OSUNA. Caiga.
HARO. Eso es hablar.

Los salones del festin
mirad allí preparados;
serviráuse los helados
en la pieza del jardin;
háeia esta parte (*La izquierda*) un retrete
á la Reina se reserva.

OSUNA. El Conde-Duque os observa.

HARO. Nada importa: no os inquiete.
En este salon los Reyes
solos, pueden deseansar,
mas nos permiten entrar
del eeremonial las leyes.....

ORGAZ. ¿Y eso, qué?

HARO. Vamos á espacio.
¿No importa saber que es esta
sala, despues de la fiesta,
lo mas seguro en Palacio?
Aquí la Reina vendrá.

ORGAZ. Y aquí si el hado lo quiere,
será donde yo le diere.....

HARO. El Rey nos mira.—¿Que habrá?

ORGAZ. Separémonos.

OSUNA. ¿Aquí,
Don Luis, despues?

ORGAZ. ¡Guerra á muerte!

HARO. Bien está: no hableis tan fuerte.

OSUNA. ¿Aquí luego?

HARO. Duque, sí.

(*Osuna y Orgaz á su balcon.—Haro se dirige al del Rey, pero Olivares le sale al encuentro, y se vuelven juntos al proscenio.*)

ESCENA VIII.

(1) HARO. (2) OLIVARES.

OLIVARES. ¿Y bien, qué decís, sobrino?

HARO. Vamos ganando terreno.

OLIVARES. Por allá yo los barreno.

HARO. Y por aquí yo los mino.
OLIVARES. Voy enfriando al Monarca.
HARO. Y yo calentando á Osuna.
OLIVARES. ¿Tiene celos? ¡qué fortuna!
HARO. Es afrenta del Tetrarca.
¿Mira ya á la Montalbano?
OLIVARES. El mirará, Dios mediante.
¿Le hareis de la Reina amante?
HARO. Eso dejadlo en mi mano.
OLIVARES. Gobernaremos los dos,
cual nunca se hizo en España.
HARO. Yo me daré poca maña,
y habreis de suplirlo vos.
OLIVARES. ¡Qué modestia!
HARO. No: es justicia.
OLIVARES. Proseguid. A Dios.—(*Aparte.*) Mañana
te prendo. (*Vase al balcon del Rey.*)
HARO. Tengo ya gana
de castigar tu malicia.

(*Vase al balcon de los poetas.*)

ESCENA IX.

Desde que Olivares se separó de Haro, ha estado hablando con el Rey, quien le oye al principio con impaciencia, y luego con algun interés; Olivares insta para que el Rey le oiga un momento aparte. Felipe se resiste, pero al cabo cede y, disculpándose con la Reina, se levanta, prohibiendo con un ademan imperioso que nadie le siga. Entonces baja con Olivares al primer término.—La escena muda ha de ser rápida, de manera que sea muy corto el intervalo entre la ida de Haro, y la entrada en el primer término del REY *y* OLIVARES.

REY. ¿Ni un momento de solaz
me habeis de dar, Conde-Duque?
OLIVARES. Cuando Gaspar, que os adora,
vuestros goces interrumpe.....
REY. Ministro tengo, Olivares,

que de molestias me excuse:
gobernara por mí propio
si quisiera pesadumbres.

OLIVARES. Pésame en el puro cielo
de esta noche engendrar nubes.....

REY. Basta ya de circunloquios:
no mi paciencia se apure.

OLIVARES. Señor, una trama horrenda
dentro el Palacio se urde.

REY. No hay en España, si os creo,
quien contra mí no conjure.
Mas esta vez quiero pruebas;
si hay culpados, que los juzguen;
jueces tengo: yo no quiero
que mis pasiones me ofusquen;
no quiero remordimientos;
no quiero sombras que turben
mi sosiego: ¿lo entendísteis?
Podeis hablar, Conde-Duque.

OLIVARES. Señor, si la confianza
perdí ya que un tiempo tuve;
si porque fiel á mi Rey
sufrir su agravio no pude,
vuestra Magestad su gracia
me retira, no hay que dude.

(*De rodillas á los pies del Rey.*)

Dadme licencia, Señor,
para que humilde renuncie
los cargos que merecer
por mi ignorancia no supe.

REY. (*Levantándole.*) Si os tomara la palabra
tuviérais gran pesadumbre.

OLIVARES. Tomadla, Señor, mas antes
vuestra indulgencia me escuche:
no, porque yo me retire,
queden traidores impunes.

REY. Volveréme á la Zarzuela
si el discurso no concluye.

OLIVARES. (*Resuelto.*) Cómplices son de Braganza
Orgaz y de Osuna el Duque;
mi sobrino, desmintiendo

blasones de sangre ilustre,
de sus planes es el alma:
obran ellos, y él discurre.

REY. ¿Y hay pruebas de esa traicion?

OLIVARES. Y claras á todas luces.
Desde Sanlucár me escribe
mi primo, Señor, el Duque
de Medina, que Ayamonte
y otros nobles andaluces
con el portugués rebelde
le estrechan á que se anude.
Por desconcertar sus planes
Medina cede á su empuje,
y ha escrito cartas que yo
cuando se escribieron supe;
de ellas armado un agente
por toda España discurre,
y donde encuentra calor
como cebo las descubre:
tres dias há que al de Osuna
se las dió; el prócer ilustre
las conserva: vos, Señor,
vereis si malicia arguye.

REY. ¡Osuna y Orgaz traidores!
Dejadme, Gaspar, que dude.

OLIVARES. La traicion frisa, Señor,
en la esfera de las nubes.

REY. ¡Olivares!

OLIVARES. Sin saberlo
á vuestro mal contribuye,
tal vez, quien mas obligada.....

REY. Si quereis que yo os escuche
no habeis de poner la lengua,
¡vive Dios!

OLIVARES. Mi celo excuse
la imprudencia de mi labio;
y no en perjuicio redunde
de vos mismo lo que errar
en ser franco, acaso, pude.
De los traidores, Señor,
la piedad las fuerzas nutre.
La ocasion no me consiente

que las pruebas acumule;
mas si antes que se prevengan
á prision se les reduce.....

Rey. No tan de prisa, Olivares.
Olivares. ¿Si esta noche se nos huyen?
Rey. Un no sé qué de rencor
contra ellos se os trasluce.
Olivares. Mi celo por la Corona.....
Rey. Justicia y ódio se excluyen:
es Haro vuestro rival,
y vuestro enemigo el Duque.....
Olivares. Ved, Señor.....
Rey. Si sois martillo,
mirad que el Rey no es un yunque.
Si hay la culpa que decís,
jueces tengo que la juzguen;
vuelvo á decirlo, no quiero
que airadas sombras me turben.
Olivares. Yo me debo retirar.
Rey. No tal; que no se destruye
fácilmente la amistad
que há tantos años nos une,
y uno es que mande el Monarca,
y otro que el amigo excuse.

(*Vase á su balcon; Olivares queda aterrado.*)

ESCENA X.

OLIVARES. (*Primer término.*)

¿No le basta á tu saña, sombra altiva,
mostrarme siempre el iracundo ceño?
¿No le basta turbar mi corto sueño,
ni que penando en mi grandeza viva?
Ya de las fuerzas la vejez me priva:
¿Si ves que hácia la tumba me despeño,
por qué ensañarte en carcomido leño,
que él propio, por su peso, se derriba?
Tu muerte, Conde, fué de un solo instante;
terrible, lenta, amarga mi agonía;

las penas con morir se te acabaron,
y á mí al caer me quedarán delante
valimiento y poder: cuanto queria !!!...
Mas no: mis enemigos no triunfaron,
vivos y muertos todos se engañaron.
Sufrí, Reina, un revés, mas no he caido:
aun soy el Conde-Duque, aun soy Valido!

(Vase al balcon, habla con Haro, este pasa al de la Duquesa, le dice algunas palabras, y vuelve al del Rey, y habla con él. La Duquesa y Osuna hablan acaloradamente. Escena muda sumamente rápida.)

ESCENA XI.

La DUQUESA *sale de su balcon,* OSUNA *la sigue;* HARO *á entrambos.*

OSUNA. Duquesa, callar no puedo.
DUQUESA. Algo os deba mi decoro.
HARO. Duque, por Dios....!
OSUNA. Es en vano.
HARO. Pues, señor, perdióse todo.
DUQUESA. ¿No teneis fe en mi entereza? *(A Osuna.)*
OSUNA. No se arriesga así un tesoro.
HARO. Cosas de barbilampiño
son mas que de un hombre docto!
OSUNA. Ya me basta una aventura.
Es el Rey muy poderoso.
DUQUESA. *(A Osuna con ternura.)*
¿No sois dueño de mi amor?
OSUNA. Por eso mismo me opongo.
HARO. Si en alta mar no le escuchan,
¿cómo navega el piloto?
Duque, es crítico el momento;
nos hundimos en el polvo,
ó triunfamos del traidor
en plazo, amigo, muy corto.
OSUNA. Como á mi costa no sea,
vive Dios que no lo estorbo.
HARO. Sí estorbais, con delirantes

escrúpulos de celoso.

DUQUESA. (*Picada.*) Decid: de desconfiado.

OSUNA. ¿Pretendeis volverme loco?
¿Cómo lo he de consentir?
Tengo celos y os adoro.

HARO. Nunca altos fines consigue
quien arriesga nada ó poco.
Yo haré que de la entrevista
no perdais ni un lance solo.

OSUNA. ¿Yo he de asistir?

HARO. Mas oculto.

DUQUESA. ¿Quisiera yo de otro modo?

OSUNA. Eso varía de aspecto.

HARO. ¿Consentís?

DUQUESA. ¡Al cabo!

OSUNA. (*Con despecho.*) Otorgo.

HARO. ¿Sí? pues marchad sin tardanza.

OSUNA. ¡Eso mas!

HARO. O nada, ó todo.

OSUNA. Duquesa, quieran los cielos
que yo no os pierda por tonto.

DUQUESA. En lances de amor, Osuna,
el mas discreto es mas bobo. (*Le da la mano.*)

HARO. Lleve el diablo los requiebros:
id, señora.

(*Llevando de la mano á la Duquesa hasta el rompimiento. Vase la Duquesa al balcon.*)

Marchad pronto.

(*Empujando á Osuna que sale por la derecha.*)

ESCENA XII.

HARO *solo.*

Arriesgado es el albur,
todo á este lance lo expongo,
mas tal las cosas se han puesto,
que es prudente tanto arrojo.

(*Reparando que Olivares se dirige al primer término.*)

Olivares..... qué impaciente

se muestra..... le desconozco!
La ambicion es como el vino,
tambien tiene sus beodos.

ESCENA XIII.

HARO. OLIVARES.

OLIVARES. ¿Y bien?
HARO. Ya está convencida.
¿Irá el Rey?
OLIVARES. Sí: ¿pero el otro....?
HARO. Aquí vendrá.....
OLIVARES. ¿Estais seguro?
HARO. Con mi cabeza respondo.
OLIVARES. ¿Osará?
HARO. Sí: es temerario.
OLIVARES. ¿Y á Osuna perderle, cómo?
HARO. Llevándole adonde vea,
lo que ahora sospecha solo:
sus celos harán que olvide
hasta respetos del Trono;
y el Rey entonces.....
OLIVARES. Entiendo.
¡Sois un sobrino de oro!
HARO. No tal: un pobre aprendiz.
OLIVARES. Tan modesto como docto.
HARO. Si lo aprobais, voy al punto.....
OLIVARES. Apruebo, admiro, y adoro.

(*Vase Haro, y se le ve hablar con Orgaz.*)

ESCENA XIV.

OLIVARES, *solo.*

No le falta travesura,
discreto es como ambicioso;
pero le sobran alientos
y pudiera hacerme estorbo.

Ya la comedia concluye;
Fortuna, escucha mis votos;
una noche de favor
y á tu rueda un clavo pongo.

(Fin de la Zarzuela: levántanse los Reyes; Calderon se acerca á ellos, y le felicitan. En seguida pasan al primer término acompañados por todos los demas actores.—Olivares dice algunas palabras al oido del Rey.—Orgaz y Haro siguen una conversacion interesante.—El Rey, aprovechando el momento en que la Reina habla con Calderon, habla con la Duquesa en secreto, la Reina le sorprende, y él se aparta precipitadamente de la Duquesa.—Esta escena muda muy marcada.)

ESCENA XV.

(1) *El* REY, (2) *la* REINA (*en el proscenio*). (1) HARO, (2) ORGAZ (*izquierda al rompimiento*). (1) CALDERON, (2) GONGORA, (3) QUEVEDO *y caballeros* (*centro al rompimiento*). (1) DUQUESA, (2) CAMARERA, (3) DOÑA INES *y damas* (*derecha al rompimiento*).

REY. Podeis, señores, pasar
á la sala del festin.

(Todos van saliendo por la derecha.)

Está bien: yo os iré á hablar.

(Aparte á la Duquesa; la Reina lo repara.)

QUEVEDO. No puede tener buen fin. (*Aparte á Haro.*)
vive Dios, tanto intrigar. (*Vase.*)

OLIVARES. Buscadme, sobrino, luego (*Aparte á Haro.*)

HARO. Está bien, yo os buscaré.

(Id. á Olivares: vase este.)

ORGAZ. Sé que arriesgado es el juego; (*Id. á Haro.*)
mas la suerte probaré.

HARO. La prudencia es lo que os ruego.

(Vase Orgaz con la Duquesa, á quien dá la mano.)

(*Galante á Doña Ines.*)

Gracias al cielo, Inés mia,

INES. (*Aparte á Haro.*) Sois galante como un turco
no me hablais en todo un dia.

HARO. Porque está la mar que surco,
bella Inés, sobrado impia. (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

El REY, *la* REINA. (*La Marquesa al foro, rompimiento.*)

REINA. ¿Al festin no vais, Señor?

REY. Vuestras órdenes espero.

REINA. (*Con ironía.*) ¡Mis órdenes! Yo primero
entraré á mi tocador.

REY. Esquiva os halla mi amor.

REINA. Consuelo os dé la Duquesa.

REY. ¡Isabel!

REINA. (*Vuelve la espalda y hace que se va.*)
Vamos, Marquesa!

REY. Oidme.

(*A una seña del Rey se retira por la izquierda la Camarera.*)

REINA. No: es excusado.

(*Hace que se va; el Rey la detiene.*)

REY. Un negocio fué de Estado.

REINA. ¡Válgate Dios, qué traviesa!

REY. Olivares.....

REINA. ¿Su profundo
saber á una dama humilla
hoy, la postrada Castilla,
terror un tiempo del mundo?

REY. ¡Postrada!

REINA. En el cieno inmundo,
su antiguo sacro laurel
hunde, y la frente.

REY. ¡Isabel!

REINA. Felipe, callar no es justo:

tu Corte llámate augusto;
pero tus pueblos cruel.
REY. Reina, amorosas querellas
no ofenden la Magestad;
mas el límite guardad
natural y propio de ellas.
¿Han de estar nuestras estrellas
siempre en círculos distantes?
Somos esposos: amantes
ambos seamos tambien.
REINA. ¡Amantes, no!
REY. ¿Tanto bien
perdí en tan pocos instantes?
REINA. Felipe, no: el fingimiento
de mí ni de vos no es digno;
yo con mí propia me indigno,
me desprecio, cuando miento.
REY. ¿No me amais?
REINA. De cuanto siento,
quiero haceros confidente;
sirva el rubor de la frente
de pena para mi culpa;
con vos valga en mi disculpa
que tan sincera la cuente.
REY. Isabel, ved lo que hablais,
que soy Rey y soy marido:
ofensas que he presumido
cómo vengué no ignorais.
Entended, si confesais;
si escucho de vuestro labio.....
¡Me estremezco!—Que hubo agravio
donde tal vez lo dudé.....
REINA. Lo que es verdad os diré.
REY. ¿Callar no fuera mas sabio?
REINA. No, Felipe, que en callar
mas riesgo corre mi honor
que cuanto vuestro furor
puede dármelo en hablar.
Primero os quise engañar,
mentir amor que no tengo.....
REY. ¡Tal escucho y me contengo!
REINA. Tirad al furor la brida.
REY. ¿Qué he de esperar, por mi vida?

REINA. Desengaños que prevengo.
Niña aun vine de Francia
á ser, Felipe, tu esposa;
pudiste hacerme dichosa,
no lo quiso tu inconstancia.
No hubo ruego, no hubo instancia,
no hubo halagos lisonjeros
con que en los años primeros
no intentara cautivarte;
yo, Felipe, ansiaba amarte;
padecí tormentos fieros!
Tú entre tanto, desbocado
corriendo tras tus pasiones,
ni escuchabas mis razones,
ni cuidabas de tu Estado.
¡Si, en fin hubieras amado....!
Pero no: á caprichos necios,
soplos hoy, mañana recios
huracanes, te entregaste;
la corona que heredaste
y yo partimos desprecios.
Un cetro te dió tu estrella,
grande, sublime, al nacer;
y dióte despues muger,
igual á tí, si no bella.
¿Qué has hecho de él, y qué de ella?
Diste el cetro á tu Valido;
la muger no la has perdido
porque nació muy honrada,
mas la has hecho desgraciada
en todo cuanto has podido.
Porque un hombre la miró.....
sea, digámoslo, amante.....
REY. ¡Isabel!
REINA. Oye un instante.
REY. No me hableis en eso, no.
REINA. ¿Felipe, no le mató
tu saña?
REY. No lo declino.
REINA. *«Cumplido está su destino,»*
aquella noche fatal
me dijiste, y el puñal
me enseñabas, asesino;

pues bien: con él implacable,
conmigo sin compasion,
fuiste, Felipe; razon
es tambien no ser amable;
que te ame yo no es ya dable,
fiel he sido y lo seré.....

REY. Nunca, Reina, lo dudé;
pero el delito del Conde......

REINA. La tumba fria le esconde.
¿Qué quereis?

REY. Que allá se esté.

REINA. ¡Que se esté! Vana esperanza.
¿Matar y vivir tranquilo?
No, Felipe; es doble el filo
del puñal de la venganza.....

REY. Donde el remedio no alcanza.....

REINA. Para expiar nunca es tarde.

REY. ¿Perdon yo pedir cobarde?

REINA. No afrenta el temor de Dios,
ni sienta, Felipe, en vos
de impenitente el alarde.

REY. Satisfacciones el Rey
á vivos, no es ley de duelo;
y á muertos solo en el cielo
de los justos la alta grey
puede darlas.

REINA. ¿Y no es ley
del duelo y de la conciencia
que purgue la penitencia
lo que la saña pecó?

REY. Dejad, Señora, que yo
cristiano, sin asistencia.....

REINA. No cierre vuestra altivez
á mis voces el oido,
siquiera porque esta ha sido
de mi hablar la primer vez.

REY. ¡Ah! cesara tu esquivez
que así me mata insensible.....

REINA. Es amaros imposible,
Felipe: no cabe amor
donde hay un fiero dolor,
implacable, irresistible.
Perdonadme, y yo perdono

cuantos agravios sufrí;
oidme y tendreis en mí,
un centinela del trono.
Del que murió á vuestro encono
el perdon sabré alcanzar,
que quien murió por amar,
será, aunque muerto, piadoso.

REY. ¿Qué me pedís?

REINA. Que al reposo
renuncieis y á no mandar.
Madre soy de un hijo vuestro,
consuelo de mis pesares;
¿si hacer dejais á Olivares,
qué le queda de lo nuestro?
Ignorante ó poco diestro
ya ha perdido á Portugal;
y en batalla desigual
contra la Europa os empeña;
su vanidad se despeña;
vos pagais, Señor, el mal.
No en sueños mis quejas fundo,
que harto claras son mis penas.
¡Ay! ¿qué fué de las cadenas
que el gran Felipe segundo
forjó, político, al mundo
que á sus pies se miró esclavo?
No hay Grande, esposo, no hay cabo
de tus huestes que no atente
á ese laurel, que en tu frente
no es mas que un adorno al cabo.

(*Vase la Reina por la izquierda: quédase el Rey pensativo.*)

ESCENA XVII.

REY.

Braganza se coronó,
y Cataluña no es mia;
tambien tiene Andalucía,
quien su Rey en ser soñó.
¿Qué quieres, duda cruel?

¿Es quien me engaña Olivares;
ó por causarme pesares,
me atormenta aquí Isabel?

ESCENA XVIII.

El REY.—HARO, *por la derecha.*

HARO. La Duquesa en el jardin.....
REY. (*Aparte.*) Ella es tal vez confidente.....
Sí: ella sabe de esa gente
cuál es el pérfido fin.
HARO. Gran Señor.....
REY. Ya os escuché. (*Haro saluda.*)
(*Aparte.*) ¡Ah! si ella sabe el secreto,
yo saberlo me prometo.
(*A Haro.*) Bien, decidla, que allá iré.
(*A Haro que se va, saludando.*)
Esa muger me ha de dar
la clave de este misterio.
¡Mal haya, amen, el imperio:
Mal haya, amen, el reinar!
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA XIX.

La REINA, *la* CAMARERA, *por la izquierda.*

CAMARERA. Va en su busca, ¡hay tal descaro!
REINA. ¡Y la Duquesa me vende!
CAMARERA. Lo que menos se comprende
son las tretas del tal Haro.
REINA. Yo le dejé conmovido.
CAMARERA. Señora, sois inocente:
¿quién piensa que se arrepiente
de veras nunca un marido?
REINA. Qué haremos, Marquesa, ahora.....
CAMARERA. No poco, si en paz salimos.
REINA. Temerarias anduvimos.
CAMARERA. No os acuiteis, mi Señora;
mas conviene no ignorar

en qué estado está el asunto.
Dadme licencia, que al punto
os vendré á tranquilizar.

(*Vase por la derecha.—La Reina pensativa.*)

ESCENA XX.

La REINA, *y* ORGAZ *por la derecha.*

ORGAZ. ¿Vuestra Magestad consiente?
REINA. ¿Vos aquí, Conde de Orgaz?
ORGAZ. De tanto osar incapaz
fuera mi fe reverente,
si una voz en mi conciencia
de continuo no clamara.....
REINA. ¿Qué decis?
ORGAZ. Y voz tan cara,
de tan terrible elocuencia.....

(*El Rey y Olivares al paño. El primero lleno de pérfido gozo; el segundo mirándole con desconfianza, y observando con desasosiego á la Reina y Orgaz. El diálogo al paño debe interrumpir lo menos posible el del proscenio.*)

ESCENA XXI.

La REINA. ORGAZ.—*El* REY *y* OLIVARES *al paño.*

REY. Olivares, mucho osais. (*Aparte á Olivares.*)
OLIVARES. (*Mostrándole á la Reina y Orgaz.*)
Allí responden los hechos.
REY. (*Severo.*) Otros cargos hay deshechos
que no menos ponderais!
ORGAZ. (*Con calor á la Reina.*)
Su muerte pide venganza....
REINA. Que estais en Palacio, Conde.
ORGAZ. Sí, Señora; en él es donde
puedo lograr mi esperanza.

(*Siguen hablando, la Reina se niega.*)

OLIVARES. Esto, Señor, está claro. (*Al Rey con malicia.*)
REY. (*Aparte.*) ¿Me engañan todos, destino?

ORGAZ. (*De rodillas á los pies de la Reina.*)
¡Ah, por el cielo divino!
OLIVARES. ¡Quién vió nunca tal descaro! (*Al Rey.*)
REINA. Y bien, ¿qué quereis de mí?
Levantad: si el Rey viniera.....
OLIVARES. Lo oísteis. (*Al Rey.*)
REY. (*Colérico.*) Silencio.
ORGAZ. Fuera,
como él murió, muerto aquí.
¡Ah! ¿Por qué os falta el valor,
Señora, cuando tocamos
el término que anhelamos?
¿Dudareis de nuestro amor?
REY. (*Aparte con ira reconcentrada.*)
Verás en breve á tu amigo.
OLIVARES. (*Aparte.*) Mi triunfo va á ser completo.
REINA. Vencísteis, yo os lo prometo. (*A Orgaz con calor.*)
ORGAZ. Pues cayó vuestro enemigo:
no mas sufrirá la ley
la patria, no, de un Valido;
tendreis, Señora, marido,
y tendrá España su Rey!
OLIVARES. ¡Cielos! (*Aparte asombrado.*)
REY. ¡Gaspar! (*A Olivares con indignacion.*)
ORGAZ. La Duquesa
las pruebas de la traicion
de Medina.....
OLIVARES. (*Aparte.*) ¡Maldicion!
ORGAZ. Entrega al Rey.

(*El Rey muestra unos papeles á Olivares, que baja la vista aterrado.*)

OLIVARES. ¡Señor!
REY. Cesa.
ORGAZ. Decidle que Perpiñan
se ha perdido, y él lo ignora.
(*El Rey ase á Olivares del brazo.*)
REY. ¿Esto mas, alma traidora! (*A Olivares.*)
ORGAZ. De la noche de San Juan,
recordadle.....
REINA. (*Con profundo sentimiento.*)
¡Orgaz, por Dios!
ORGAZ. Sí, recordadle el delito;

obra fué de ese maldito,
inocente estábais vos:
yo, del Conde confidente,
sé que en vano suspiraba;
sé que él mismo no anhelaba
mas que amaros reverente!

(El Rey arrastra á Olivares con violencia al proscenio y hasta los pies de la Reina, obligándole á postrarse; Olivares se levanta luego. Colócanse: (1) el Rey, (2) Olivares, (3) la Reina, (4) Orgaz.)

REY. Póstrate, infame, á las plantas
del ángel que calumniaste.
OLIVARES. *(Levantándose.)* Que muera, Señor, le baste.
REY. ¿Aun así la voz levantas?
(1) Olivares, (2) Rey, (3) Reina, (4) Orgaz.)
Y tú, Isabel, de las santas
Reinas ejemplo y modelo,
¿cómo he de darte consuelo
cómo he de tenerlo yo?
Dispon del que te ofendió:
su muerte.....
REINA. No quiera el cielo.
Bástele perder su silla.
OLIVARES. Ántes la muerte, la muerte!!!
REY. ¿Le perdonais de esa suerte?
ORGAZ. *(Aparte.)* Tanta virtud maravilla!
REY. Quien tu honor así mancilla
ha de morir.
REINA. Yo su escudo
quiero ser.
REY. Lo miro y dudo.
REINA. ¡Ah Felipe, no mateis,
no mas sangre derrameis:
REY. Le será el vivir mas crudo.
Salid de nuestra presencia, *(A Olivares.)*
que aun por vos habla el amigo
si calla horrendo castigo.....
REINA. Harto lleva en su conciencia.
De partir dadle licencia:
mis ruegos su gracia obtengan.
OLIVARES. *(Al Rey que le vuelve la espalda.)*
Tan duro premio no tengan,

Señor, mis fieles servicios.
ORGAZ. (*Con solemnidad á Olivares.*)
Respetad de Dios los juicios:
tambien los muertos se vengan!

(*El Rey hace una seña imperiosa á Olivares, y otra mas benigna á Orgaz: ambos se van por la derecha.*)

ESCENA XXII.

El REY. *La* REINA.

REY. Isabel: de la amargura
no apelo de tu desden,
mas mi mal redunde en bien
de mi pueblo, en tu ventura.
Perdóneme tu hermosura;
á rescatar mi corona
voy á partir: Barcelona
tiemble y tiemble Portugal;
verán ya que por su mal,
no su Rey los abandona.

REINA. ¡Oh generoso ardimiento!
¡Oh noble y Real instinto!

REY. De hoy mas vereisme distinto;
y en prueba de que no miento,
yo parto, os dejo en mi asiento.
No hay riesgo ya que me importe,
sepan todos que eres norte
que me conduce á la gloria.

REINA. ¡Oh dulce, oh grata victoria!
(*Tiende la mano que él besa apasionado.*)
Mas antes.... (*Al paño.*) ¡Ola!—Mi Corte.

ESCENA XXIII.

TODOS *menos* OLIVARES.

REY. (*A Orgaz, Osuna, Haro, Quevedo y la Duquesa.*)
Fieles sois: Gaspar traidor.
(*Inclínanse todos.*)

QUEVEDO. Sois, Ministro. (*Aparte á Haro.*)

HARO. Lo presumo: (*Id. á Quevedo.*)

de impaciencia me consumo!
REY. Premiaré vuestro valor;
mas seré gobernador
como Rey.—Sola á mi esposa,
mi Isabel, mi Reina hermosa,
concederé la privanza.
REINA. Vuestra augusta confianza
me hace, Felipe, dichosa.
HARO. (*Aparte.*) Malo, malo, mas constancia,
y tarde ó temprano llego.
REY. La Reina cede á mi ruego.
Aquí gobierna á mi instancia;
yo á la frontera de Francia
parto, rayo de la guerra.
OSUNA. Conquistaremos la tierra
si mi Rey nos acaudilla.
ORGAZ. ¡Oh! tiemblen vuestra cuchilla
Francia, Holanda é Inglaterra.
REINA. Id, triunfad, buscad la gloria,
sed de España nuevo Aquiles;
torpe amor, afectos viles,
borre todo la victoria:
y cuando á vuestra memoria
recuerdos amargos vengan,
en el laurel se detengan;
que arrepentirse y lidiar
por la patria, es aplacar
á los muertos que se vengan.

(El Rey estrecha apasionadamente las manos de la Reina.—Osuna, Orgaz y Quevedo hacen ademanes de entusiasmo.—D. Luis de Haro permanece impasible.—Doña Ines y la Camarera se abrazan.—Cuadro general.—Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

PANTOMIMA Y CANTO

DE UNA PARTE DE LA ZARZUELA

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

TITULADA

FIERAS AFEMINA AMOR.

PERSONAGES.

PANTOMIMICOS.

HERCULES, *galan.*
ANTEO, *idem.*
ARISTEO, *Rey de Tesalia, galan.*
LICAS, *Auriga ó cochero de Hércules.*
IOLE, *Infanta de Libia* (eanta).

Soldados, cautivos y acompañamiento.

CANTANTES.

CLIO.
CIBELE.
HESPERIA.
VERUSA.
VENUS.
CUPIDO.
EGLE, *ninfa.*

Las ocho musas restantes.

Nota. Para que cou menos dificultad pueda ajustarse la duraeion de la Zarzuela á la de aquella parte del quinto aeto del Drama con que simultáneamente se representa; y tambien para que la Pantomima sea mas exaeta y significativa, ha ereido eonveniente el autor disponer la primera como si en efecto hubiera de declamarse ante el públieo. Así la tercera jornada de la fiesta de Calderon, y no se habla de la última escena de la segunda, porque se ha eonservado easi íntegra, se ha redueido sin quitarle cosa alguna, á menos de una mitad de su extension, por medio de una refundicion ó mas bien extracto, pues de Calderon son todos los versos, sin exeeptuar mas que dos ó tres hemistiquios. Entiéndase, pues, que la deelamaeion no deja de ser pantomímica porque la Zarzuela aparezea versifieada.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA ULTIMA.

El teatro representa un monte cuya cumbre figure llegar casi á las nubes, y cuya falda toque en los bastidores, dejando muy poco foro en el teatro; detras del monte se deja ver un pedazo de cielo por entre las bambalinas y quebradas peñas fingiendo lejano horizonte. Ocupará la cima del monte el caballo Pegaso, extendiendo las alas como haciendo sombra al risco que ocupa Caliope, desde cuyo superior asiento derivan los peñascos. Todos estarán debajo de una frondosa arboleda, y entre tronco y tronco una Musa. Urania y Polimnia, á la derecha; Terpsícore y Clio, á la izquierda. Debajo de las cuatro, y en segundo descanso, que harán algunas partes mas salientes del monte, estarán á un lado Melpómene y Erato; y al otro Euterpe y Talía. Estarán todas como divertidas en sus siempre festivos solaces, cantando, desasida de la Fábula la letra siguiente.

Nota. Los versos han de declamarse de manera que no se oigan en el verdadero teatro, pero sí ha de oirse el canto.

Musica. «Ruiseñor que volando vas,
»cantando finezas, cantando favores,
»¡oh cuánta pena y envidia me das!
»Pero no; que, si hoy cantas amores,
»tú tendrás celos, y tú llorarás.»

Hércules. Todo el coro de las Ninfas
junto está. Mas ay de mí!
que parece que la letra
conmigo ha hablado, al oir,
para que se irriten mas

mis vengativos rencores
y amor no sean jamas,
MUSICA. «Pero no: que si hoy cantas amores.....»
HERCULES y MÚSICA. «Tú tendrás celos, y tú llorarás.»
HERCULES. Sagradas hijas de Apolo,
á quien desde este cenit
por cuantos círculos corre
hasta su opuesto nadir,
flores dora ciento á ciento,
luces brilla mil á mil,
vuestro Hércules, por quien
en estos montes vivís
seguras de incultas fieras
amedrentadas de mí,
por quien á la excelsa cumbre
nadie se atrevió á subir
sin pasaporte de Apolo,
que yo he de cerrar y abrir,
á beber de los cristales,
en que aquel don infundís,
que, abandonando lo útil
se pagó de lo sutil:
hoy contra una hermosa fiera
favor os vine á pedir,
no para amarla, no, pero
para aborrecerla sí.
TODOS y MÚSICA. ¡«Ay de tí!
»que vencer á las fieras
»no es vencerse á sí.»
CALIOPE. Hércules, ya tus hazañas
sabemos, y que por tí
templaron Fama y Apolo
la lira con el clarin:
ya sabemos que en Tesalia
la Hidra pudiste rendir,
en el abismo al Cervero,
y en Calidonia al Espin;
que al Leon venciste en Libia,
donde pudiste adquirir
lo sagrado del laurel,
lo sangriento de la lid.
Que perdonaste sabemos

de la Hespéride el jardin;
mas no sabemos que puedas
á tí vencerte; y así
quejoso de Iole vienes,
procurando desmentir
con razones de vengar
sinrazones de sentir.
Teme el ardid del amor,
que es tan cauteloso ardid,
que tal vez para vencer
hace maña del huir.
No te vengues si te quieres
vengar de Iole; que ví
muchas veces que el dejar
alcanza mas que el seguir.

ELLA *y* MUSICA. «Ay de tí!
»que vencer á las fieras
»no es vencerse á sí.»

HÉRCULES. Bella Caliope, á quien
siempre tocó el presidir
al Castalio coro, no
desconfíes del gentil
espíritu que me ilustra,
que deje de conseguir
de Amor, que es fiera de fieras,
la victoria, á cuyo fin
por vuestro Pegaso vengo.
Que le lleve permitid,
á que en los golfos del aire
sea alado bergantin,
que á pesar del huracan
que levanta contra mí
la Tierra, madre de Anteo,
tomen puerto tan feliz,
que deshaga los prodigios
de su encantado pensil.

CALIOPE. Si en tu peligro nosotras
no habemos de concurrir,
¿lo que tú puedes tomar,
para que lo has de pedir?

HÉRCULES. Dices bien.—Sube por él, (*A Licas.*)
pues tú tambien has de ir.....

LICAS. Dónde?

HÉRCULES. En sus ancas.

LICAS. ¿Sus ancas,
yo?

HÉRCULES. Por qué nó?

LICAS. Por qué sí.

HÉRCULES. Anda cobarde.—Y vosotras
quedad en paz, hasta oir
mi triunfo.

TODAS. Antes, porque no
te empeñes en él, tras tí
iremos todas, diciendo.....

HÉRCULES. ¿Qué es lo que habeis de decir?

TODAS *cantan.* «Ay de tí!
»que vencer á las fieras
»no es vencerse á sí.»

HÉRCULES. Y cómo ireis?

TODAS. De esta suerte.

HÉRCULES. Pues venid todas, venid;
vereis de cuán poco sirve
el escuchar que decis.....

ÉL *y* TODAS, MUSICA. «Ay de tí!
»que vencer á las fieras
«no es vencerse á sí.»

(*Despues de cantar la música este estrivillo y repetirlo el coro, el Pegaso vuela á las nubes, Caliope al centro, y las ocho restantes en distintas direcciones desaparecen tambien llevándose consigo el monte á pedazos.*)

NOTA. Esta jornada empieza con el acto quinto, y ha de concluir precisamente al decir (en su escena II) OLIVARES:

Que participa
la Reina ya es cosa cierta.

OTRA. Esta señal » indica que los versos que la llevan han de cantarse; y lo mismo en la tercera jornada.

JORNADA TERCERA.

El teatro representa el jardin de las Hespérides, con emparrados sostenidos en pilastras de mármol blanco, follajes, flores &c. En el centro un árbol, lo mas corpulento que se pueda, cuajado de manzanas de oro; sobre su copa Hércules montado en el Pegaso y armado de su maza. A poco de levantarse el telon, se alza de la tierra, batiendo sus alas y silvando, el Dragon de la fábula; se traba la pelea entre él y Hércules, subiendo el uno cuando el otro baja, arremetiéndose y retrocediendo alternativamente; pero dejándose desde luego ver que Hércules lleva lo mejor de la batalla; mientras riñen declama.

NOTA. Empieza al decir la REINA en la escena III, acto quinto:

«que nadie, Felipe mande.»

ESCENA I.

HERCULES.—*Sube el Dragon y baja el Pegaso.*

HÉRCULES. Amaina, amaina, y no temas
el bruto huracan soberbio,
que cuando tú el vuelo abates
levantar intenta el vuelo;
y pues al encuentro quiere
salirte, sal tú al encuentro:
avenenado hipogrifo,
áspid del jardin mas bello,
no solo el tesoro guardas
de amables hechizos, pero
de aborrecidas beldades.
No á robar tus pomas vengo
por ser dichoso en amores

sino en aborrecimientos.
Embiste otra vez, que no
me has de poner en recelo.

(*Hiere al Dragon con la clava. Cae el mónstruo entre bastidores.—Baja el Pegaso, apéase Hércules y vuela el caballo.*)

Y tú, tronco del amor, (*Tomando las manzanas.*)
de tus dorados renuevos
este me dá por testigo
del triunfo, no porque quiero
ni ser amado, ni amar,
sino vencer mis desprecios.
Ah del monte! Ah del palacio!
Salid cuantas estais dentro,
y entrad cuantos en mi busca
andais, pues que ya no hay riesgo.

ESCENA II.

Golpes dentro. Despues salen del palacio IOLE, HESPERIA, EGLE, VERUSA *y* ANTEO. *Despues que ellas, del monte,* ARISTEO, LICAS *y* SOLDADOS. *Todos con ademanes de asombro.*

HESPERIA. Acudid al jardin todas.
ANTEO. Muera yo, y sepa qué es esto.
IOLE. Mas que es alguna desdicha!
UNOS. ¡Qué prodigio!
OTROS. ¡Qué portento!
HERCULES. Yo soy. ¿Qué os admira, viendo
muerto este horrible vestiglo?
En tu busca, Iole, vengo
para que sepas, quién es
Hércules, y quién Anteo.

(*Señalando el Dragon muerto, y luego á Anteo con desprecio.*)

Muerto tu padre, su Rey
me aclama Libia, el pretexto
es cumplirme la palabra
que él me dió y que yo no aprecio:

que á quien quedó prisionera
no he de tratar como dueño:
ven pues, que has de ser testigo
del merecido trofeo
de coronarme sin tí.

ANTEO. No irá tal, sin que primero
á mí la muerte me des.

HÉRCULES. Si eso falta, es fácil eso.

ANTEO. Retírate de tu gente
que en ese bosque te espero.
(¡Madre Tierra, en confianza
tuya voy: dame tu esfuerzo!)

(*Vase Iole afligida, las damas la consuelan.*)

HÉRCULES. Ya yo te sigo. Ninguno
me siga á mí, ó vive el cielo!!
Guárdame estas puertas tú, (*A Aristeo.*)
como te dije primero. (*Vase.*)

ESCENA III.

Dichos. ARISTEO *se pone en guarda de la puerta del jardin.*

IOLE (*Suplicando á Aristeo*). Si algun tiempo te debí
algun malogrado afecto,
duélete de mí, no digan
que te vengas desatento.
Padre, esposo y reino, todo
perdí en un dia; y pues tengo,
vida infelice, tú no
quites á mis sentimientos
la desdicha de llorarlos
que es la dicha de tenerlos:
dame paso á aquesos montes.

ARISTEO. Iole, tus desdichas siento;
á Hércules debo la vida
y la libertad le debo;
sobre esto la confianza
que de mi amistad ha hecho.
Jueces os hago de que,

hallándome entre dos riesgos
de grosero y vengativo,
elijo del mal el menos;
y entiendo que no es venganza
el no servirte, sabiendo
que hay razon para mi olvido

(*Mirando á Verusa*).

y no la hay para tu ceño;
pues por no vengarme en tí
quizá en mí mismo me vengo. (*Vase.*)

VERUSA. (Todo es enigmas este hombre.)
IOLE. A vuestra piedad apelo. (*Á las damas.*)
¿Dónde ocultarme podré?
HESPERIA. Si ves que ya no tenemos
ni aun guardas para nosotras,
¿cómo de Hércules podremos
aventurarnos nosotras
al enojo?
VERUSA. Yo prometo
por tí, Iole, intentar una
experiencia, bien que á riesgo
de darme por entendida
de que algo hermosa parezco.
La hermosura, pues, no tiene
alhaja de mas aprecio
que el espejo. Saldré al paso (*Muestra el espejo.*)
con él, por ver si le templo. (*Vase.*)
EGLE. Yo te ofrezco de mi parte,
la voz. (*Vase.*)
HESPERIA. Pues yo te prometo,
en mis estudios hallados,
referirle altos ejemplos. (*Vase.*)
IOLE. ¡Dioses! ¿En qué parará
la lid de Hércules y Anteo!
¿Qué haré si él llega á morir?

ESCENA IV.

IOLE, VENUS *y* CUPIDO *en el aire, sin que Iole los vea.*

CANTO.

IOLE. « ¿Qué haré si él llega á morir?
VENUS. « Fingir.
IOLE. « ¿Qué puede fingir mi estrago?
CUPIDO. « Halago.
IOLE. « ¿Y qué será ese furor?
CUPIDO. « Traidor.
IOLE. « Eco, ya que á mi dolor
« de oráculo eres trasunto,
« si él muere ¿qué haré? pregunto.
LOS TRES. « Fingir halago traidor.
IOLE. « Y pues son vanas quimeras.....
CUPIDO. « Fieras.
IOLE. « El presumir que su ruina.....
VENUS. « Afemina.
IOLE. « Dime si hay medio mejor.
CUPIDO. « Amor.
IOLE. « Permite que mi temor
« crédito á tu voz no dé;
« pues nada consuela oir que
LOS TRES. « Fieras afemina Amor.

ESCENA V.

VENUS *y* CUPIDO.

VENUS. Dime: siendo como eres,
el mas glorioso afecto
del verdadero amor,
¿por qué su rendimiento
fias de amor fingido?
CUPIDO. Porque amor verdadero
en vez de ser castigo
se convirtiera en premio;
que él quiera, y que no sea

querido es lo que quiero.
Hállese mas burlado
cuanto mas satisfecho.
Dejemos el jardin,
que pronto volveremos
á esforzar que descubran
el ignorado fuego,
que él piensa que es rencor,
belleza, voz é ingenio.

VENUS. ¡Ay! que ni ingenio, ni voz, ní belleza
han de poder dominar sus afectos,
mientras Iole no finja que llora.

CUPIDO. Pues llore, aunque finja.

LOS DOS. Pues llore, supuesto
que no es la primera
que llora fingiendo. *(Desaparecen.)*

ESCENA VI.

Selva inculta y agreste.—HERCULES *y* ANTEO.

ANTEO. Al sitio que apenas bruta
planta pisó, guiando vengo
tus pasos, porque ninguno
nos siga y se ponga en medio.

HÉRCULES. Di que á fin de dilatar
tu muerte, que es lo mas cierto.

(Muestra la clava, y hácele seña que saque la espada.)

ANTEO. Son muy desiguales armas
espada y clava: yo dejo
la espada, deja la clava,
y ven á los brazos.

HÉRCULES. Eso
ya es lo contrario, pues es
gana de morir mas presto. *(Tira la clava.)*

ANTEO. (Tú lo verás.)

HÉRCULES. ¿A qué aguardas?

(Luchan y cae Anteo.)

ya estás en tierra.

ANTEO. (*Levántase mas brioso y vuelven á luchar.*)
¿Y qué has heeho?
HÉRCULES. Mas resisteneia hallo en tí.
ANTEO. (*Vuelve á caer y á levantarse con mas fuerza.*)
(Pues mi fuerza va en aumento,
le venceré.)
HÉRCULES. (Cuando eae
la Tierra esfuerza su aliento.
No ha de eaer en la Tierra,
por si en el aire le venzo.)

(*Luchan, y Hércules sofoca á Anteo entre sus brazos.*)

ANTEO. Oprimido, sin tocar
en la Tierra, desfallezeo.

(*Hércules despide á Anteo de sus brazos: desaparece el último.*)

HÉRCULES. Y tú, enemiga Cibele,
en tu horrible oseuro centro,
á quien meeiste en la euna
construye su monumento. (*Vase.*)

ESCENA VII.

CIBELES.

CIBELES. (*En el pináculo de una pirámide, monumento cinerario de Anteo.*)
Sí haré, y en esperanza
de que podrá la ira
en esta infausta pira
escribir dónde alcanza
del dolor de Cibele la venganza,
convoeаré las huestes de mis fieras:
y tú, verde gigante
en quien el eielo estriba
de tu fábrica altiva,
venga el desden; no eante
Hércules triunfos de Héspero y de Atlante:
las Musas que inspiraron,
siguiéndole veloces,

contra el amor sus voces,
bien que no las lograron,
ahora lloren lo que allá cantaron.
Todo el verdor que encierra
su monte, se destruya,
resulte en culpa suya
el dolor de la Tierra:
arma contra el Parnaso, guerra! guerra!
(*Dentro cajas y clarines y el coro.*)

CIBELES y CORO. «Todo el verdor que encierra
»su seno, se destruya;
»resulte en culpa suya
»el dolor de la Tierra:
»arma contra el Parnaso, guerra! guerra!

ESCENA VIII.

Decoracion de selva.

ARISTEO *deteniendo á* VERUSA *que sale con su espejo en la mano.*

ARISTEO. No pases de aquí!
VERUSA. Desvia;
solo que vuelvas te pido
á la puerta, pues has sido
guarda de Iole y no mia.
ARISTEO. ¿Será que Narciso intente
retarte á tí, y al cotejo
vaya el cristal de tu espejo
contra el cristal de su fuente?
VERUSA. Déjame donde, no acaso,
Hércules me halle al volver
antes que á Iole.....
ARISTEO. Temer
debo algun grande fracaso.
VERUSA. ¿Pues qué aguardas?
ARISTEO. Me detiene
tu hermosura.
VERUSA. Ella te aparte;
y mas cuando hácia esta parte
es Hércules el que viene. (*Vase Aristeo.*)

ESCENA IX.

VERUSA. HERCULES *y* LICAS.

LICAS. Si ya los aires venenos
de Anteo fueron, ¿dónde vas?
HÉRCULES. Con un ansia á Iole mas,
y á mí con un ansia menos.
No sé lo que siento en mí.....
¿Pero qué dama es aquella?
LICAS. La que campa de mas bella
entre las tres.

(*Dirígese á Verusa, que le vuelve la espalda como aterrada.*)

HÉRCULES. ¿Por qué, di,
me vuelves la espalda? ¿No
merezco respuesta?
VERUSA. Tu ira
es quien de tí me retira.
Contémplate. (*Pónele delante el espejo.*)
HÉRCULES. (*Asombrado.*) ¿Ese soy yo?
¡Qué varia naturaleza
es en su desigualdad!
¡Qué mal dice una fealdad
en brazos de una belleza!
¡Hay mayor contrariedad!
Quítame esa luna impura, (*A Verusa.*)
no vea yo que es tu hermosura
espejo de mi fealdad. (*Retírase Verusa al foro.*)

ESCENA X.

Dichos y EGLE.

EGLE. Guarda corderos, zagala;
zagala, no guardes fé.
HÉRCULES. ¿Quién me llega á suspender?
EGLE. Que quien te hizo pastora
no te libró de muger.

La pureza del armiño
que tan celebrada es,
vístela con el pellico
y desnúdala con él.

HÉRCULES. ¿Y qué haré yo de esta piel?

EGLE. Aquella amorosa vid
que enlazada al olmo ves,
parte pámpanos discreta,
con el vecino laurel.

(*Retírase Egle al foro.*)

HÉRCULES. Nunca creerá mi altivéz
que hay amor.

ESCENA XI.

Dichos y HESPERIA.

HESPERIA. ¿Qué altivez pudo
negarlo, cuando se ve
Júpiter en lluvia de oro,
Marte en cautelosa red,
Saturno amando á una estátua,
Apolo amando á un laurel?
Dime, Hércules: ¿qué valiente
héroe no será ó no fué
triunfo de amor?

HÉRCULES. No prosigas;
no te canses: no ha de ser
consecuencia el que obren mal
para que yo no obre bien.

(*Retírase Hesperia al foro.*)

ESCENA XII.

Dichos y IOLE.

IOLE. Ya que ni espejo ni voz,
ni el ingenio han de poder
templar tu enojo, lo pueda
el arrojarme á tus pies.

(*Llora y hace extremos arrodillándose.*)

HÉRCULES. (*Conmovido.*) Levanta del suelo: llega,
llega á mis brazos, y ven
donde á tu frente se ciña
mi victorioso laurel.

HESPERIA. Las tres, dejando estos montes
contigo iremos á ser
tus criadas.

IOLE. No criadas,
mas compañeras las tres.

(*Hércules da la mano á Iole.*)

EGLE. «Sea para bien.

VERUSA. HESPERIA. «Sea para bien.

EGLE. «Que Hércules y Iole
«en culto al Amor den.....

VERUSA Y HESPERIA. «Sea para bien.

EGLE. «El su fortaleza
«y ella su desden.

VERUSA, HESPERIA *y* EGLE. «Sea para bien. (*Bis.*)

(*Dentro Caliope y las otras Musas cantando.*)

CALIOPE. «No sea para bien.

MUSAS. «No sea para bien.

CALIOPE. «Ni diga el amor
«que dejó por él.....

MUSAS. «No sea para bien.

CALIOPE. «Hércules su fama,
«Iole su desden.

CALIOPE *y* MUSAS. «No sea para bien. (*Bis.*)

ESCENA XIII.

Dichos. Luego ARISTEO.

HÉRCULES. Oid, escuchad: ¿qué contrario
éco puede ser aquel?

ARISTEO *sale.* Una bellísima tropa
de Ninfas, Hércules, es,
y viene hácia aquí.

HERCULES. Que sea

quien fuere, al canto volved.

CORO PRIMERO. «Sea para bien.
«Que Hércules y Iole
«en culto al amor deu,
«él su fortaleza
«y ella su desden.»

ESCENA XIV.

Dichos y las MUSAS.

CALIOPE. ¿Cómo es, Hércules, posible
que tan descuidado estés,

(*Haciéndole seña que la siga.*)

si la guarda del Parnaso
puso Apolo en tu poder?

HÉRCULES. Tiene razon: ya yo os sigo.

(*Hace ademan de irse.*)

IOLE. ¿Qué es de tu amor?

HÉRCULES. (*Deteniéndose.*) Dices bien.

IOLE *y* CALIOPE. En fin ¿en qué te resuelves?

HÉRCULES. Ya sé amar y no vencer. (*Abrazando á Iole.*)

(*Se van Hércules, Iole y los demas, menos las Musas.*)

ESCENA XV.

Las MUSAS *hacen extremos por la marcha de Hércules.*

MUSAS. ¿Por qué, cieguezuelo Dios,
aunque lo diga otra vez,
á quien te trató tan mal,
tratas de premiar tan bien?

CUPIDO. (*Canta dentro.*)
«Esperad, no os quejeis, no os quejeis,
«hasta ver que cautelas de amor,
«tal vez son piedad, y castigo tal vez.

ESCENA XVI.

Las MUSAS *y* CUPIDO.

CUPIDO. »Esperad, no os quejeis, no os quejeis &c.
MUSAS. »Te seguimos, Cupido, hasta ver
»si es verdad que cautelas de amor
»tal vez son piedad, son castigo tal vez.

(*Vanse siguiendo á Cupido.*)

ESCENA XVII.

Múdase la decoracion en un régio salon, tan grande como los límites del teatro lo consientan; sus columnas serán de jaspe y de bronce, y de lo mismo los capiteles: su riqueza será fabulosa. Aromas é inciensos humearán en pebeteros. Una tropa de hermosas damas trabaja hilando, bordando etc. Aparece Iole reclinada en muelle lecho, y Hércules todavía con su piel y su clava; pero reclinado á sus pies sobre cojines. Mientras el coro, está en amoroso diálogo con su amada.

HERCULES. IOLE. VERUSA. EGLE. HESPERIA.

CORO. »Esto que me abrasa el pecho
»no es posible que sea amor,
»sino un rabioso dolor
»del mal que el Amor me ha hecho.

(*Hércules se duerme. Iole hace seña que calle el coro; se levanta y llama á las tres hermanas: concierta con ellas su plan.*)

IOLE. No canteis; y pues rendido
Hércules al sueño queda,
escucha Egle: Hesperia aguarda;
oye Verusa.

LAS TRES. ¿Qué intentas?

IOLE. Pues que no ignorais que ha sido
cuanto le he dicho cautela,
me deis ayuda, si acaso

entre las ansias despierta,
para que con este acero
le dé muerte.

HESPERIA. Considera
que no queda tan vengado
el que de una vez se venga.

IOLE. Bien dices: la clava tú
quítale, y ponle esa rueca;
ahora el cabello ordenemos
en desaliñadas trenzas.

HESPERIA. Iole, qué hermoso le vamos
dejando.

IOLE. Tú ahora, Hesperia,
á los soldados de guardia
manda que toquen trompetas
y cajas, y que entren todos.

VERUSA. Yo he de hacer nueva experiencia.

(*Señalando el espejo y á Hércules.*)

EGLE. Yo en satíricos baldones
motejaré su soberbia.

(*Dentro cajas y trompetas. Despierta Hércules asombrado de verse con tal afeminacion. Entran Aristeo, Licas y soldados.*)

IOLE. Entrad todos.

ESCENA XVIII.

Dichos, ARISTEO, LICAS *y soldados.*

TODOS. ¿Qué es aquesto?

ARISTEO. ¿Hércules postrado en tierra?

HÉRCULES. No sé si muero ó si vivo.

IOLE. Que el vencedor de las fieras
se ha rendido á una muger.

SOLDADOS. Viva Iole, Hércules muera. (*Amotinándose.*)

HÉRCULES. (*Levantándose.*) Yo me valdré de la fuga
ahora, mientras me vuelva
en mí el valor. (*Yéndose.*)

IOLE. Seguidle.

SOLDADOS. Muera Hércules.

ESCENA XIX.

Salen las MUSAS, *y se interponen entre* HERCULES *y los soldados que le acometian.*

CALIOPE. No muera.
Date á prision al Amor. (*A Hércules.*)
HÉRCULES. Mal puedo hacer resistencia.
CALIOPE. Yo invocaré las deidades
de Cupido y Venus bella.
Ah de las hermosas selvas
de Chipre, trono de Venus
y cuna de Amor!
VENUS *y* CUPIDO. (*Dentro.*) ¿Qué intentas?
CALIOPE. Que iluminando los vientos
y floreciendo la tierra,
vea el teatro del mundo
tu triunfo, para que vea
quien quiso que las mugeres
esclavas del hombre sean,
que él es su esclavo; pues es
esclavo de amor por ellas.
VENUS *y* CUPIDO. (*Dentro.*) Ya á tu invocacion los dos
damos piadosa respuesta,
que repetirán tus ninfas
diciendo en voces diversas.....
CORO GENERAL. «Para que suenen mejor
«sus cláusulas lisonjeras
«de Hércules en deshonor,
«que si él domestica fieras
«fieras afemina Amor.»

(*Carro de triunfo, tirado por cautivos; Venus y Cupido en él: Hércules á sus plantas, las Musas delante: Iole, las Hespérides, las damas y soldados detrás; dan la vuelta al teatro repitiendo el coro, y cae el telon.—Termina esta jornada en el acto quinto, escena XIV al decir Olivares*

Fortuna escucha mis votos:
una noche de favor etc.)